

C. G. DE LA CRUZ

No solo la chica del desván



De la autora de la biología de Tessa & Alexandr

Contents

[Título](#)
[Creditos](#)
[Descripción](#)
[Dedicatoria](#)
[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)
[Otras obras de la aurora](#)
[Notas](#)

No solo la chica del desván

C.G. De La Cruz

Copyright © 2022 C.G. De La Cruz

Título: No solo la chica del desván

Fecha de edición: Mayo 2022

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798831957662

Esta novela es una obra de ficción. Nombres, personajes y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con hechos reales, lugares o personas, vivas o muertas, es una mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático.

DESCRIPCIÓN

Si crees que esta es la típica novela en la que alguien tiene que salvar a la inocente chica, estás equivocada.

Al menos eso es lo primero que se puede pensar. Pero... ¿de verdad es así?

Julia es inexperta e inofensiva.

Es feliz con todo lo que ha conseguido, pero cuando llega el momento, no le renuevan el contrato y tiene que trasladarse de país.

Julia tiene que empezar de cero tras conseguir su primer trabajo en un gran bufete de abogados de Londres.

¿Sera capaz de apañárselas sola o tendrá que acudir a alguno de sus compañeros ricos, arrogantes e insoportablemente atractivos?

Una novela llena de amor, acción, pasión y momentos divertidos.

Déjate atrapar por la nueva novela romántica *new adult* de *enemies to lovers* que hará que vuelvas a enamorarte.

*“Nadie escoge el amor de su vida, ni el momento, ni el sitio, ni la edad, ni la persona y es
que aunque no queramos todos somos el destino de alguien y ella lo era del mío”*

Prólogo

Escucho un ruido de fondo y tras llevarme las manos a la cara y frotármela mientras bostezo, abro un ojo. Siento punzadas en los laterales de la cabeza. Estoy agotada y el maldito sonido no para. Intento que mis ojos se acostumbren a la oscuridad que me rodea.

—Julia, para ese detestable sonido de una vez —berrea una voz al otro lado de la pared.

—Ya voy, ya voy —digo elevando la voz.

Me levanto de la cama buscando el teléfono que no deja de sonar y tropiezo con algo.

—¡Joder! ¡Que estoy aquí! —gruñe alguien en el suelo.

Mi corazón se acelera debido al ruido que hay en estos momentos en la habitación.

—¡Páralo ya! —Se escucha a los dos insistir a voz en grito.

—Ya voy, ya voy —increpo.

Cojo el teléfono y torpemente toco el botón de la pantalla táctil para detener el ensordecedor ruido de la alarma que puse anoche para no llegar tarde al trabajo.

Me vuelvo a sentar sobre la cama encogiendo una de mis piernas y abrazándome la rodilla mientras la otra la estiro hasta tocar el suelo. Me es complicado ya que hasta poder hacerlo tropiezo con el cuerpo de George que vuelve a gruñir desde el suelo.

—Perdón —susurro.

Desbloqueo la pantalla y veo varios mensajes de llamadas perdidas, son de hace un par de horas. Me sorprende mucho la hora de las llamadas, así que enciendo la luz de la mesita de noche. George se tapa la cabeza con el edredón murmurando algo, pero yo salgo descalza sorteándolo hacia el cuarto de baño que está junto a mi habitación. Enciendo la luz y miro horrorizada el aspecto de mi pelo y mi cara tras no desmaquillarme la noche anterior. Me siento en el borde de la bañera y marco el número.

Suena un tono, dos, tres, así hasta que se corta la llamada sin obtener ninguna respuesta. Miro la pantalla del teléfono medio dormida todavía y me aseguro de haber marcado el número correcto. Abro el grifo de la ducha y dejo que empiece a correr el agua mientras vuelvo a marcar el número. Lo pongo en altavoz mientras empiezo a quitarme la camiseta vieja que me puse para dormir. La llamada se vuelve a cortar y pensativa muevo la mampara y me meto bajo el chorro de agua caliente que golpea con fuerza mi espalda. Me doy una ducha rápida y tras envolverme en una suave toalla de algodón, miro el teléfono móvil y veo que no tengo contestación. Abro la aplicación de mensajería instantánea y tecleo en la pantalla con rapidez.

He intentado ponerte en contacto contigo.

Tengo varias reuniones, pero llámame.

Espero que estés bien.

Salgo del cuarto de baño y voy a mi habitación.

—Tápate la cabeza con el edredón—digo.

—¿Para? —pregunta George.

Al momento doy al interruptor de la luz y la habitación se inunda de luz mientras salto el cuerpo de George que se queja todavía tumbado en el suelo.

—Me estás quemando las corneas con tanta luz —gruñe.

—Tengo que ir al despacho —digo abriendo el armario y escogiendo la ropa que me voy a poner.

—No hay nada importante hasta la reunión de las once —protesta bostezando— ¿Cómo es posible que puedas vestirme con la toalla puesta?

—Práctica..., supongo —respondo mirándolo fijamente y haciéndole una mueca.

—¿Qué es tan urgente? —pregunta.

Se mueve bajo el edredón todavía en el suelo y lo veo que estira todos sus músculos. Suspira y se quita el edredón de encima de un tirón dejando toda su perfecta anatomía al descubierto ante mis ojos.

—¿Has dormido en bolas? —pregunto con un gesto de sorpresa elevando las cejas.

—Sabes que siempre lo hago.

Tranquilamente abre la puerta y se pierde por el pasillo.

—Pero no aquí en mi suelo... —replico.

—Ni que este suelo no hubiera visto más culos que el mío —berrea tirando de la cadena.

—¿Podéis bajar la voz? Sois odiosos cuando discutís de una habitación a otra después de una noche de fiesta. Yo necesito dormir para que no me salgan las arrugas —grita mi compañera de piso desde su cuarto.

Escucho de nuevo la ducha mientras preparo té.

Mientras espero me maldigo a mí misma por no haberme dado cuenta de las llamadas perdidas que tenía en el teléfono móvil. Mientras espero a que el agua hierva a noventa y cinco grados en la tetera eléctrica, reviso de nuevo las llamadas, mensajes e incluso los correos electrónicos privados. No hay nada que me pueda servir. La palanca salta e indica que el agua ya está preparada. Me pongo de puntillas y cojo dos tazas del armario de la cocina en el momento que veo que entra George con el pelo despeinado y aún mojado. Está vez lleva una toalla anudada a su cintura.

—Dime, ¿qué sucede? Tienes una mirada rara —dice apoyando su cadera contra la encimera de madera.

Echo dos bolsitas de té *English breakfast*¹ y a continuación vierto el agua en ambas tazas. George pone dos pequeños platillos sobre las tazas dando un suspiro.

—¿Recuerdas lo que te conté hace un tiempo? —pregunto mordiéndome el labio inferior.

—Me cuentas muchas cosas a lo largo del día —contesta.

Cojo de nuevo el teléfono móvil entre las manos y cuando lo desbloqueo le muestro la pantalla.

—Él nunca llamaría a esas horas.

—Puede que estuviera aburrido y supiera que estabas despierta.

Sirve un poco de leche en cada una de las tazas y cada uno coge la suya. Pensativa, soplo varias veces al líquido caliente y me la llevo con cuidado a los labios.

—Le he mandado un mensaje —digo con la mirada fija en la taza que sostengo en las manos.

—Julia, todo este asunto no pinta bien. Deberías dejar de investigar.

Dejo la taza de té sobre la encimera decidida.

—Tengo que irme a la oficina —sentencio.

—Dame un momento y pido que nos manden un coche. El mío está aparcado en el despacho. Se gira y se dirige hacia la habitación de nuevo bebiéndose el té.

—No es necesario. Cogeré el bus.

—Está lloviendo.

—En este país siempre lo hace —respondo con una sonrisa.

Adecento la habitación mientras él termina de vestirse y en menos de veinte minutos le llega un mensaje a su teléfono móvil indicándole que el coche está abajo, esperando.

Durante el trayecto miro en varias ocasiones el reloj de pulsera y compruebo si me ha llegado algún mensaje, pero no hay nada nuevo.

El coche nos deja en la puerta principal y George, que baja primero, abre un enorme paraguas que le cede el conductor y lo coloca resguardándome de la lluvia cuando bajo del vehículo.

—Gracias.

Entramos juntos al edificio y George deja el paraguas junto a la puerta cuando una secretaria se acerca a él y le informa que ya tiene preparado uno de sus trajes en su despacho. Giro la cabeza y lo miro negando.

—No querrás que vaya todo el día con esta ropa, me debo a una imagen corporativa —increpa socarrón ante mi mirada—. Me despedirían.

—Lo dudo —murmuro.

Camino decidida hacia uno de los pasillos que da a mi zona de trabajo. El sonido de mis zapatos de tacón retumba en mi acelerado corazón contra el suelo laminado que se extiende por casi toda la planta principal. Me cruzo con varios colegas que ya están inmersos en el trabajo cuando subo la escalera y entro a una sala común de varios puestos con los ordenadores encendidos y gente trabajando.

Cierro la puerta tras de mí y tras colgar el abrigo en el moderno perchero que tenemos en una de las esquinas, enciendo el ordenador mientras miro por la ventana trasera como golpea contra el cristal la lluvia que en esos momentos cae en el exterior. Doy un fuerte suspiro repasando mentalmente toda la agenda del día. Las reuniones ocuparán casi el ochenta por ciento de la jornada laboral, pero tampoco hay nada que me inquiete. Mi reloj vibra y veo que ha entrado un mensaje. Mi corazón se acelera al instante, pero vuelve a su ritmo normal cuando veo que es George con indicaciones para la reunión que tenemos en menos de una hora. Enciendo una pequeña tetera que tenemos junto a una de las ventanas que hay en la estancia y me sirvo un té caliente en una de las tazas decoradas con el nombre de firma de abogados para la cual he estado trabajando como becaria durante un tiempo. Sonrío conociendo que hoy será mi último día como becaria y pasaré a formar parte de un grupo de trabajo. Anoche junto a unos cuantos compañeros y amigos celebramos el último día, aunque debo confesar que se nos fue un poco de las manos y lo festejamos hasta bien entrada la madrugada aun siendo un jueves.

Durante la primera reunión a la que asisto se hace una especie de ceremonia en la que se me felicita por el tiempo que llevo con ellos y el trabajo realizado. Sonrío sentada en una de las sillas de la mesa de la sala de juntas y hay un pequeño movimiento de cabeza para agradecer las palabras del que hasta ahora ha sido uno de mis jefes. Durante el resto del día las reuniones se suceden con la más estricta de las normalidades hasta que va a empezar la última del día. Estoy junto a unos colegas tomando una taza de té hablando en una conversación de lo más distendida hasta que siento mi muñeca vibrar. Enseguida saco el teléfono móvil de uno de los bolsillos de mi chaqueta y miro inquieta la pantalla leyendo el mensaje.

«Estábamos en lo cierto.

Tenemos que hablar.

Tengo todas las pruebas.

Creo que se han dado cuenta».

Miro el teléfono móvil entre mis manos y rápidamente contesto.

«Sal de allí. Coge el primer vuelo».

Tecleo rápidamente.

«Necesito hacer más fotos.

Te mando localización y pruebas.

Julia lleva cuidado».

Leo nerviosa el mensaje y miro a mi alrededor como si temiera que alguien observara mi conversación.

Casi al instante me llega al teléfono móvil unos datos para introducir en una aplicación que hemos utilizado varias veces para localizarnos mutuamente durante mis estancias de colaboración en la zona. Respiro profundamente y veo una luz verde parpadear en ella cuando George se acerca para acompañarme a la sala de la última reunión.

Entro tras abrirme la puerta mientras guardo el teléfono móvil en uno de los bolsillos de mi chaqueta. Nos sentamos en unas de los sitios libres alrededor de la mesa casi al final de la sala. No dejo de mover las piernas y finalmente las cruzo intentando calmar los nervios y centrarme en todo lo que allí se está hablando.

A pesar de mis esfuerzos, en estos momentos mi mente está a muchos miles de kilómetros lejos de Londres. No puedo dejar de pensar en los mensajes recibidos. No sé cuánto tiempo llevo inmersa en mis pensamientos cuando siento una vibración de nuevo en la muñeca. Es una llamada perdida. Me sorprende ya que no la he sentido. Vuelve a vibrarme el reloj y veo un mensaje con seis llamadas perdidas que no he recibido. Entonces recuerdo que en esa parte del edificio es muy extraño tener cobertura. Por un momento dejo de respirar y sin pensarlo me levanto manteniendo el teléfono móvil agarrado fuertemente y dentro de uno de mis bolsillos.

—Perdón —susurro disculpándome y saliendo por la puerta de cristal.

«Hablar. Urgente», reza el mensaje que entra en ese momento y aparece en la pantalla.

Una vez fuera, camino veloz con el teléfono en alto observando si la cobertura mejora y cuando lo hace llamo sin pensarlo un segundo. Se escuchan varios tonos y finalmente se corta la llamada. Vuelvo a marcar y espero impaciente a que conteste a mi llamada. Han pasado solo cuatro tonos cuando nuevamente se corta la llamada. Insisto, pero se me hiela la sangre cuando la operadora me indica que el número marcado no está disponible en ese momento. Frunzo el ceño.

—¿Estás bien? —pregunta George acercándose a donde me encuentro—. Estás totalmente pálida.

Busco la aplicación que hace unas horas he abierto con las coordenadas del otro teléfono que he emparejado para localizar y veo que la luz verde ha desaparecido. Salgo de la aplicación y vuelvo a entrar incrédula de no ver la señal. Siento que George se detiene a mi lado y coloca sus manos sujetando las mías. En ese momento levanto la mirada como despertando de una pesadilla al notar el calor de su piel en contacto con mis frías y temblorosas manos que se agitan sin control.

—Creo que no —murmuro.

Siento que me falta el aire y que todo a mi alrededor empieza a desvanecerse.

Capítulo 1

Tiempo atrás...

El tren poco a poco va frenando y a través del cristal de la puerta veo a gran parte de los pasajeros que se levantan y agarran sus pertenencias ante la inmediata llegada a la próxima estación. Una vez más por los altavoces se escucha una voz que amablemente indica que estamos llegando a la parada de Schiphol².

—¿Puedes tú con eso? —pregunto nerviosa.

—Lo intento —responde Pilar cargando con una de mis maletas.

El corazón me late a mil por hora cuando la gente empieza a entrar al compartimento en el que nos encontramos para ir cogiendo sitio frente a la puerta para bajar lo antes posible cuando se detenga el tren.

Por el volumen de mi equipaje nos hemos quedado sentadas todo el camino sobre las maletas que descansan en el suelo. Además, los vagones hoy van bastante llenos. Veo una pareja de mediana edad que mueve su maleta y empuja a la persona que hay junto a mí y esta está a punto de hacerme perder el equilibrio, pero consigo agarrarme finalmente a una de las agarraderas que se encuentran junto a las puertas de salida. Con todo el mundo empujando y haciendo fuerza con las piernas para no perder el equilibrio, el tren da un frenazo y se detiene totalmente. La persona que está junto a mí aprieta con impaciencia el botón para abrir las puertas, mientras, estoy a punto de caer al andén de bruces cargada con la maleta más grande que llevo cuando todos empiezan a empujar para descender. Un par de chicos más o menos de nuestra edad cargados con grandes mochilas me ven intentando bajar los escalones del tren cargada de la *maletonga* que llevo y me ayudan con una sonrisa. Les doy las gracias y sonrío nerviosa. Temía que de un momento a otro alguien se desesperara y me empujara.

—¡Vaya! Pareces que llevas toda tu vida a cuestas —dice uno de ellos.

—Casi —digo dándole las gracias por su ayuda.

Dejo la maleta a un lado y ayudo a Pilar a bajar la otra maleta. Una vez que todos los bultos están en el andén los miro y cierro los ojos recordando en mi memoria el momento en el que cogía ese mismo tren en sentido contrario. Ese olor es nostalgia de todo el tiempo pasado en Países Bajos estudiando con una beca. Ha sido mi primer trabajo después de terminar mis estudios en derecho internacional. He hecho muy buenos amigos durante estos dos años, pero es hora de continuar con mi camino. Abro de nuevo los ojos y miro en dirección a uno de los ascensores. Subir a ese ascensor va a suponer decir definitivamente adiós a estos años y a todo lo vivido.

—¿Estás segura de que quieres marcharte? —pregunta de nuevo Pilar.

—No, pero mi beca aquí ha terminado y llevo tres meses buscando trabajo. Ya no puedo mantenerme con los ahorros y no sale ningún puesto de trabajo. Lo único que ha salido es la de Londres —respondo mordiéndome el labio inferior.

Y así había sido. Durante dos años, he trabajado codo con codo con los mejores abogados internacionales y al principio tuve esperanzas de que pudiera quedarme en algún organismo de la ciudad cuando terminara, pero con el paso de las semanas y a pesar de estar buscando mucho antes de que finalizara mi contrato, la búsqueda no había dado resultados positivos. No pensé que pudiera ser tan difícil acceder a uno de los puestos que había visto vacantes, pero las entrevistas se estaban haciendo eternas por la duración de los procesos.

No negaré que puede que no hubiera ahorrado demasiado y que hubiera vivido este periodo como algo extraordinario. Desde que conocí a Pilar habíamos acudido a toda fiesta o viaje que creyéramos interesante. Pero ahora, con el paso de los meses sin recibir ningún tipo de prestación, había tenido que dejar mi habitación en una casa compartida y me había trasladado a casa de Pilar cuando recibí una oferta en un despacho de Londres. No quería marcharme, pero era una gran oportunidad a pesar del miedo que, aunque no reconocía, tenía por empezar totalmente de nuevo en otro país. Recuerdo cuando llamé a casa y lo estuve hablando con mis padres. Ellos habían estado apoyándome en todo lo que habían podido, pero tampoco podía pedirles más de lo que me habían ofrecido durante estos dos primeros años fuera de casa. Además, son dueños de un pequeño negocio de barrio que con la proliferación de las grandes superficies comerciales estaban notando una bajada en la cantidad de clientes que acudían a comprar a la frutería. Estaba procediendo de la manera más correcta.

—Toma, te he comprado algo para el camino —dice Pilar sacándome de mis pensamientos.

Con una sonrisa me obsequia con varios paquetitos de galletas varias típicas que ha obtenido de una máquina expendedora que hay junto al ascensor.

—Gracias, voy a echar mucho de menos las *stroopwafel*³

Siento que la comisura de mis labios se curva en una especie de mueca triste y Pilar se acerca y me da un fuerte abrazo.

—Subamos o a este paso perderás el avión..., cosa que todavía pienso que puedes hacer. Puedes vivir en mi casa y trabajar en cualquier cosa hasta que aparezca tu gran oportunidad, Julia, piénsalo —dice Pilar muy seria accionando el botón del ascensor para que baje de planta hasta donde nos encontramos.

Subimos todo mi equipaje a un carrito y cuando se abren las puertas del ascensor entramos en una especie de vida acelerada de emociones. Ya me he acostumbrado a él, pero el aeropuerto de Ámsterdam es uno de los aeropuertos con más gente que he visto en mi vida, aunque tampoco es que haya viajado mucho fuera de Europa. Las dos empujamos intentando no atropellar a ningún viajero o acompañante que se cruza en nuestro camino hacia la zona de embarque. Miro las pantallas y veo que tengo tiempo más que de sobra.

—Te invito a un último café en las tierras húmedas de Países Bajos. —Voy a echarla mucho de menos.

—Me voy a Londres, no al Caribe. Allí también hace frío y llueve.

Pasa un brazo bajo el mío y lo enrosca pesarosa. Buscamos algún sitio donde sentarnos mientras empujamos el carro e intentamos no perder nada o golpear a nadie. Al no encontrar ningún sitio nos decidimos por un café para llevar y nos sentamos en uno de los bancos metálicos que hay en el aeropuerto.

Durante unos cuarenta minutos permanecemos sentadas recordando y riendo de situaciones con las que hemos tenido que lidiar durante el tiempo que hemos pasado juntas hasta que llega la hora de despedirnos y me da un fuerte abrazo.

—Te echaré de menos, amiga.

—Y yo a ti—susurro.

Nos separamos y una vez separadas estallamos en carcajadas causando que la gente que pasa cerca de nosotras se nos quede mirando.

—Estamos haciendo un drama —dice finalmente Pilar.

—Nos llamaremos y nos visitaremos cuando estemos libres —añado volviendo a abrazarla.

Tras lanzar el vaso de cartón vacío a una de las papeleras de reciclaje me acompaña hacia la zona de las cintas mecánicas que llevan a la planta de salidas y justo antes de que me vaya me detiene.

—Te voy a pasar el número de una amiga que muchas veces está por Londres. Si necesitas algo llámala. Estudiamos juntas. Se llama Alba —dice buscando en la agenda de su teléfono móvil—. ¿Seguro que no quieres que te acompañe?

—No, puedo yo. Además, si pierdes el próximo tren no podrás llegar al trabajo.

Agradeciéndoselo y con una sonrisa me subo a la cinta y poco a poco me voy alejando de ella que se queda en la planta baja. Agita su mano cuando giro y vuelvo a subir en la siguiente. Ya no puedo verla, así que vuelvo a mirar al frente y doy un fuerte suspiro.

Camino hasta la zona de control de equipajes empujando el carro como puedo, confieso que no soy una persona muy fuerte. Miro de nuevo una de las pantallas y me dirijo al mostrador que indica. Una persona de la compañía mira mi billete y me explica adónde ir para que pueda facturar todo el equipaje.

Llevo un total de tres maletas. He aceptado un contrato de seis meses, pero mi intención es alargarlo hasta que pueda, idealmente hasta los dos años.

—¡Buen viaje!

Las palabras del chico joven del mostrador me sacan de mi distracción mirando por última vez hacia el exterior del aeropuerto. El cielo está totalmente gris e inocentemente quiero pensar que también está triste por no haber conseguido un puesto de trabajo y tener que marcharme a otro país empezando de nuevo. Extiendo mi mano y con una sonrisa recojo el pasaporte que me devuelve junto con los justificantes de las maletas. Doy gracias a que el bufete me ha mandado un billete en el que no he tenido que añadir nada para poder transportar todas mis pertenencias en un solo viaje.

Hago cola para entrar a la zona de pasaportes y rápidamente me indican que debo quitarme el calzado y que me acerque a una de las cintas circulares y deposite todos los objetos sacando todo lo electrónico. Necesito un total de tres bandejas para depositar el calzado, chaqueta, bolso y todo lo electrónico que llegados a este punto es lo que prácticamente llevo conmigo. Entro al escáner y pongo cada pie en los puntos amarillos marcados en el suelo y levanto los brazos mirando como el guardia de seguridad mira fijamente la pantalla. Es apenas un minuto, pero se me hace eterno al imaginar la imagen que se pueda observar. «¿Nos verán completamente desnudos?», pienso mientras continúo con los brazos en alto.

Me indican que ya puedo pasar y tras recoger todas mis pertenencias doy un fuerte suspiro mientras echo una última mirada hacia el exterior susurrando un “gracias por todo” dedicado al país que me acogió tras terminar mis estudios.

Capítulo 2

Jamás pensé que un vuelo de Ámsterdam a Londres se me fuera hacer tan largo. Durante los primeros veinte minutos no he dejado de pensar en todos los cambios a los que me voy a enfrentar y estoy segura de que las primeras semanas van a ser totalmente frenéticas. A mi mente acuden todo tipo de dudas, pero pronto se desvanecen cuando el chico que va sentado en el asiento contiguo me mira con sus grandes ojos verdes.

—¿Tu primer viaje a Londres?

—Segundo viaje —respondo apretando los labios nerviosa.

—¿Te quedarás tiempo?

—Espero que sí.

En ese momento me doy cuenta de que en el fondo es algo que sé que debo y quiero hacer. Soy joven, vale, reconozco que no tengo mucho dinero y voy a tener que subsistir con lo mínimo al principio, pero me espera un puesto en uno de los bufetes más increíbles que haya en la ciudad y eso me dará posibilidades para salir adelante, ganar dinero y conocer gente. En Londres no conozco a nadie a excepción del que será mi jefe durante los próximos dos años, el joven que va sentado a mi lado y un número de teléfono que me ha dado Pilar de una amiga suya.

Hablo con mi compañero de asiento durante el resto del vuelo y antes de que me dé cuenta el tren de aterrizaje toca tierra y al sentir el frenazo que se produce en ese momento, un sudor frío recorre mi cuerpo sin esperarlo. «¡Ahora sí que no hay vuelta atrás!».

No es hasta el momento en el que el avión se ha detenido y los pasajeros empiezan a moverse rápidamente para coger su equipaje de mano de los compartimentos que se encuentran sobre los asientos, que nos damos los datos.

—Déjame tu teléfono, te apuntaré mi número —dice sin moverse de su sitio.

Se lo cedo y lo veo teclear. Me muestra sus datos grabados con una leve sonrisa. Ha puesto su número de teléfono y su nombre.

—Gracias y encantada Archer —respondo conociendo su nombre en ese instante—. Yo soy Julia.

Ambos sonreímos y alargamos la mano para estrechárnosla. Me ayuda a bajar mi equipaje de mano cuando es nuestro turno de bajar del avión y mientras nos dirigimos entre la gente hacia la zona de equipajes prometo mandarle un mensaje cuando me haya instalado y tenga un nuevo número de teléfono del país. Archer no lleva más equipaje que una bolsa de viaje de cuero de una buena marca que carga con él. Insiste en que puede llevarme en su coche, pero declino su oferta. Por muy encantador que sea, no lo conozco de nada y no me apetece que me secuestren nada más llegar al país. Además, sé que habrá alguien que me llevará a mi alojamiento temporal hasta dentro de un par de semanas.

—No temas, Inglaterra es un gran país para empezar una nueva vida... Espero tu mensaje.

Se echa la bolsa al hombro y camina con paso seguro hacia la salida mientras yo espero junto a las cintas para recoger el equipaje. No ha pasado un par de minutos que escucho un fuerte barullo en la puerta de salidas. No le doy mayor importancia y me siento sobre mi maleta de

mano esperando el resto del equipaje.

Doy gracias a que un fornido hombre rubio me ve intentando bajar de la cinta una de mis maletas —sin conseguirlo— y viene a mi rescate. Me ayuda con la otra que falta y tras darle las gracias salgo cargada con todo empujando el pesado carrito. He tardado tanto que apenas queda ya gente esperando y puedo ver fácilmente al señor que permanece de pie sujetando una *tablet* con mi nombre en ella.

—¿Señorita Martín? —pregunta cuando me acerco a él con una sonrisa.

—La misma.

Al instante se empecina en dirigir el carrito él mismo. No es un señor mayor, pero tampoco es joven. Me da miedo que no pueda con el peso de mi equipaje, pero ágilmente lo empuja y se encamina hacia el exterior conmigo a su lado.

El cielo de Inglaterra me recibe de la peor forma posible; lleno de nubarrones grisáceos y con un aguacero que hace que tengamos que resguardarnos a la salida.

—Espere aquí —dice apartando el carro de la gente que observa resguardada como nosotros—. Traeré el coche.

Antes de poder contestarle lo veo desaparecer entre la gente que espera que amaine la tormenta.

Inspiro con fuerza y me subo el cuello del abrigo. El olor que penetra en mis fosas nasales me hace sonreír. Estoy abstraída en mis pensamientos cuando veo que un coche negro frena en la zona de carga y el hombre que sale me hace señales con la mano. Maniobro con el equipaje y me dirijo hacia él. Al principio creo que el maletero va a ser insuficiente para las tres maletas que llevo, pero con gran habilidad las coloca perfectamente y cierra el portón. Me abre la puerta trasera del vehículo y me siento hasta que él entra y emprendemos la marcha. La primera vez que estuve aquí hace menos de un mes cogí el metro para llegar a la ciudad y no pude ver mucho por las ventanillas. Ahora puedo hacerlo a pesar de que la lluvia continúa.

Mientras recorremos el trayecto hasta el alojamiento que tengo reservado intento observar lo máximo posible por la ventanilla. Solo conozco la ciudad por las películas y una pequeña guía que compré en una librería del centro de La Haya para estudiar todos los sitios que me gustaría visitar. Además, el otro viaje que hice fue de lo más rápido. Vine por la mañana y me marché en el vuelo de la tarde. Con el tráfico que hay en esta ciudad y al no conocer las distancias no quise arriesgarme y, cuando terminé la entrevista caminé un poco por la zona mirando atentamente a un lado y a otro impregnándome de todo lo nuevo que mis ojos estaban descubriendo.

El vehículo se detiene finalmente frente a una edificación de fachada de ladrillo. El chófer sale del coche y me abre la puerta mientras yo miro con ojos curiosos a pesar de haber buscado el sitio en Google antes de partir. Desciendo del coche y el frío aire de la ciudad me golpea con fuerza causando que todo mi cuerpo tiemble. Me abrazo a mí misma tras ponerme de nuevo la chaqueta. Me detengo junto al maletero del coche y voy colocando mis maletas en la acera con cuidado.

—Gracias —susurro mientras veo que el chófer cierra el portón trasero del vehículo ya vacío.

—¿Necesita algo más? —pregunta educadamente a la vez que acerca las maletas a la enorme puerta principal de cristal.

—¿¡Suerte!?

El hombre se me queda mirando confuso, pero yo niego con la cabeza con una sonrisa nerviosa intentando que olvide lo que acabo de decir. «¡Allá vamos!», pienso llenando los pulmones de aire con una fuerte respiración para darme ánimo.

Como puedo meto todo el equipaje sin descuidar ningún bulto. La primera impresión que me llevo del lugar es un poco imprevista. La recepción del hotel está llena de todo tipo de detalles lujosos. Miro a un lado y a otro casi con la boca abierta y me digo a mí misma que tengo que empezar a buscar otra cosa, dudo que me pueda permitir este tipo de alojamiento por mucho tiempo. El bufete se hace cargo de las dos primeras semanas de mi estancia, pero a partir de ahí correrán todos los gastos de mi parte.

—Señorita —escucho que alguien me saca de los pensamientos en los que estoy sumida.

—¿Sí?

—¿Me permite su equipaje? —dice de manera extremadamente formal.

Lo veo que con una especie de carrito monta todas las maletas y me indica el mostrador de recepción a la que me acompaña. Busco en mi bolso la documentación que me mandaron por correo electrónico y que he impreso.

—Tengo una habitación reservada —digo con un leve nerviosismo que recorre parte de mi espalda.

—Me permite el pasaporte —pregunta con una sonrisa. Se lo entrego y al instante le hace un gesto con la cabeza al joven que permanece junto a mi equipaje—. Bienvenida señora Martín, espero que disfrute de su estancia con nosotros. No dude en solicitarnos lo que necesite. Julius le acompañará hasta su habitación en la sexta planta.

Ya en el ascensor descubro al tal Julius observándome en un par de ocasiones. Yo casi mantengo la respiración hasta que las puertas del ascensor se abren. Nos dirigimos a uno de los lados del pasillo y frente a una de las puertas me solicita la llave para abrir la puerta. Ante mí aparece una habitación muy amplia y con grandes ventanales. Julius me muestra una especie de saloncito que da al dormitorio. Confieso que estoy de lo más deslumbrada por la habitación que me han reservado, pero ante él, intento no parecer lo que soy, una persona que está en las últimas de sus ahorros y que no hubiera imaginado ni en sus mejores sueños tener una habitación como está a su llegada a Londres. Pero aquí estoy yo, tengo que aprovechar y disfrutar este momento.

Cuando me quedo sola en la habitación me saco las botas y recorro toda la habitación de nuevo pisando con mis pies desnudos la mullida moqueta hasta que llego a la enorme cama y doy un salto para subirme a ella tumbándome de espaldas con una enorme alegría en el rostro.

Tenía tanto miedo de no poder encontrar trabajo y detener que volver a casa de mis padres. No quería que la gente pensara que era una fracasada y que había tenido que volver de nuevo a vivir con ellos sin ser lo suficientemente válida para poder labrarme un futuro por mí misma. Y aquí estoy, de nuevo al pie del cañón con todas mis ilusiones puestas en vivir al máximo posible. Vale que he dejado la ciudad de La Haya que está llena de organismos y tribunales internacionales, pero tras mi estancia allí, es en Londres donde finalmente he encontrado mi primer trabajo y voy a aprovecharlo. Por primera vez en mucho tiempo vuelvo a estar exultante de alegría.

No sé cuánto tiempo paso tumbada en la cama con la mirada fija observando las bonitas molduras que adornan el techo de la habitación cuando me interrumpe el sonido de mi teléfono móvil que suena dentro de mi bolso.

Me levanto de un salto y lo saco del bolso mirando la pantalla.

—¿Has llegado? —pregunta Pilar al otro lado de la línea.

—He llegado —respondo tumbándome de nuevo en la cama y doblando las piernas para abrazarme a ellas balanceándome—. Pilar, esto es una flipada, estoy en una habitación alucinante.

—*Perraaaaa* —berrea riendo.

—A ver, tengo que buscarme otra cosa más acorde con mi sueldo, pero...

—Vas a arrasar. Pronto estarás defendiendo causas nobles y en el Tribunal se darán cuenta del terrible error que han cometido dejándote marchar y no contratándote aquí —dice con voz segura.

Por un instante me quedo en silencio. No le digo todo lo que sus palabras han removido en mi interior y lo mucho que he llorado en el cuarto de baño para que nadie me viera cuando me avisaron de que no estaba dentro de la selección de personas que, tras hacer allí las prácticas, iban a tener un contrato para continuar trabajando. Tenía mucha esperanza en que sucediera y me había dejado la piel en las prácticas en los últimos dos años. Todavía siento como una especie de puñal hincándose en el pecho cuando lo recuerdo.

Pilar insiste en que le encienda la cámara y le enseñe la habitación y así continuamos hablando durante el tiempo libre para el almuerzo. Tras nuestra conversación guardo una de las maletas sin abrir directamente en el armario y saco parte del equipaje de la otra depositándolo en los cajones y perchas. Siento que es hora de hacer un descanso cuando mi estómago suena y decido abrigarme e ir a dar un paseo por los alrededores.

Cuando salgo por la puerta de cristal de la entrada, una corriente fría se cuela entre mi ropa y hace que mi cuerpo vuelva a temblar. Mientras decido en qué dirección ir, me abrocho el abrigo y sujeto alrededor de mi cuello la suave bufanda roja que me regaló mi madre en el último viaje que fui a verlos a España.

Durante el paseo busco algún sitio donde poder comer, pero no me decido por ninguno hasta que veo un Marks and Spencer⁴ y me detengo ante él. Hace un tiempo hubo uno en el centro de la ciudad de La Haya, pero no funcionó y lo cerraron al poco tiempo. «¡Esto tiene que ser una buena señal!», me digo inspirando profundamente y entrando por la puerta. Una vez dentro adquiero varios paquetes de galletitas, unas frutas y varios botellines de agua. He visto los precios del minibar de la habitación y no quiero arruinarme en un par de días. Camino un poco más por las inmediaciones del hotel mientras me como unas galletitas saladas hasta que me doy cuenta de que está oscureciendo e inicio el regreso al hotel.

Quiero dejar todo listo y descansar para empezar con fuerzas mañana en mi nuevo trabajo.

Capítulo 3

Apenas duermo un par de horas. Doy vueltas y más vueltas en la cama, causando que cuando finalmente decido levantarme e ir al cuarto de baño para ducharme y arreglarme me horrorice al verme reflejada en el espejo. Llevo mi pelo castaño ondulado totalmente enredado. Me meto bajo la ducha con los nervios en el estómago y dejo que el agua caliente caiga sobre mi todavía cansado cuerpo. Cuando termino me paso más de una hora envuelta en una mullida toalla, revisando la ropa que ya había seleccionado desde hace días para acudir al primer día de trabajo. Me seco el pelo, me maquillo con minuciosidad y cuando termino me doy cuenta de que todavía queda una hora para salir.

Anoche, con una aplicación de transportes que me descargué, calculé el tiempo necesario para llegar al trabajo sin problema. Me preparo un té con la tetera eléctrica y saco unas galletitas que me quedan de ayer. Y allí, sentada sobre la cama y totalmente preparada, tengo mi primer desayuno de mi primer día de mi nueva vida.

Entro al cuarto de baño, me lavo los dientes y me retoco el maquillaje antes de coger la cartera y cerrar la puerta tras de mí.

Salgo decidida por la puerta principal cargada de optimismo, esperanza, una sonrisa y un paraguas. De nuevo llueve.

Me dirijo en dirección a la parada de autobús que, aunque tenga un recorrido más largo no me hará hacer trasbordo. Miro por la ventanilla durante todo el trayecto nerviosa y emocionada por mi primer día. Absorta en mis pensamientos veo gente que corre bajo sus paraguas en diferentes direcciones, supongo que es lo que tiene una ciudad tan grande y cosmopolita como Londres. El autobús no deja de detenerse en cada una de las paradas donde los viajeros suben y bajan mientras los minutos corren. Tras quedar unos minutos detenidos por un atasco, miro el reloj y empiezo a ponerme nerviosa. «¡Quedan menos de veinte minutos para mi hora de entrada al trabajo y todavía quedan bastantes paradas!». Saco mi teléfono móvil y determino que en la siguiente parada debo bajarme y andar un buen tramo para llegar puntual al bufete.

Quedan menos de siete minutos cuando giro la última calle y me encamino por la acera hasta el trabajo. Me duelen de manera terrible los pies y empiezo a dudar que haya sido buena idea ponerme esos zapatos para andar por los adoquines de las aceras de la ciudad.

Entro por la puerta principal cuando apenas quedan dos minutos. Levanto la mirada y veo a las dos personas de la recepción observándome detenidamente.

—Buenos días —digo con rubor.

—Buenos días —responden a la vez.

Me miran el paraguas que no deja de gotear en mis manos y me señalan una especie de cubo junto a la entrada. Deposito allí mi paraguas junto al resto y me dirijo hacia ellas con una sonrisa.

—Es mi primer día y no sé dónde debo ir —reconozco en un susurro.

—No sé preocupe, yo la acompaño. El señor Blake está en su despacho.

Me lleva en silencio por un pasillo adjunto hasta unas cortas escaleras que llevan a la primera

planta. Continúa caminando hasta casi el final del pasillo donde veo que toca con los nudillos y abre la puerta para anunciarme y a continuación marcharse y dejarme allí junto a la puerta.

—Adelante, señorita Martín —dice haciendo un gesto con la mano—. Le explicaré por dónde vamos a empezar.

Recuerdo al señor Blake, solo estuvo en la última parte de mi entrevista y estuvo “acribillándome” a preguntas sin apenas dejarme recomponerme entre una y otra. Ahora permanece sentado tras una enorme mesa de madera maciza que debe pesar una tonelada. Se inclina hacia un lado y busca en un cajón que no puedo ver desde la posición donde me encuentro todavía de pie con todas mis cosas en la mano. Se levanta con varios expedientes en la mano y me los entrega mientras rodea la mesa y se acerca a mí. Es alto, bastante alto y con un traje gris que se ajusta perfectamente a su cuerpo. Lo que más llama la atención de su rostro son sus cejas pobladas totalmente morenas en contraste con su pelo totalmente blanco, supongo que por las canas de la edad. Rondará los sesenta años y se le ve una persona con gran sabiduría y energía. Se mueve con seguridad y me pide que lo siga por un pasillo lateral. Subimos otro tramo de escaleras y al fondo se detiene junto a una puerta.

—Y aquí, tu despacho —dice con ceremoniosidad y una sonrisa que no le llega a los ojos.

Sonrío emocionada, pero cuando abre la puerta encuentro un cuarto ya que a eso no se le puede llamar despacho. Está totalmente oscuro y llega hasta mi nariz un olor a humedad y polvo que temo que me haga estornudar. Blake tiene que darse cuenta de la decepción que acabo de tener.

—Genial —digo finalmente forzando una sonrisa.

—No te apures, con un poco de arduo trabajo será perfecto —asegura—. Tengo que dejarte. Me gustaría que empezaras con esos expedientes a ver si podemos sacar algo de ellos. Tienes un ayudante de departamento que lleva trabajando un par de meses y que te ayudará si necesitas algo para tu despacho.

Se da la vuelta y empieza a deshacer el recorrido que hemos realizado hace escasos cinco minutos. Quiero convencerme de no haber vislumbrado una pequeña y vil sonrisa en su rostro. Me giro y miro observando las dos puertas más que se encuentran en ese pasillo y están cerradas. Tras unos segundos vuelvo a observar el que se supone que es mi nuevo despacho y donde desarrollaré una gran carrera como abogada de las injusticias. No puedo evitar que se me escape una pequeña risita recordando lo importante que me sentía por haber conseguido un contrato aquí en Londres. Con un fuerte suspiro en el pasillo para no inhalar todas las motas de polvo que parece que flotan en el aire en el despacho, entro y dejo junto a unas cajas mi bolso, los expedientes que me acaba de dar Blake y decido sacarme el abrigo. Lo doblo y finalmente decido dejarlo en la moqueta del suelo en una esquina junto a la puerta. Busco junto a la puerta el interruptor de la luz con la creencia que cuando la luz invada el espacio será diferente. Pero no es así y cuando la luz inunda la habitación mi confusión es todavía mayor.

Hay cajas apiladas, sillas amontonadas y un par de mesas contra una de las paredes. Por suerte veo una pequeña rendija por donde entra luz natural y decido descubrir qué hay detrás de unos paneles y cuadros que se apoyan contra la pared. Para mi alegría hay una pequeña ventana. «Todo no podía ser malo en mi primera hora de mi nuevo trabajo», pienso con un fuerte suspiro lo que hace que el polvo se introduzca en mis vías respiratorias y tosa en repetidas ocasiones. Por un momento pienso que podría quedarme sin respiración en ese momento y nadie se daría cuenta de que he muerto entre toda esta cantidad de partículas de polvo.

Cuando me recupero, me armo con gran determinación e intento mover una pila de cajas,

pero me es imposible así que empiezo a mover una a una depositándolas en uno de los rincones del despacho. Mientras muevo la tercera caja, decido sacarme los zapatos de tacón y dejarlos también junto al bolso y la chaqueta. Durante toda la mañana estoy arrastrando cajas y material de oficina sin ver a nadie. No he escuchado a ninguna persona subir a esta tercera planta.

El estómago me hace un pequeño gruñido y miro el reloj. Sin darme cuenta ha pasado la hora de comer, así que me sacudo las manos y el polvo que se ha pegado a mi ropa y me decido a ir a comprar algo de comer.

Cuando intento ponerme los zapatos de tacón de nuevo me doy cuenta de todas las rozaduras y heridas que llevo, pero de alguna manera consigo bajar las escaleras hasta el despacho del señor Blake, pero me encuentro su puerta cerrada. Miro a un lado y a otro, pero todas las puertas están cerradas y por ahora no conozco nadie más. Continúo hasta la planta principal y encuentro a una de las recepcionistas que me mira muy atentamente con una sonrisa en el rostro.

—No encuentro al señor Blake —digo acercándome a su mostrador.

—El señor Blake ha salido —contesta sin titubear un segundo.

—Es mi primer día y todavía no conozco muy bien cómo va el departamento y... —expongo inquieta.

—Dígame qué necesita. Intentaré ayudarla. —Me interrumpe afable.

—Necesito salir a comer algo, ¿me recomiendas algún sitio para algo ligero? y también necesito algo de material de limpieza para el despacho de la tercera planta —explico.

—Enseguida busco a alguien que pueda ayudarle con el despacho mientras usted sale. En cuanto a comer..., no puedo aconsejarle mucho, pero en la calle principal puede encontrar varios sitios donde almorzar.

—Y, ¿una farmacia? —pregunto y siento que el rubor sube a mis mejillas.

—¿Está usted bien? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Los zapatos —informo dando un suspiro—. Me he destrozado los pies y necesito algo para los talones.

Cynthia que así se llama según pone en la placa que lleva sujeta en una de las solapas de su chaqueta se da la vuelta en su silla, abre el armario que hay a su espalda y saca su bolso. Finalmente, tras buscar en uno de los bolsillos me tiende un par de tiritas.

Tras darle las gracias y entrar al cuarto de baño para asearme salgo de allí decidida a encontrar algún sitio donde comprar algo que calme mi estómago. Camino durante un buen rato sin encontrar nada. Decido mirar en mi teléfono el *pub* o tienda más cercana y mi ánimo se viene abajo cuando veo que he estado caminando en dirección contraria y ya llevo fuera de la oficina más de treinta minutos. Rebusco en mi bolso y encuentro una barrita de cereales que me llevo a la boca con ansia mientras camino de regreso.

Cuando entro de nuevo al bufete lo hago decaída y bastante agotada. Saludo en la recepción y cuando voy a decidirme a subir por las escaleras me avisan que la responsable de recursos humanos ha solicitado reunirse conmigo y no ha podido encontrarme. Nerviosa subo a su despacho.

Tras la puerta me encuentro a una mujer joven bastante menuda de pelo pelirrojo y la cara llena de pequeñas pecas. Me pide que tome asiento y durante más de cinco minutos se disculpa por no haber podido recibirme en el día de hoy y acompañarme por el bufete para indicarme los departamentos y presentarme a parte del equipo. Me da una especie de dossier donde me entrega una copia sellada del contrato y me pregunta por mi alojamiento.

—Dicen que los desayunos allí son espectaculares —anuncia con una sonrisa.

En ese momento me doy cuenta de que el desayuno estaba incluido en el alojamiento y me propongo madrugar al día siguiente para disfrutar de él y no alimentarme los próximos días a base de galletitas dulces y saladas.

Durante la charla siento el recibimiento que no había sentido durante éste mi primer día. Le hablo de que pensaba intentar echarle ya un ojo a lo que me ha pasado el señor Blake y que me ha dado un despacho en la tercera planta. Esto le sorprende ya que según me indica en la tercera planta no hay actualmente nadie. Tras más de una hora de charla hablándome del bufete, la ciudad y la que cree que es una gran oportunidad me pregunta por mis prácticas en la ciudad de La Haya.

—No sé si queda mucha gente por los despachos, pero si quieres te muestro el bufete —dice con una sonrisa confidente.

Me doy cuenta cuando salgo con ella del despacho de lo bien que hace su trabajo. Con ella me he sentido que soy parte de un proyecto y toda la decepción y frustración que he tenido durante la mañana se esfuman de un plumazo. Volvemos juntas hasta la recepción y desde allí empezamos el recorrido señalando pasillos, despachos y presentándome a personas que nos vamos tropezando durante el recorrido. Visto el edificio desde fuera parece un bufete mucho más pequeño, pero pronto me explica que hay dos edificios unidos y me habla orgullosa de la historia del bufete que lleva diferentes generaciones especializándose y luchando en casos bastante notorios. Me muestra varios retratos del fundador que hay en una majestuosa sala de reuniones y, aunque mucho de lo que me cuenta ya lo conozco puesto que investigué cuando uno de mis jefes de La Haya me dijo que me había propuesto para un trabajo aquí, me doy cuenta de que contado por ella parece mucho más atrayente. Es un bufete con mucha historia y prestigio.

Laila, que así se llama, me acompaña por los pasillos de cada una de las plantas hasta que subimos a la tercera planta y me pide que le muestre qué necesito en mi despacho. Cuando entra noto en su rostro la incomodidad al ver cómo se encuentra a pesar de haber pasado toda la mañana organizándolo.

—No necesito mucho, pero algo de espacio con una mesa y una silla seria de agradecer —digo con una leve mueca.

—Mañana a primera hora me ocuparé de esto —dice mientras mira su teléfono móvil—. Disculpame, debo atender esta llamada. Te veo mañana.

Laila camina con decisión subida a sus tacones y la veo que desaparece tras girar por el pasillo principal hacia las escaleras. De nuevo me quedo sola y decido quitarme los zapatos y sentarme en el suelo a revisar cada una de las páginas de los informes que me ha enviado el señor Blake. Me sumerjo tanto en ellos que cuando me doy cuenta y miro el reloj del móvil veo que las horas han pasado sin darme cuenta y ya es muy tarde. Podría haber terminado hace más de dos horas.

Recojo todo lo que tengo por el suelo orgullosa de ver que en uno de los dosieres hay mucho que estudiar y con una sonrisa cierro la puerta tras de mí cerrándola con llave. Observo mientras bajo que ya no queda nadie por los pasillos. Voy con los zapatos en la mano bajando en silencio. No se escucha nada y en esos momentos agradezco que Laila me haya mostrado cómo guiarme por el edificio. Llego al último tramo de la escalera y me siento en los últimos escalones para, con desgana por las heridas que llevo, volver a ponerme los zapatos que causan que me duelan de nuevo los pies.

—Vaya, vaya, vaya. No sabía que Cenicienta trabajara aquí —escucho una voz por el pasillo oscuro.

Y ahí, a mi lado aparece de repente un chico de lo más atractivo, enfundado con su perfecto traje gris y su porta documentos en una de sus manos.

Intento no quedarme mirando con la boca abierta, pero no estoy segura de conseguirlo.

—Y tú, ¿quién eres?, ¿el hermanastro malvado?

Sin esperarlo, la expresión de su cara cambia y para mi tranquilidad después de permanecer un instante serio en silencio suelta una carcajada tan grande que hace que sus hombros se muevan.

—Yo me veía más como un príncipe —dice guiñándome un ojo.

—Veo que no es necesario que nadie refuerce tu autoestima —digo con una sonrisa.

En ese momento me levanto y cuando mis pies sienten el peso de mi cuerpo contra los altos tacones siento una fuerte punzada en uno de ellos que hace que esté a punto de perder el equilibrio. Inmediatamente con una zancada rápida ese hombre de voz grave y con la sonrisa perfecta me sujeta con fuerza. El olor de su perfume inunda todo, o así es como lo siento.

—¿Estás bien? —pregunta con expresión de preocupación en el rostro.

—Sí, sí —respondo algo turbada por estar tan cerca de él.

—Te has puesto colorada —dice con retintín.

—Es el calor —respondo azorada.

—De tu cuerpo pegado al mío —dice socarrón.

Lo miro con ojos como platos totalmente alucinada por sus comentarios y de pronto me da un ataque de risa y tras mirarme fijamente un instante aparece en su perfecto rostro una media sonrisita que hace que un pequeño hoyuelo aparezca en esa parte de su cara haciéndolo totalmente irresistible.

—Soy George —dice alargando su mano en mi dirección para estrechármela.

—Julia —respondo aceptando el saludo.

—¿Desde cuándo trabajas aquí? —pregunta levantando una ceja—. Conozco a todo el bufete...

—Hoy es mi primer día.

—Espero que no el último —contesta elevando una de sus cejas.

—Yo también lo espero —contesto con una amplia sonrisa.

«Pero ¿qué estoy haciendo?», me digo a mí misma mientras me obligo a dejar de mostrar mi mejor sonrisa y de flirtear con el tal George.

—¿Te vuelves al hotel?

—Sí..., ¿cómo sabes que estoy en un hotel? —pregunto entrecerrando los ojos.

—Has dicho que era tu primer día y no tienes pinta de llevar mucho tiempo en la ciudad o no te habrías puesto esos zapatos para venir a trabajar. Hubieras sido más práctica.

—Vaya, eres muy observador.

—Además de atractivo —responde burlón—. ¿Tomamos una cerveza y me cuentas?

—Otro día, realmente hoy estoy agotada.

—Es una oportunidad que vas a perder.

A estas alturas de la conversación ya me he dado cuenta de que ciertas frases que dice, quiero creer que, sin pensar, es para provocarme y hacer que responda.

—Puede que sí o puede que no —contesto.

—No te entretengo más, estoy seguro de que estas deseando dar un largo paseo por las calles empedradas de Londres hasta llegar a tu alojamiento—dice.

Me estudia por unos segundos con aire de suficiencia y con una sonrisa de medio lado. Esto

provoca que no pueda evitar sonreír y darme cuenta de que, a pesar de ser tan sumamente engreído, es una de las personas más amables con las que me he tropezado hoy.

Caminamos hacia la puerta principal y una vez allí la persona encargada de la seguridad lo saluda con una amplia sonrisa mientras nos abre la puerta.

—Bueno..., ya nos iremos viendo —digo a modo de despedida.

Empiezo a andar decidida por la acera cuando tras dar unos cinco pasos me detengo al escuchar su voz.

—Nos iremos viendo, pero solo quiero avisarte de que la calle principal con autobuses y metro está en dirección opuesta.

Me giro y vuelvo a recorrer el camino andado hasta que paso por delante de él y cuando lo veo allí plantado junto a la puerta intentando ocultar una sonrisa y sujetando su porta documentos con ambas manos, no puedo evitar soltar una carcajada.

—Gracias —digo levantando una mano.

Oficialmente puedo decir que soy idiota. En estos momentos tengo un dolor de pies horrible, trabaja en el mismo bufete que yo y el de seguridad parecía que lo conocía bien, no entiendo por qué no he dejado que me llevara en su coche hasta el hotel. Intento parecer digna caminando sin ningún gesto de dolor o debilidad hasta que creo que ya no puede observarme cuando doblo la esquina. Entonces me apoyo contra un árbol que se encuentra en mi camino. Cierro los ojos e inspiro con fuerza. No sé cómo voy a poder llegar a la parada con el dolor de pies que estoy sufriendo.

—Anda, sube al coche —escucho desde un coche negro que se acaba de detener junto a donde estoy intentando recomponerme.

—No es necesario —digo soltando poco a poco el aire de mis pulmones por la boca.

—Lo sé, pero soy un caballero inglés y no puedo dejarte así sola. Vamos, sube —insiste inclinándose en su asiento.

—Vale, pero por favor no me secuestres, me tortures o me asesines —digo rodeando el coche y abriendo la puerta del acompañante.

—Si me lo pides así tendré que replantearme mis oscuros instintos.

Lo miro con ojos como platos mientras me pongo el cinturón y dejo mi bolso en el suelo del coche entre mis piernas.

—Llevo un *spray* pimienta en el bolso.

—Interesante —dice incorporándose al tráfico que a esas horas no es muy intenso.

Miro a mi alrededor, es un coche de alta gama y está realmente limpio. No hay ni una sola mota de polvo. No volvemos a hablar hasta que reconozco la zona del hotel.

—¿Cómo sabes adónde iba?

—El bufete tiene un acuerdo con el hotel para clientes o colegas. Siempre es el mismo —responde seguro.

—Es un buen hotel —respondo—. George, gracias por traerme, los zapatos me estaban matando.

—Gracias a ti por no haber usado el *spray* pimienta.

—No quería manchar tu impoluto vehículo —respondo con una sonrisa.

—Descansa. Nos vemos mañana.

Se detiene un momento frente a la puerta principal en la zona reservada y bajo del coche cerrando la puerta con delicadeza.

Cuando llego al dormitorio lo único de lo que tengo ganas es de darme un baño y acostarme

en la impresionante cama.

Capítulo 4

Son las seis de la mañana cuando me despierta el sonido de mi despertador. Me muevo un poco bajo las sábanas y aunque intento ignorar el sonido de la alarma, no lo consigo. Estiro las piernas y saco los brazos. Anoche no podía más, pero no me fui a dormir hasta que deshice las maletas y preparé la ropa que me pondría hoy junto a unas botas de apenas tacón para ir al trabajo. Además, hoy pienso desayunar por todo lo alto ahora que sé que está incluido en mi alojamiento en este hotel. Me doy una ducha rápida, me maquillo y me visto. Me miro en el espejo y me doy el visto bueno con una sonrisa. Ayer observé a todo el mundo que se cruzaba conmigo para ver cómo iban vestidos y no desentonar. En La Haya había mucha libertad a la hora de vestir en el trabajo, excepto en los juicios, pero aquí he visto que incluso para trabajar la gente va ataviada con sus trajes y los hombres todos con corbata.

Bajo en el ascensor hasta la recepción y la persona que hoy está de turno me informa de cómo llegar al comedor. Apenas hay un par de mesas ocupadas. Miro el reloj, es temprano, así que tras informar del número de mi habitación a la persona que hay en la entrada de la sala, cojo un plato de la pila y me dispongo a aprovechar el desayuno. Anoche no cené y mi estómago me lo hace saber. Me sirvo dos piezas de bollería, ensalada de fruta fresca y un bol con cereales. Dicen que el desayuno es la comida principal del día y yo me lo estoy tomando al pie de la letra. Cuando apenas llevo un minuto sentada en mi mesa un camarero se acerca y me sirve el café que he pedido a la entrada.

Cuando salgo por la puerta principal del edificio con mi porta documentos, lo hago totalmente despejada y animada para enfrentarme a mi segundo día de trabajo en Londres.

Mientras me dirijo a la parada de autobús pienso en los miedos que llevo arrastrando desde que me di cuenta de que no podría quedarme en La Haya. Me entró verdadero pánico, ¿sería capaz de instalarme y empezar de nuevo esta vez sola en una ciudad que no conocía? No era lo mismo que cuando me trasladé a La Haya. Allí tenía el trabajo casi asegurado durante dos años por las prácticas remuneradas. Además, tuve la suerte de coincidir con otra compañera española, Pilar, que conocía perfectamente la ciudad ya que su hermano mayor había estado trabajando allí varios años. Junto a ella me sentía invencible hasta que la realidad cayó sobre mí como un jarro de agua fría.

Cuando llega el autobús, miro la hora y sonrío, hoy he podido llegar a coger el anterior y sin dudar lo llegaré a tiempo.

Cruzo la puerta principal del bufete con una sonrisa en mi rostro por varios motivos. Entre ellos, el haber podido llegar a tiempo, no me duelen los pies y hoy no ha llovido en el camino, así que he llegado completamente seca al trabajo.

Durante el trayecto he pensado varias veces en George, tengo que averiguar en qué departamento del bufete trabaja. Me emociona saber que hay personas más o menos de mi edad trabajando allí. Nada más entrar en la recepción me indican que debo subir a la primera planta a reunirme con Laila. No tengo tiempo ni de pasar por mi polvoriento despacho a dejar mis cosas así que una de las recepcionistas se hace cargo de ellas.

Nada más tocar a la puerta de su despacho y abrirla, veo que se levanta y con una amplia sonrisa me pide que la acompañe. Hay una reunión y quiere presentarme a algunas personas. La sigo por uno de los pasillos mientras me pregunta por las ganas que tengo de ponerme a trabajar con en alguno de los casos del departamento. Intento ser entusiasta, aunque hoy todavía tengo que mover cosas para organizar mi despacho.

Laila toca una puerta de cristal con los nudillos e inmediatamente después la abre con una amplia sonrisa acercándose a la persona que hay en la cabecera de la mesa. Me hace un gesto con la mano y entro tras ella.

—La señorita Martín empezó a trabajar ayer mismo en el departamento de Civil y tiene una gran experiencia en trabajo con Tribunales y Derechos Humanos —anuncia.

Siento que el frío desaparece de mi cuerpo al instante y un calor intenso recorre mi columna hasta llegar a mi rostro cuando veo que todas las personas reunidas allí me observan de arriba abajo. Levanto la mano a modo de saludo.

—Hola —digo cohibida al sentirme tan expuesta.

Algunas de las personas que están allí me devuelven el gesto con la mano, pero veo que varias vuelven a agachar la cabeza sin hacer el mínimo gesto hacia mí y continúan con su trabajo. Acompaño de nuevo a Laila fuera de la sala e insiste en presentarme a más gente. Durante parte de la mañana me lleva de un despacho o sala a otra y en mi cabeza ya se van liando caras, nombres y departamentos. Se lo hago saber, pero ella insiste en continuar. He perdido la cuenta de cuántos despachos y pasillos he visitado cuando veo que se dirige a una zona del edificio donde las puertas de los despachos son diferentes y cada uno de ellos tiene un asistente en la puerta. Son mucho más opulentos y me doy cuenta cuando toca con los nudillos a una de las puertas y la abre. Realmente son diferentes. Mucho más luminosos con un enorme escritorio en madera caoba con tapa tapizada y una formidable librería llena de libros en uno de los laterales.

—¿Señor Hoult? —pregunta Laila confundida al ver que la silla del escritorio se mueve, pero no se ve a nadie.

—¡¿Sí?! —Escuchamos una voz bajo la mesa.

—Si quiere usted, puedo pasarme más tarde —propone Laila y, es la primera vez que veo que cambia el gesto de su rostro.

Me tenso a su lado cuando veo que vuelve a moverse la silla que tiene pinta de ser la más cómoda en el mercado y sale un hombre de complexión fuerte con el pelo alborotado. Se lleva una mano a la cabeza y se mesa el pelo.

—Hola —dice incorporándose del suelo.

—Hola —contestamos al mismo tiempo nosotras.

—Le presento a la señorita Martín, trabajará en el departamento con el señor Blake —anuncia de manera formal—. Señorita Martín, el señor Hoult.

Me quedo con los ojos como platos cuando me doy cuenta de que es George, el George que ayer estuvo bromeando conmigo y al que yo le rechacé una copa y le avisé de que tenía *spray* pimienta en mi bolso. Creo que se da cuenta de mi turbación cuando da un paso y sortea la mesa alargando su mano derecha hacia mí.

—Ya nos conocemos, Juls, ¿verdad? —dice con un tono grave de voz.

—Julia Martín —respondo estrechándole la mano—. Señor Hoult.

—La chica del *spray* pimienta... —dice muy serio.

—La misma —respondo de la manera más formal que puedo.

En ese momento tocan a la puerta y entra un hombre perfectamente vestido, pero con la cara más seria que he visto en mucho tiempo. Es un hombre joven, aunque no tanto como George. Con el pelo castaño perfectamente cortado y peinado, su nariz es recta, tal vez demasiado. Y tiene unos ojos color gris azulados que me tienen totalmente embobada. No me doy cuenta de que lo estoy mirando fijamente hasta que escucho un carraspeo que me saca de mi momento de ensueño.

—Tengo que hablar contigo —dice enarcando una ceja y llevando la mirada hacia George.

Veo que Laila da un paso hacia atrás y le deja espacio rápidamente.

—Bueno, pues tengo que dejaros. Ya hablaremos en otro momento. Le deseo la mejor de las bienvenidas al bufete y espero que disfrute con el trabajo que aquí realizamos —anuncia George a modo de despedida.

—Gracias —susurro bajo la intimidante mirada del hombre que acaba de entrar y que me observa entrecerrando un poco los ojos.

Inmediatamente, mientras Laila abre la puerta, camino con paso firme y rápido hacia la puerta que sostiene y ambas salimos de allí.

Temo perder parte del día con la visita “turística” que me está dando Laila desde el departamento de recursos humanos, pero tras una llamada a su teléfono móvil me solicita que vayamos a mi zona de trabajo a ver qué puede hacer para que esté más cómoda. No quiero parecer intolerante, pero me encantaría tener el valor de decirle que lo lanzaría todo por la ventana por la cual al menos podría entrar algún rayo de sol cuando salga alguno de estos días, entre las nubes grises que ocupan por completo cielo de Londres en esta época del año. Dudo en un par de ocasiones a la hora de seguir el camino hacia la tercera planta, los pasillos del bufete son un poco confusos, al menos por ahora para mí. Cuando subimos el último tramo de escaleras vemos a un par de trabajadores con monos azules que cargan con varias bolsas de basura. Laila me mira con una amplia sonrisa cuando giro la vista hacia ella.

—Tenemos una sorpresa para ti —dice abriendo la puerta.

Miro en el interior y para mi asombro se ve la ventana y han colocado una mesa junto a ella. Entro emocionada, ahora ya parece un sitio de trabajo y no el despacho de las cosas olvidadas.

—¡Guau! —exclamo entrando y mirando el espacio.

—Espero que ahora puedas centrarte en el trabajo. Te he conseguido un ordenador para que puedas empezar a trabajar y un poco de espacio. —No puedo disimular una sonrisa—. Todavía quedan cosas, pero pronto intentaremos encontrarles un mejor sitio. Y, por último, esta es tu contraseña y usuario.

Estira una de sus manos y tiende un sobre cerrado. Lo cojo con ilusión.

—Gracias —respondo.

—Enseguida te subirán tus cosas de la recepción. Espero que tengas una buena estancia en el bufete y que hoy sea el primero de muchos años.

Laila sale del despacho y cierra la puerta tras salir. Me quedo embobada mirando alguno de los muebles que han movido y que han colocado adecuadamente en la parte que ha quedado libre. En uno de los rincones todavía quedan numerosas cajas con lo que supongo documentación del bufete. Las estanterías están vacías, pero supongo que pronto se llenaran de expedientes. El despacho no tiene nada que ver con el de alguna de las personas que he conocido hoy, pero es un espacio con mucho potencial. Me siento detrás del escritorio y paso suavemente la yema de los dedos por la madera gastada. Me siento en la silla y me impulso hacia la mesa animada. Doy un fuerte suspiro y miro por la ventana por donde siento que entra una pequeña corriente de aire. Lo

único que veo a través del cristal son las ramas desnudas de un enorme árbol que hay en el exterior. Abro la tapa del ordenador en el momento que tocan a la puerta.

—¿Sí? —contesto sin pensarlo.

—Le traigo sus cosas —dice una de las recepcionistas entrando en el despacho.

—Gracias —digo levantándome rápidamente para coger mis cosas.

Vuelvo a quedarme sola y vuelvo a la mesa colocándome frente al teclado. Miro mi contraseña que se encuentra en el sobre cerrado y la cambio nada más entrar. «Ya estoy dentro», pienso emocionada. Durante el resto del día realizo una especie de cursillo en línea que tiene el bufete para aprender normas y la forma de trabajo. No veo a mi jefe durante todo el día.

Cuando salgo por la puerta es tarde. Otra vez me tropiezo solo con la persona de la seguridad cuando salgo por la puerta principal. Decido llamar a Pilar mientras voy caminando hacia la parada del bus. Debo confesar que la echo mucho de menos y se lo digo. Ambas charlamos pisándonos la conversación la una a la otra cuando de pronto me detengo y miro a ambos lados.

—Espera, Pilar. Creo que me he perdido —digo alarmada.

—Pero ¿cómo te vas a perder? —pregunta riendo.

—Me he metido en una calle sin salida —digo girando sobre mis talones—. Te dejo que hay un *Pub* y voy a preguntar.

—Mándame un mensaje luego y ve pensando en el fin de semana libre para vernos.

—De acuerdo —respondo y cuelgo.

Frente a mí se encuentra un edificio de ladrillo caravista con un cartel de metal que reza, supongo, el nombre del local. A través de sus ventanas veo a varias personas en el interior sentadas en varias mesas. Cuando abro la puerta accedo al local que me recibe con el olor más exquisito que he oído desde hace mucho tiempo. Al instante mi estómago ruge y entonces recuerdo que no he comido nada en todo el día. Me acerco a la barra y sin pensarlo dos veces pregunto si puedo ocupar una mesa. Mientras espero reviso el local y observo que tiene salida a una calle con tráfico y gente andando por sus aceras. Eso me tranquiliza. Apenas pasan un par de minutos cuando uno de los camareros coloca frente a mí un cuenco con una sopa que con su aroma provoca que salive. Observo un periódico en la mesa de al lado y mientras como con ganas miro los titulares.

Hay uno de ellos que al principio me llama la atención. La noticia comenta la nueva adquisición de la compañía. Yo he visto el nombre en varias de las cajas que hay en mi despacho, pero no sé más, así que la leo y continúo hasta que veo varios anuncios y eso me traslada a la realidad de tener que buscar un alojamiento que me pueda permitir estos primeros meses.

Capítulo 5

Cuando me levanto al día siguiente me propongo encontrar un sitio donde poder quedarme cuando el tiempo del hotel termine. Estuve buscando a través de Internet algunas cosas, pero todo es bastante caro. Tengo que concertar un par de visitas y estar atenta a un anuncio que he publicado en un grupo de españoles en Londres que he encontrado en Facebook. Además, tengo que controlar los gastos hasta que sepa cuánto dinero voy a gastarme en el alojamiento. Los precios están igual o más caros que en La Haya, pero no conté con el dinero que me ahorra al ir a todas partes con la bicicleta. Aquí voy en transporte público y cada día me estoy gastando bastante dinero. Por ahora a la comida no le estoy dando gran importancia, me levanto con tiempo y desayuno como si me fuera a recorrer el Polo Norte y si ceno algo ligero como la noche anterior en el *Pub* lo tendré controlado hasta que empiece a cobrar. He decidido que quiero pasar por esto sin tener que pedir dinero adicional a mis padres.

—Buenos días —digo entrando en el edificio.

Hoy vuelve a llover, pero ya he aprendido la lección y llevo zapato cómodo que cambio por otros con tacón alto cuando llego a la oficina. No soy una persona muy alta y cuando llevo falda de tubo hasta la rodilla no me gusta las piernas tan cortas que me hacen los zapatos sin apenas tacón.

Cuando llego a mi despacho introduzco la llave por primera vez y no puedo estar más orgullosa de mí misma. Dejo las cosas sobre la mesa y saco de una bolsa de tela que llevo conmigo el par de zapatos de tacón que he traído. Con la mirada, busco donde colgar mis cosas y el único sitio que encuentro es una especie de pizarra que hay colocada de espaldas intentando tapar las cajas que continúan allí. Cuelgo la bolsa y la chaqueta en una de las esquinas y me siento en mi sillón encendiendo el ordenador. Pongo mi contraseña y de repente varias alarmas me avisan de la agenda del día mientras veo varios correos electrónicos en la bandeja de entrada con marcas de prioritarios. Veo que tengo una reunión en menos de diez minutos así que busco un cuaderno de notas que he visto en uno de los cajones del escritorio. Lo cojo junto a uno de los bolígrafos que hay sobre el escritorio y salgo de mi despacho decidida a no llegar tarde.

Bajo las escaleras y me dirijo por el pasillo a la sala donde nos han citado, pero allí no hay nadie. Miro a un lado y a otro del pasillo y no veo a nadie. Camino de nuevo hacia las escaleras, donde coincido con varias personas. Bajo un nuevo piso y ya en la primera planta me convengo de que es el pasillo correcto. Voy caminando cuando una de las puertas se abre y veo salir al hombre serio de ayer y, debo reconocer que no he cambiado de opinión en lo referente a lo atractivo y a la vez serio que parece.

—¿Venía a buscarme? —pregunta frunciendo el ceño.

—No..., bueno, no sé. Tengo una reunión y no encuentro la sala... —respondo titubeante y bastante frustrada.

—¿Quién le ha citado? ¿Blake? —pregunta llevándose ambas manos a los bolsillos de su perfecto pantalón del traje.

—Sí.

—Es la reunión de departamento. Le acompaño —dice con una aplastante seguridad en la voz que hace que le tenga envidia al instante.

—Gracias —susurro intentando seguir su paso.

Apenas tardamos en un par de minutos, se detiene delante de una puerta y me indica que es la sala que busco. Había pensado que él también entraría, pero gira sobre sus talones y se marcha de allí.

Entro a la sala donde ya hay varias personas ocupando asientos. Tras un breve saludo general me dirijo a una de las sillas que hay libres.

—Yo no me sentaría ahí —escucho desde el otro lado de la mesa. Dirijo alarmada la mirada en esa dirección y veo a una chica que me observa—. Ahí se sienta la secretaria de Blake.

—Perdón —murmuro levantándome del sillón apresurada.

En ese momento entra el señor Blake por la puerta junto con dos personas que caminan a su lado. Una vez situado en la cabecera de la mesa me mira desde allí de pie sin saber qué hacer.

—Buenos días —dice sentándose.

Todos con gran respeto contestan y yo busco rápidamente una silla libre.

La reunión se está haciendo eterna, hablan sin cesar de procesos con los que no estoy familiarizada. Blake no deja de hablar mientras todos escuchan y responden con una disciplina absoluta sin pisarse unos a otros. Estoy observando los gestos de varios asistentes cuando el colega sentado junto a mí me saca de mi despiste.

—Martín —le escucho susurrar.

—¿Qué? ¡Perdón! —susurro cuando veo a parte de la mesa mirando en mi dirección.

—Bienvenida de nuevo —increpa Blake con ironía en la voz causando que varios colegas suelten una risita—. ¿Ha podido trabajar ya en los casos que le dejé?

—No he tenido mucho tiempo para revisarlos...

—Y ¿a qué espera? —pregunta con censura en sus gestos.

—Me pongo en ellos. Sin falta —susurro, avergonzada y noto como las mejillas se ruborizan. Me siento tan intimidada que no vuelvo a abrir la boca en toda la reunión.

Cuando se da por terminada la reunión, salgo de la sala en silencio. Algunos colegas se quedan atrás charlando y una de ellas me sonríe.

—No te preocupes, pronto tendrás bajo control todo lo que llevamos en el departamento.

Le doy las gracias con una sonrisa.

—Soy Julia.

—Anne. Estoy en el despacho del final del pasillo. Dame un toque si necesitas algo —dice empezando a caminar por el pasillo.

—Yo habito en la última planta —digo más animada.

—Lo sé. Siempre pensamos que esa planta era inhabitable —ríe señalando al fondo del pasillo—. Aquel es el mío. Un día de estos salimos juntas a almorzar y nos ponemos al día.

—Gracias —digo plantada junto a las escaleras que me llevarán a mi despacho.

Subo los escalones con decisión abrazando el cuaderno de notas contra mi pecho. Tengo mucho que hacer. Una vez en la planta miro a un lado y a otro y me doy cuenta de que no he subido por el mismo sitio que he bajado. Miro otra vez a un lado y camino a través de un pequeño pasillo. Para mi sorpresa y alegría me doy cuenta de que he llegado a mi despacho sin

apenas perderme. Hago un gesto de triunfo con el brazo y meto la llave en la cerradura. La puerta hace un suave sonido al rozar con algo que hay en el suelo. Es un sobre marrón que lleva escrito mi apellido con una perfecta caligrafía. Dejo las cosas en la mesa y me siento mirando el sobre. No hay remitente. Lo abro con cuidado y saco desplegando dos folios que hay en él. Con sorpresa observo que contiene una especie de mapa con los sitios a los que aparentemente puedo necesitar acudir. Hay una especie de esquema de planta por folio. Enseguida ubico la entrada. La sala principal de reuniones y conferencias, varias salas o despachos que no está indicado qué son y las escaleras por las que tengo que subir para evitar perderme. Los departamentos están marcados como un espacio unido. Miro con detenimiento y entonces me doy cuenta de que en la parte opuesta de mi departamento solo hay un despacho marcado. Con una flecha y en color azul reza "Mi despacho. No acudir a no ser de extrema necesidad". No pone su nombre, pero me doy cuenta de que ha utilizado papelería personalizada y pone su nombre. Johann Edwards. Me sorprende a mí misma llevándome el sobre a la nariz como si creyera que además va a llevar su olor, pero no es así. Simplemente huele a papel. No sé si sonreír o morir de vergüenza. Es amable y borde a la vez. Así que enciendo el ordenador para buscar su dirección de correo electrónico y mandarle un breve mensaje para darle las gracias. No entiendo la sonrisita que me nace en los labios cuando abro la bandeja de entrada para escribirle, puede que sea algo masoquista. Me estoy comportando como una cría. Solo ha sido un pequeño gesto de amabilidad, pero es que me siento tan sola aquí que solo con eso ya me saca una sonrisa. Muevo la cabeza a un lado y a otro y cuadro los hombros cambiando la expresión de mi cara, también me ha pedido que no me acerque a su despacho... el muy engreído.

Vuelvo a meter los folios en el sobre y lo guardo en el primer cajón.

Saco del último cajón los expedientes que el señor Blake me dio el primer día y cojo uno de ellos, dejando a un lado el resto. Hay folios y folios impresos con anotaciones en los márgenes y con diferentes notas adhesivas. Datos en tablas, esquemas... así que, saco mi cuaderno de notas y empiezo a leer. Al principio se me hace un poco pesado, pero pronto empiezo a entender parte del expediente.

Cuando miro la hora me doy cuenta de que casi ya ha pasado la hora del almuerzo así que ordeno todo lo que hay sobre la mesa y me levanto. Cojo el bolso de la percha y mentalmente recuerdo el mapa y trazo el camino para salir más rápido mientras cierro la puerta con llave.

Bajo los escalones lo más rápido que puedo hasta que, cuando voy a empezar a bajar el último tramo de escaleras que dan a la recepción, escucho voces y me detengo en seco. Respiro profundamente y bajo sin apenas hacer ruido guardando absolutamente la compostura. Cuando me quedan dos escalones veo a varios hombres con el abrigo puesto que se dirigen hacia la puerta de salida. Uno de ellos me mira levantando una ceja, muy serio. Es Johann, Johann Edwards. Intento pasar desapercibida, pero cuando me ven me sujetan la puerta para que salga antes que ellos.

—Señores —susurro con un movimiento de cabeza a modo de saludo.

—Señorita —responden dos de ellos.

A pesar de las ganas que tengo de saber si él ha sido uno de ellos, me obligo a no girarme y terminar con esta tontería. No sé ni la posición que ocupa en la empresa donde acabo de entrar a trabajar. Intento andar lo más rápido posible, pero no corro hasta que llego a la intersección y entonces es cuando agarro el bolso, me lo sujeto en el hombro y echo a correr hacia una tienda que he encontrado en Internet que vende líneas de teléfono móviles. Giro la calle y de pronto me estampo contra alguien.

—Perdón —digo al instante agarrándome de los brazos que me sujetan.

—¡Julia!

Levanto la cabeza intentando guardar el equilibrio.

—¡Oh! Señor Hoult. Perdona, no lo he visto —digo azorada.

—George. —Me corrige con una sonrisa amable—. No me llames así que cada vez que lo dices me sobresalto pensando que mi padre está detrás de mí.

No consigo esconder una pequeña risa que me brota del pecho al ver las caras que pone cuando nombra a su padre. Da un paso hacia atrás y se lleva la mano a la mandíbula.

—Vale, George cuando estemos fuera del despacho —digo finalmente.

La gente sigue caminando con prisa a nuestro alrededor.

—¿A dónde vas tan deprisa?

—No me he dado cuenta de la hora y quería comprar una tarjeta SIM para el teléfono móvil con número de aquí —explico atropelladamente.

Cuando George ve lo apurada que voy, nos despedimos rápidamente. Él va en dirección del despacho y yo continúo en dirección a la tienda de telefonía. La veo a escasos metros y acelero el paso para perder el mínimo tiempo posible. Cuando me toca mi turno mi decepción no puede ser mayor cuando me piden una dirección fija. No les sirve la del hotel. Necesito llamar a varios de los anuncios que he visto para conseguir primero un lugar donde vivir y voy a tener que hacerlo con mi número de teléfono móvil de los Países Bajos. Vuelvo caminando despacio al despacho bastante decepcionada y totalmente convencida que mi principal objetivo en estos momentos, además, de mantener mi trabajo es encontrar donde vivir. Entro en el bufete, cabizbaja inmersa en mis pensamientos. Llego al despacho y me pongo de nuevo a leer el informe que estoy examinando para poder cerrarlo.

Mi primera semana en Londres pasa volando y sin apenas avances a la hora de encontrar donde vivir cuando se me agotan los días reservados por el bufete en el hotel. Cada día es más desesperante, me paso todo mi tiempo libre buscando, llamando y decepcionándome cuando veo que generalmente los apartamentos no tienen nada que ver con lo que se describe en los anuncios o en las fotos. El radio de búsqueda ha ido aumentando con cada llamada o visita. Sabía que iba a ser prácticamente imposible encontrar algo cerca de mi lugar de trabajo, pero cada vez estoy más lejos. El sábado por la mañana visito un estudio situado a más de una hora de distancia en autobús. Relleno la solicitud para el arrendador a pesar de ser el cuchitril más horrible y sucio que he visto en mi vida. Cuando salgo de la visita no sé si rezar para que me elijan a mí o para que no lo hagan y pueda encontrar algo mejor. El domingo a primera hora de la mañana miro la pantalla del móvil y veo un correo en el que se me indica que no cumplo los requisitos para poder alquilar el estudio.

Estoy tumbada en el cómodo suelo enmoquetado de mi habitación cuando recibo una llamada de teléfono móvil.

—Dime —respondo sin mucha energía.

—¿Qué te pasa? Pareces agotada —escucho al otro lado de la línea.

—Lo estoy. No encuentro nada decente donde vivir —respondo con un profundo suspiro.

—No te desesperes, seguro que pronto me llamarás para enseñarme tu pisito en Londres —replica Pilar, intuyo que intentando subirme el ánimo.

—Más bien te enseñaré mi cuchitril donde moriré de frío y humedad asesinada por algún delincuente —apunto soltando una carcajada—. Pero no me rindo, voy a empezar a ver casas compartidas.

—Míralo desde el lado positivo. Conocerás a mucha gente y te invitarán a un montón de fiestas.

Y eso es lo que intento hacer, mirar el lado positivo y no desesperarme.

Capítulo 6

Mi búsqueda de casa pasa a un nivel diferente esa misma noche. Empiezo a buscar una habitación en casas compartidas. De todas formas, es un buen mecanismo para poder ahorrar más dinero para así con el tiempo tener algo para mí sola. Y, además, veo otras ventajas. Voy a estar la mayor parte del tiempo en el trabajo de todas formas y de esta manera, como dice Pilar, conoceré a gente.

Selecciono varios anuncios que encuentro en Internet. A la mañana siguiente mientras espero en la parada de autobús llamo a dos de ellos. Mis dos primeras opciones ya están descartadas puesto que ya han sido ocupadas las habitaciones, así que tendré que continuar con la lista a la hora del almuerzo. A primera hora asisto a una de las reuniones del señor Blake y me enorgullece decir que esta vez queda contento con mis respuestas y se ensaña con otro colega. Cuando vuelvo a mi oficina reviso mi teléfono móvil y veo que puedo ir a visitar una habitación libre cerca del trabajo, así que cuando es la hora, cojo el bolso y la chaqueta y corro en la dirección que me han indicado. Está a tres paradas en metro y pinta muy bien hasta que me detengo junto a la fachada de un edificio viejo en una calle estrecha. Toco el timbre un poco nerviosa, seguramente el interior esté reformado y no tenga nada que ver con la entrada al edificio. No es el caso. Un chico delgado y alto me abre la puerta en calzoncillos y sin peinar. Lleva un cigarrillo en los labios mientras me mira de arriba abajo sin decir nada. Tras unos segundos sentencia.

—Creo que esto no es para ti.

Yo también lo creo cuando de repente veo un insecto volador que se acerca a la puerta abierta planeando y descendiendo hacia donde yo me encuentro. Miro fijamente y cuando me doy cuenta de que es una cucaracha volando doy un grito llevándome una mano al pecho y apartándome de la puerta.

—El casero ha dicho que pronto mandará a un exterminador para que fumigue —me informa el chico desgarbado sujetando el cigarrillo entre dos dedos y pasándose una mano por el pelo.

—Creo..., creo... —titubeo por un momento.

—Te lo vas a pensar, ¿verdad? —dice con una mueca.

—Creo que sí —respondo forzando una sonrisa.

—Suerte —dice antes de cerrar la puerta en mis narices.

—Gracias —susurro a la puerta ya cerrada.

Bajo decepcionada los escalones que me llevan a la planta baja y, cuando salgo del edificio decido acelerar el paso y desaparecer lo antes posible no sea que una de las habitantes de la casa de alquiler baje volando y se me pose en la cabeza. Tengo la sensación de que me pica todo el cuerpo hasta que llego a la boca del metro. Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando recuerdo el momento de la cucaracha voladora. Saco del bolso un par de galletas y las mordisqueo mientras regreso a la oficina. Por el camino, sentada en uno de los asientos libres del metro, continúo buscando con el teléfono móvil otras opciones.

En la oficina, termino un par de expedientes hasta revisarlos hasta la extenuación. No quiero equivocarme con lo primero que me encargan hacer en el bufete. Cuando acudo al despacho de

mi jefe y los ojea, este me mira yo diría que con satisfacción.

—Me gusta el trabajo que has hecho—murmura finalmente—pero, intenta ir un poco más rápido. Son todos expedientes que ya se han revisado, muchos por mí.

—Sí, señor —respondo sentada en un enorme butacón que tiene frente a su mesa.

Se levanta llevándose una mano a la barbilla, pensativo.

—Puede que puedas ayudarme con esto.

De pronto deja una enorme caja sobre su mesa. La miro con interés. Varios expedientes sobresalen de la caja que apenas puede cerrarse.

—¿Qué quiere que haga?

—No hay mucho que hacer, ya está prácticamente todo revisado por mí, aunque hay contratos simplemente que hay que cerrar y hacer el informe. No te llevará mucho tiempo y lo puedes intercalar con los otros —dice meditabundo.

—Yo me encargo —digo levantándome de mi asiento.

Me acerco a la esquina de la mesa donde ha dejado la caja y cuando intento levantarla me sorprende lo pesada que es. Hago un gran esfuerzo y finalmente la levanto en peso. Voy a tener que parar en el pasillo, pero no quiero que piense que no puedo con ello. Sobre todo, después de lo contenta que estoy de que me haya confiado un expediente tan grande como ése después de trabajarlo él. Estoy segura de que voy a aprender mucho con las posibles notas. Debo reconocer que no soy una mujer muy fuerte, es más, siempre me ha dado bastante pereza el deporte y en estos momentos rezo para que no se me doblen los brazos antes de salir por la puerta del despacho de Blake.

Un pequeño lamento se me escapa cuando la puerta se cierra a mi salida. Ya no puedo disimular mucho más y dejo la caja a dos pasos de la puerta de mi jefe llevándome una de las manos a la espalda.

—¿Está bien?

La voz de George hace que me sobresalte y gire la cabeza hacia donde se encuentra en el pasillo junto a Johann mientras me miran con cara de sorpresa.

—Sí, sí —respondo intentando disimular agachándome de nuevo para coger la caja.

Vuelvo a alzarla en mis manos y estoy a punto de perder el equilibrio cuando George da un par de rápidas zancadas y me la quita de las manos.

—Déjeme, le ayudo —dice cargando con la caja frunciendo el ceño. Se despide de Johann que no ha dicho ni una sola palabra—. Pero ¿qué llevas aquí? ¿Piedras?

—Es trabajo que me ha encargado Blake —digo con una sonrisa orgullosa caminando a su lado.

Subimos las escaleras y cuando llegamos junto a la puerta de mi despacho me hace una señal con las cejas para que abra la puerta. Agarro el pomo de la puerta y la giro abriendo y sujetando la puerta para que pueda pasar.

—¿Dónde se la dejo? —pregunta.

Le señalo una silla vieja que hay detrás de mi mesa. Observo que George continúa mirando a un lado y a otro.

—Poco a poco iré ordenando todo... —digo un poco azorada recordando la enorme diferencia que hay entre su despacho y este cuarto donde me han instalado junto a un montón de cajas.

—Tiene buenas vistas —dice haciendo un gesto con la cabeza asomándose a la ventana.

Se gira sobre sus talones y con ojos curiosos revisa toda la estancia en un silencio bastante

incómodo. Veo que se detiene junto a un paquete de galletas de jengibre que tengo sobre la mesa.

—No me ha dado mucho tiempo a almorzar —me excuso.

—¿Quiere que tomemos algo a la salida? —pregunta llevándose una mano a la barbilla y acariciándola.

—Se lo agradezco mucho, pero me es imposible —digo con cara de circunstancia.

—No en plan cita si es lo que crees que te estoy proponiendo —aclara George rápidamente —. Intento ser amable contigo y más en un bufete con gente bastante mayor que nosotros...

—Lo sé, lo sé —enfático—. Puede que otro día.

—Otro día —repite George dirigiéndose a la puerta—. Avísame si necesitas algo.

—Lo haré —susurro inclinando la cabeza en su dirección a modo de despedida.

Son pasadas las seis de la tarde cuando apago el ordenador y tras ponerme la chaqueta salgo de allí con mi porta documentos. No es que me lleve trabajo, pero como todo el mundo entra y sale del bufete con uno de ellos yo también lo hago para sentirme parte de ellos.

Todavía no conozco muy bien la zona y no he tenido tiempo de explorar así que decido ir sin pensarlo dos veces al Blue Lion que está cerca y que sé que está abierto. Voy caminando, mirando la pantalla y sin hacer caso a todo lo que me rodea cuando estoy a punto de tropezar con alguien. Decido llegar al *Pub* y luego continuar revisando los avisos de habitaciones libres para alquilar. Reconozco que me está agobiando mucho lo de la habitación, no pensé que pudiera ser tan difícil, pero siempre tengo la opción en el último momento de regresar a alquilar la habitación de las cucarachas.

Estoy sentada en una de las mesas del *Pub* tomándome la sopa del día cuando algo me distrae en la calle a través del gran ventanal. Dejo la cuchara en el cuenco y miro atentamente. Del edificio de enfrente veo salir a Johann Edwards con una bolsa de deporte y el pelo mojado. Se ha cambiado de ropa y ya no va con su perfecto traje que lleva cada día en el trabajo. Va con unos vaqueros, un jersey de cachemir de cuello alto y un abrigo de lana azul oscuro. Anda con seguridad, se lleva la bolsa de deporte al hombro y comienza a andar. Abruptamente algo impide que continúe mirando a través del cristal.

—¡Eeeh!

De repente veo la cara de George en el cristal y del susto que me llevo dejo caer mi cuerpo hacia atrás golpeando la mesa con una de las rodillas y causando que la cuchara que hay dentro del cuenco desborde sopa sobre la mesa. Él estalla en una carcajada y hace un gesto indicándome que va a entrar. Lo veo despidiéndose de Johann con un grito levantando la mano, pero ya está fuera de mi campo de visión.

—Hola —digo limpiando con varias servilletas de papel los restos de sopa de la mesa.

—¿Te puedes creer que llevo años trabajando en el bufete y entrenando aquí al lado y nunca he entrado aquí?

—Pues tienen una sopa muy buena —digo con una media sonrisa de lo más diplomática.

—¿Aquí es dónde te escondes? —pregunta con una mueca—. ¿Puedo?

Señala con una mano la silla que hay frente a mí. Le hago un gesto con la cabeza afirmativamente dando un suspiro.

—No me escondo —digo en una especie de susurro—. Es que encontrar habitación está siendo mucho más complicado de lo que creía y llevo días corriendo de un lado a otro visitando sitios.

—Si quieres puedo ayudarte. Seguro que es de lo más emocionante —responde observando la

carta.

—Más bien diría aterrador —murmuro cuando el que creo que es el dueño del local se acerca.

George pide con determinación no solo un plato de la sopa del día como la que yo estoy tomando. También pide una hamburguesa y una cerveza.

—Adelante, come, que no se te enfríe —dice.

Mientras yo intento comer de una forma lo más pausada posible, George mira a un lado y a otro hablando del local.

Confieso que es bastante agradable hablar con alguien que conoce la ciudad y que no tiene nada que ver con alquilar una habitación. Es muy agradable además de divertido y guapo. Me he dado cuenta de que dos chicas que hay en una mesa un poco más apartada le han dado un buen repaso cuando se ha levantado para ir al cuarto de baño. De pronto un sonido me distrae de mis pensamientos: me ha llegado un mensaje al teléfono móvil.

Arche

No me has escrito.

Sonríó mirando la pantalla.

Yo

No he tenido tiempo.

No es todo tan fácil como crees.

Arche

Nos vemos el sábado por la noche y me cuentas.

Te paso la dirección.

Yo

Perfecto.

Puede que vaya acompañada.

Arche

Genial.

Intentaré enseñarte la parte bonita o más fácil.

Levanto la mirada de la pantalla y veo a George que regresa a la mesa.

—¿Por qué me miras así?

—¿Tienes planes para el sábado? —pregunto inquieta.

George me mira levantando las cejas y abriendo mucho los ojos.

—¿¡Sí!? —duda en su contestación.

—He quedado con alguien que conocí en el avión y prefiero ir acompañada —digo con una risotada.

—¿Me vas a utilizar?

—Totalmente.

Durante el resto de la cena disfruto hablando con él. A pesar de lo claramente que se nota su clase social alta coincidimos en aspectos que nos hacen congeniar de manera sencilla y agradable. Además, decidimos hablarnos por el nombre y sin formalismos fuera del trabajo y es de agradecer.

Es tarde cuando nos levantamos de la mesa y decidimos irnos de allí. El tiempo ha pasado volando, hablando con él. Es divertido, amable y descaradamente guapo, y él lo sabe. A pesar de negarme en un principio, me lleva al hotel en su coche asegurándose que a esas horas los transportes públicos son mucho más espaciados en el tiempo y llegaría muy tarde al hotel. Por el contrario, él solo tarda unos minutos en acercarme allí. Cuando detiene el coche frente a la puerta principal me mira con una sonrisa.

—Ha sido un placer conocer un poco más a la “chica del desván”.

—¡Eeeh! —respondo.

—Es como he oído que te llaman algunos... Y no insistas, no confesaré quién lo hace —dice levantando ambas manos a la altura del pecho en señal de inocencia.

—Pues que sepas que la chica del desván sabe que no tiene mucha experiencia, pero que se va a dejar la piel en demostrar lo mucho que vale —respondo poniendo una graciosa cara de ofendida.

—No lo dudo.

Durante el resto de semana continúo buscando incansablemente un alojamiento antes de que se me terminen los días en el hotel e incluso George me lleva una tarde a ver uno de ellos. Está siendo desesperante, pero el último que veo el sábado por la mañana parece que es perfecto. Tengo que esperar al domingo a que me den una respuesta para poder trasladarme, pero es una pequeña casa con cuatro habitaciones y un baño con un pequeño jardín a las afueras de Londres. El piso lo ocupan tres chicas más o menos de mi edad y es el que mejor sensación me ha dado hasta ahora.

Paso parte del día volviendo a guardar mis cosas en las maletas, el tiempo se termina y quiero estar preparada. He continuado mirando en las páginas y grupos de Internet, pero no hay nada, así que me tumbo sobre la cama y llamo a mi familia. Hablar con ellos en estos momentos me da una especie de tristeza que me aprieta el corazón. Ellos no saben que estoy desesperada por encontrar un alojamiento que me pueda permitir, que el transporte aquí se paga bastante más caro que una bicicleta y que llevo comiendo galletas y una sopa cada día para poder subsistir. Se les escucha tan emocionados por lo que les cuento del despacho de abogados y de la ciudad que temo decepcionarlos. En varias ocasiones de la conversación creo que voy a empezar a llorar por sentirme un verdadero engaño y no saber dónde voy a poder dormir más allá del martes.

Cuando cuelgo la llamada me tapo la cara con la almohada y entonces es cuando dejo escapar todas las emociones que he estado reprimiendo y las lágrimas inundan mis ojos. Quiero continuar siendo positiva, pero me está siendo complicado.

«Señor, sé que le das las batallas más duras a los más fuertes, pero yo ya soy lo suficientemente fuerte y no me dejes que viva en el edificio del tipo desgarrado con cucarachas. Prometo seguir luchando contra las injusticias de la vida a través de mi trabajo», rezo lloriqueando, mirando al techo.

En ese momento escucho el teléfono móvil que vuelve a sonar y me incorporo de nuevo en la cama sobresaltada.

—¡Hola! —respondo.

—Uy, uy, uy. ¿No me digas que no has encontrado casa todavía? —pregunta Pilar.

—Cruza los dedos para que me den la de esta mañana —respondo recostándome de nuevo—. ¿Qué haces? ¿Vas en la bici?

—Voy a tomar un café con las chicas —dice.

Al oír los sonidos que la envuelven rememoro el tiempo y los fines de semana en los que yo también acudía a esas charlas con las amigas e íbamos en bicicleta bordeando canales y jardines hasta llegar al centro. La imagino con su sonrisa de siempre pedaleando alegremente.

—Os echo de menos —susurro, alicaída.

—¡Perfecto porque te he comprado el billete para mi cumpleaños! —grita al teléfono.

—¿¿Qué?? —pregunto sorprendida.

Es algo que ambas habíamos hablado varias veces. Está empeñada en celebrar su cumpleaños este año por todo lo alto.

—No te agobies. Han sacado una oferta y no he podido contenerme..., a no ser que te hayas vuelto una pedante abogada privada de la ciudad que ya no quiera saber nada de mí...

—Esta pedante abogada necesita preguntarte algo..., ¿puedo pagártelo al mes que viene?

Por un momento solo escucho a un pájaro cantar y de pronto una enorme risotada.

—No te preocupes por el billete. Ya me lo devolverás cuando consigas un salario que te cagas.

Y así es como paso parte de la tarde, charlando y riendo con una de mis mejores amigas a la que echo enormemente de menos puesto que el destino quiso que nos separáramos y que cada una acabara trabajando en un país diferente.

Son las seis de la tarde cuando bajo a la puerta principal y veo que ya está esperando George.

—Te has adelantado —puntualizo cuando veo que se mira el reloj de pulsera.

—No, solo es puntualidad inglesa. ¿Tienes la dirección? —pregunta con una mueca de lo más enigmática. Busco de nuevo el mensaje de Archer y se la leo. George levanta una ceja—. ¿Estás segura?

—Sí, mira —informo mostrándole la pantalla del teléfono móvil con la dirección—. Además, dice que no nos preocupemos, que nos ha puesto en la lista de la puerta para poder entrar.

—Y, ¿sabes a qué se dedica tu amigo? Porque es la dirección del local de moda y no hay entradas para hoy desde hace semanas —dice George mirando la pantalla mientras piensa—. Vaya, vaya con la chica del desván y sus conocidos que nos van a colar en el local al que todo el mundo quiere acudir el sábado por la noche.

Capítulo 7

Salimos a la calle desde el aparcamiento donde George ha dejado el coche. Yo voy caminando con la pantalla del teléfono móvil casi pegada a mi cara.

—No es necesario el GPS. Sé a dónde vamos.

—Yo no —digo riendo mientras guardo el teléfono en el pequeño bolso que llevo cruzado.

Hace frío y me aferro al abrigo y la bufanda intentando no perder el equilibrio por los adoquines de las aceras mientras sigo el paso de George que camina con determinación hacia el paso de peatones. Voy a cruzar cuando el brazo de George me frena de golpe.

—Debes mirar al lado correcto —informa serio.

—¡Joder! ¡Qué susto! —digo llevándome una mano al pecho del sobresalto que acabo de tener.

Los coches se detienen y cruzamos al otro lado de la calle. Caminamos hasta llegar a una especie de canal hasta que frente a nosotros encontramos una enorme puerta de hierro y un muro de ladrillo. Hubiera dudado que fuera allí si no fuera por la gente que veo en la puerta. George apoya una de sus manos en mi espalda para dejarme pasar primero cuando cruzamos la calle. Se acerca a la puerta y da nuestros nombres a la persona que hay en la entrada. El hombre nos pide la documentación y le hace una señal a una especie de azafata que tiene a su lado dejándonos pasar al recinto. Nos solicita que la sigamos y nos pide que nos pongamos una especie de pulseras magnéticas. La miro con curiosidad.

—Son ustedes invitados vips. Pueden disfrutar de la terraza, bebidas y comida.

Ambos nos miramos y hacemos un gesto festivo mientras cogemos una especie de panfletos que nos cede, una pequeña bolsa y un disco DVD. Abro uno de ellos mientras caminamos a la entrada del edificio.

—Pero ¿a quién cojones has conocido tú? —pregunta George con una sonrisa socarrona.

Me paro en seco cuando veo la foto de la persona que hace la fiesta de presentación de su nuevo trabajo.

—¡A este! —exclamo señalando una octavilla de todas las que nos han dado.

—¡Joder! ¡No te creo! —increpa George con los ojos muy abiertos mirando la fotografía que señalo con el dedo.

Lo miro haciendo una mueca.

—¡Madre mía! —susurro haciendo una mueca.

—Pero ese es el *disc-jockey* que ganó dos Brit Awards⁵

—Eso parece...

—Joder, menudos contactos... —dice George riendo.

—Vamos, que somos vips —digo riendo.

Llegamos a la entrada del edificio y entramos a un espacio abierto estilo industrial. Los techos son altos con vigas de madera y claraboyas que dejan entrar la luz del exterior. Vamos caminando y leyendo información sobre el edificio. En realidad, el recinto se creó en el siglo XIX y servía como almacén de tabaco. Con el tiempo, ahora, se había convertido en un espacio cultural en el centro de la ciudad, albergando presentaciones, exposiciones y conferencias.

George, mientras camina a mi lado, me sugiere que subamos a la terraza así que decidimos ir en esa dirección para empezar. En nuestro recorrido hasta la terraza varios camareros se acercan a nosotros con bebida y mini canapés y mini sándwiches que saboreamos con gusto. Es un espacio muy amplio con dos plantas. Llegamos e intentamos acceder a la terraza, pero antes nos detienen en la entrada para controlar nuestras pulseras. Nos pasan una especie de lector y enseguida nos dan la bienvenida con una amplia sonrisa.

George tenía razón, la terraza tiene unas vistas al río Támesis y a la Torre de Londres espectaculares. Llevamos varios minutos mirando al horizonte cuando alguien se acerca a nuestra espalda y llama nuestra atención. Un par de personas y un fotógrafo van a su lado.

—¡Has podido venir! —exclaman a nuestra espalda.

Por un breve instante no sé realmente cómo reaccionar. Apenas lo conozco y no estoy segura de cómo saludar. Las personas a nuestro alrededor nos miran y finalmente sonrío y le doy un beso en la mejilla. Realmente parece toda una verdadera estrella rodeado de personas que le siguen y nos observan. Va con su pelo despeinado y con su sonrisa de suficiencia que le hace tener un aspecto travieso, mientras que viste con unos vaqueros impolutos, una camiseta color oscuro y una chaqueta.

—¡Hola! —exclamo finalmente—. ¿Por qué no me dijiste nada?

Él estalla en una sonora carcajada.

—Fue divertido ir en un vuelo sin que la persona de al lado te escudriñe con la mirada, sabiendo quién eres, para luego contarlo en las redes sociales. ¿Cómo estás? ¿Cómo te trata este país? —pregunta.

Un camarero se acerca con bebidas y cogemos una copa cada uno.

—Bien..., bueno, intentando estar bien... te presento a un colega del trabajo George Hoult —digo.

Me giro hacia donde se encuentra George y estos se saludan con una sonrisa afable mientras se estrechan las manos. En ese momento la persona que creo que hace el papel de publicista se dirige hacia nosotros y nos pide que posemos para una foto juntos. No lo dudamos ni un solo instante y nos acercamos los tres con una enorme sonrisa y el fotógrafo hace un par de fotos y se retira.

—Gracias por invitarnos —digo.

Acerco mis labios a su oído porque acaban de poner música e intensas columnas de luces de colores que se pierden en el cielo sorprendiéndonos a todos. Apenas pasa unos minutos hablando con nosotros y solicitan de su presencia con otros invitados.

—No os vayáis y tomamos algo después de la actuación —pide con una media sonrisa.

Le hacemos una señal con la cabeza de manera afirmativa y Archer se marcha. Nosotros vemos un par de sillones libres y nos acomodamos mientras no paramos de comer y beber. La actuación en vivo comenzará en apenas cuarenta minutos y no tenemos muchas ganas de patearnos el recinto y más cuando hemos encontrado un sitio maravilloso en la zona vip.

Puede que al principio de conocer a George pensara que era el típico hombre fanfarrón y chulesco que liga con todo lo que tiene piernas, pero nada más lejos de la realidad. Me habla con devoción de la ciudad que lo vio crecer, de sitios a los que debería ir, consejos varios y de su familia.

Las luces se apagan y cambian. Ahora no son blancas, son de colores y enfocan hacia una parte de la terraza donde vemos que ya se encuentra Archer demostrando su nuevo material. Pronto la gente se lanza a una pequeña pista que hay frente a la improvisada cabina y una especie

de humo y luces juegan con las sombras de la gente que disfruta de la música. Después de dos canciones George y yo nos levantamos y decidimos darlo todo en la pista.

—Yo no sé bailar esto —grito en su oído.

—No te preocupes. Simplemente imagina que te ha dado la corriente o un calambre —chilla agarrándome por la cintura mientras nos hacemos hueco en la pista.

Sin pensarlo, nos confundimos con el resto de la gente que baila disfrutando de la fiesta. Nosotros también lo hacemos, aunque de vez en cuando nos miremos y nos dé un ataque de risa al ver al otro totalmente implicado en el baile.

Cuando nos damos cuenta, el cielo que se encuentra detrás de Archer se llena de coloridos fuegos artificiales y se da por finalizado el pequeño concierto. Me duelen los pies así que cuando vemos a la gente que empieza a desalojar la pista corremos hacia un par de cómodos sofás y nos tiramos literalmente sobre ellos. Un camarero se acerca a nosotros con bebidas, pero creo que ya he bebido suficiente por esta noche. No quiero acabar en el baño de este majestuoso local vomitando como si no hubiera un mañana. La pólvora del cielo se desvanece rápidamente por la brisa que corre en ese momento y sobre nuestras cabezas van apareciendo estrellas que centellean con intensidad en mitad de la ciudad con el distrito financiero de fondo.

—Tenías razón, es un sitio espectacular —afirmo—. Sería perfecto si no tuviera que volverme loca mañana buscando habitación...

—¿Todavía no has encontrado nada? —pregunta George.

Vemos a Archer acercarse a nuestro sitio con una chica guapísima de su brazo. Su piel es de un marrón oscuro que resalta el vestido amarillo que lleva y no sé si realmente es corto o es que sus piernas son kilométricas. Archer nos confirma que es modelo y que han trabajado juntos en su último *videoclip*. Se sientan con nosotros y casi me caigo cuando me incorporo de repente al mencionar ella que está buscando una compañera de piso. Estoy a punto de tirarme al suelo y arrodillarme frente a ella para pedirle que me tenga en cuenta, pero no es necesario. George, que está sentado muy pegado a ella lo expresa mejor de lo que podría hacerlo yo.

Empiezo a ver luz al final del túnel y cuando nos sirven otra copa la acepto con gusto. Finalmente, no sé cuántas tomamos más hasta terminar la fiesta.

Capítulo 8

No sé cómo he dormido, pero me duele la espalda. Intento darme la vuelta en la cama y pierdo el equilibrio cayendo al suelo dando una especie de grito que se ahoga en mi garganta. Abro los ojos y me doy cuenta de que no estoy en mi cama ni en mi habitación del hotel. Me he golpeado el pie con una mesita y permanezco unos segundos en el suelo enredada entre la manta que tenía conmigo.

—¡Joder! —exclamo llevándome una mano al pie dolorido.

—¿Qué cojones haces? —escucho al otro lado del salón.

—¿Quién eres? —grito intentando incorporarme veloz—. ¿Qué haces en mi habitación?

—¿En tu habitación? ¡Estás en mi salón! —escucho mientras fallo en mi propósito de levantarme del suelo—. Julia, soy George.

—¡Oh, Virgen Santísima! —exclamo en castellano. «¿Qué he hecho?... Me he liado con él», pienso, turbada llevándome las manos a las sienes por el dolor que tengo.

—La virgen no tiene nada que ver. Ayer creo que te bebiste hasta el agua de los floreros —gruñe.

Está tumbado en una especie de sillón que hay frente a donde parece que yo he dormido. Se frota la cara con fuerza con ambas manos y finalmente me mira levantando una ceja. Me miro el cuerpo y me doy cuenta de que todavía llevo la ropa del día anterior puesta. Espero a que diga algo, pero no dice nada. Se aparta una manta que tiene sobre su cuerpo y se levanta tranquilamente en ropa interior.

—¿¡Vas sin ropa!? —apunto.

—Ya, yo no bebí tanto como tú y odio dormir con ropa, pero tranquila, me dejé el bóxer puesto —argumenta con voz ronca y una sonrisita caminando fuera de la estancia.

Aliso mi ropa incorporándome por un momento. Me llevo las manos a la cabeza e intento peinarme un poco el pelo. Miro a mi alrededor y veo los zapatos bien ordenados junto al sofá. Mi teléfono móvil y mi bolso están sobre la mesita que he estado a punto de tirar con el pie. Cojo el teléfono y me siento de nuevo tras ver la hora. Son las once de la mañana y hay un momento en que los recuerdos de anoche dejan de pasar por mi mente de manera nítida. Me cubro los hombros con la manta y enrolló mi cuerpo con ella acurrucándome en el sofá y observando la estancia. Es muy amplia y está decorada de manera moderna y con mucha clase. Hay varios cuadros colgados en dos de las paredes y los muebles son de diseño sin lugar a dudas.

George no tarda en regresar cargado de dos tazas humeantes. Se ha puesto unos pantalones cortos de deporte y una camiseta, pero todavía lleva el pelo totalmente despeinado y varios mechones se disputan la proeza de estar más enmarañados que otros.

—Es té —dice sentándose de nuevo frente a mí en el sillón.

—¿Es tu casa? —susurro cogiendo la taza entre mis manos y llevándomela a los labios.

—Sí —reconoce mirando la estancia.

No sé qué pensar o decir y me quedo unos segundos en silencio soplando al té para intentar

que se enfríe un poco.

—¿Puedes contarme cómo llegamos hasta aquí? ¿Por qué no me fui a mi habitación? —susurro totalmente avergonzada sin mirarle a la cara en el momento siento que la sangre acude a mis mejillas.

—Si te preguntas si nos liamos, estate tranquila, no hubo nada de eso. Nos trajo un coche del equipo de Archer. No quería dejarte sola en la habitación del hotel porque habías vomitado y dejarte sola en el hotel sin saber si necesitabas algo... no, no podía hacerlo. Así que decidí que viniéramos aquí, te saqué los zapatos y has dormido toda la noche —relata con un suspiro.

—Siento haber bebido tanto —murmuro—. No suelo beber así y menos con un jefazo...

—No te angusties. Fue divertido que alguien no me tratara como al tipo joven del trabajo al que hacer la pelota porque sus padres son los socios mayoritarios del bufete.

Sus palabras hacen que me atragante con la bebida.

—¡Joder, no me lo habías dicho! —exclamo con una especie de pitido en mi voz.

—No es algo que se suela ir contando cuando conoces a alguien. Además, se supone que tú deberías saberlo, trabajas allí —dice sorprendido con las cejas arqueadas.

Por un momento me da un ataque de risa nerviosa mientras recuerdo que la noche anterior le había confesado que yo no había querido trabajar allí. Digamos que no era la ilusión de mi vida. Simplemente era lo único decente que quedaba libre y tuve que aceptarlo. Necesitaba el trabajo y el dinero, pero siempre había soñado trabajar en un Tribunal de Derechos Humanos. Había retrasado tanto la decisión que ni siquiera había investigado mucho el bufete por mi cuenta, solo sabía que pagaban bien y todo lo que me había contado uno de mis jefes anteriores. Además, siempre pensé que lo decía para convencerme y que alegrara un poco la cara en mis últimos días de trabajo en La Haya.

—Creo que ayer te conté cosas sobre mi decisión del trabajo un poco...

—¿Inoportunas? —pregunta con una sonrisita.

—No se lo contarás a nadie, ¿verdad? —pregunto con recelo.

—No te preocupes, me gusta la sinceridad. Además, yo celebraría haber encontrado un sitio para dormir después de la historia de la cucaracha.

—¿Entonces no ha sido un sueño? —pregunto en un grito.

Llevo de nuevo mis manos a las sienes. Parece que es cierto que me pasé bastante con la bebida y ahora tengo una resaca monumental.

—No, no es un sueño —dice riendo, cruzando las piernas y poniendo un tobillo sobre la otra rodilla.

Me pongo en píce y doy un par de saltitos moviendo los brazos. Un vago recuerdo sobrevuela en esos momentos por mi mente de cuando la modelo, amiga de Archer, me ofreció ir a ver la habitación el domingo para decidir si la quería.

—¿Recuerdas cómo quedé con ella? —pregunto aterrada por no recordar más.

—Sí, has quedado a las tres de la tarde, así que tienes tiempo. Voy a darte una ducha y te llevo al hotel.

George desaparece de la estancia, pero me indica dónde está la cocina y un baño. No puedo estar más contenta hasta que me miro en el espejo horrorizada. Llevo el maquillaje de un ojo totalmente corrido y cuando me observo y recuerdo todo el rato que he estado hablando con George en el salón me da un ataque de risa que no puedo reprimir. Intento adecentarme lavándome la cara y cuando termino vuelvo al salón e intento ordenar las manos y varios almohadones que hay tirados por el suelo. Abro las cortinas y veo que el cielo está bastante

encapotado y posiblemente llueva. George vuelve al salón vestido con ropa informal y con una chaqueta de lana en su mano que me la ofrece hasta llegar al hotel. Inspiro profundamente, el olor que desprende en esos momentos me da envidia. Necesito una ducha urgentemente.

Salimos juntos de su casa y me quedo embobada mirando las casas blancas tan bonitas que hay en esa zona. No dejo de mirar y observar cada detalle hasta que George levanta una mano y hace una señal a un taxi que se detiene frente a nosotros. Lo agradezco enormemente ya que todavía voy con los tacones de la noche anterior y tengo los pies resentidos.

Durante el trayecto hasta el hotel me doy cuenta de que ya no voy a llegar al desayuno del hotel y George se empeña en que vaya a mi habitación, me duche y me cambie de ropa mientras él va a recoger el coche que continúa aparcado cerca del lugar de la fiesta de ayer y vuelve a recogerme. Insiste en ir a tomar un desayuno y luego acompañarme a ver la habitación para alquilar.

Estoy esperando en la puerta principal del hotel cuando lo veo aparecer con su flamante coche de alta gama.

—Ya pareces humana —dice con una mueca.

No dejamos de reír cuando le cuento el susto que me he pegado al mirarme en el espejo esa misma mañana, aunque ahora mi aspecto haya cambiado bastante. Me he recogido el pelo en una cola alta y me he vestido con pantalones vaqueros que quedan geniales con mis zapatillas converse y un amplio jersey que deja parte de uno de mis hombros al descubierto. Conduce con confianza por las calles de Londres mientras yo miro por la ventanilla entusiasmada. La verdad es que estaba tan agobiada con encontrar donde alojarme que todavía no he hecho nada de turismo por la ciudad.

—Tengo ganas de perderme un día caminando por la ciudad —murmuro mirando un edificio al pasar.

—Ya tendrás tiempo de cansarte. ¿Tienes vértigo? —pregunta girando su cabeza un instante hacia mi asiento.

—No.

—Mejor —sentencia—. Celebremos que ya tienes donde dormir y donde trabajar.

—Sí, ya me estaba desesperando —respondo con una amplia sonrisa.

No consigo que George me diga el lugar donde ha reservado, solo dice que tiene unas vistas espectaculares. Y cuando insisto en que creo que las vistas de anoche son insuperables, George continúa conduciendo con una sonrisita de satisfacción en los labios. Gira dejando una calle que parece principal a una mucho más pequeña y tras unos metros entra en un garaje. Debo reconocer que me da igual donde vayamos a almorzar, estoy en un caos de emociones en este preciso instante. Como si las piezas de un puzle estuvieran encajando y la vida se abriera camino frente a mí. Es maravillosa la sensación, pero no quiero emocionarme demasiado o adelantarme a los acontecimientos.

Bajamos del coche y entramos en uno de los ascensores. Me sorprende ver tantos botones y mis ojos se abren con nerviosismo cuando veo que subimos a la última planta.

—¿No me vas a contar nada? —pregunto.

—No —dice burlón arqueando las cejas.

Cuando se abren las puertas y salimos del ascensor, observo que estoy en un precioso jardín en lo alto de un edificio con cristalerías por todas partes que dejan entrar la escasa luz del día y en la que puedes observar toda la ciudad desde lo alto.

Quiero gritar de alegría, pero me contengo a pesar de acelerar el paso mientras observo

fascinada a un lado y a otro.

—Vamos, tenemos mesa reservada. Luego lo vemos todo con más detalle.

—¿En serio? —pregunto admirada siguiendo sus pasos.

Vamos a uno de los restaurantes que hay en esa última planta del edificio. No puedo estar más feliz cuando nos acompañan a una de las mesas del restaurante con mejores vistas. Con las plantas que hay tan cuidadas, no parece que estemos en uno de los edificios más altos de la ciudad. El río Támesis se ve bajo nuestros pies, así como diferentes barrios y atracciones turísticas que quiero visitar.

Cuando me he levantado esta mañana pensaba que no podría comer nada en todo el día, pero tras tomar el té en casa de George, ducharme y tomarme una pastilla para la resaca mi estómago empieza a despertarse y a mandar señales. Los olores que provienen de las mesas cercanas contribuyen también a despertar mi apetito. Cuando nos sirven la primera copa de *champagne* estoy a punto de rechazarla, pero finalmente la acepto y brindamos por los nuevos y prósperos comienzos. Pasar tiempo con George es una de las mejores cosas que me está pasando desde que aterricé en Inglaterra. Me está revelando un sinfín de cosas. Cuando llega la cuenta insisto en pagar yo, pero él se niega e insiste en pagar. A pesar de ello me las apaño para quitarle la cuenta de las manos diciendo que como mínimo pagamos a medias, pero cuando veo el total de la cuenta estoy a punto de atragantarme con mi copa de *champagne*. George me lo quita de las manos y saca una tarjeta de crédito que entrega al camarero.

—Vale..., solo porque insistes —digo muerta de risa dejando la cuenta sobre la mesa como si quemara.

Antes de marcharnos nos paramos a observar el paisaje desde uno de los miradores. Son las vistas más espectaculares de la ciudad como bien decía George. Bajamos de nuevo en el ascensor y cogemos el coche. No me he abrigado mucho y me rodeo los brazos con las manos cuando subo en el asiento del acompañante.

Apenas hay tráfico y llegamos en apenas unos minutos a la dirección que ayer me dio Aliká. La zona es bonita, al menos no es un callejón sin salida. Además, George me dice que es una zona bastante buena y ahí es donde me quedo paralizada en mitad de la calle. En ningún momento he pensado en la posibilidad de que el coste del alquiler sea muy elevado. Doy un suspiro y cruzo los dedos esperanzada cuando le trasmito a George mi temor. Este me anima y le mando un mensaje de wasap a Aliká.

Yo

*Hola, soy Julia.
La amiga de Archer.
¿Estás en casa?*

Aliká

*Hola.
Sí. Es la segunda planta, piso D.*

Yo

Subimos George y yo enseguida.

Aliká

Ok

En los bajos del edificio hay un local y la entrada a las viviendas es por una pequeña puerta en el lateral. Toco al timbre y al instante la puerta hace un fuerte sonido y se abre. Le damos al botón del ascensor y las puertas se abren de inmediato. Estoy temblando cuando acciono el botón del segundo piso y mientras subimos mantengo la respiración. Cuando de nuevo se abren las puertas del ascensor vemos a Alike descalza en el descansillo.

—Espero que hayáis encontrado el sitio sin ningún problema —dice con una sonrisa saludándonos a ambos con un beso en la mejilla y pregunta—. ¿Os habéis recuperado de la fiesta de anoche?

—Sí, bueno, lo intentamos —digo con una sonrisita nerviosa.

—No sabía que erais pareja.

—No lo somos —contestamos al unísono George y yo.

—¡Aaah! Vale, vale.

—Compañeros de trabajo —aclaro rápidamente y cuando veo la cara seria de George añado—. Y mejor amigo aquí.

—Bueno, pues este es el piso —dice dejándonos pasar—. No es muy grande, pero para dos personas creo que es más que suficiente. Aquí está el salón y por aquí una cocina en forma de u. Hay dos habitaciones, una de ellas tipo *suite* que es la mía y la otra es ésta con un baño completo en el pasillo —dice abriendo la puerta del dormitorio.

Después de todo lo que he visto durante estos días es como si las puertas del cielo se abrieran. Hay mucha luz natural y solo faltan los sonidos de las arpas para creer que he entrado al cielo de las habitaciones de alquiler. Es bastante amplia con una cama en el centro de la habitación, un armario empotrado, una pequeña estantería para libros y un gran ventanal que da a la calle. De pronto una bola de pelo blanco con las orejitas y el morrito más oscuro y grandes ojos azules aparece en el cuarto y da un salto subiéndose a la cama.

—¿Tienes un gatito?! —pregunto entusiasmada al verlo observándome.

Me acerco a la cama y le acerco la mano para que me huela y al instante dobla su cabeza peluda y empieza a restregarla contra mi mano.

—Es Sky. Mi antigua compañera de piso era alérgica a él y tuvo que buscar otra habitación. Espero que no sea un problema —susurra sentándose en la cama y acariciando el cuerpo del gatito.

—Nooooo, para nada, es precioso —digo con una sonrisa cuando el gato se pone a dos patas para que lo acaricie.

—Pues eso es todo —anuncia mirándonos con una amplia sonrisa.

—Es perfecto. Ahora falta ver las condiciones —digo un poco nerviosa.

No puede ser todo tan perfecto, pero Alike nos pide que vayamos al salón y junto a una taza de té nos explica. Hablamos de precio, contrato, referencias del trabajo y del cuidado de Sky cuando ella esté en uno de sus muchos viajes que realiza por trabajo. Además, puedo entrar mañana mismo si quiero. Es un poco más caro de lo que pensaba emplear en alojamiento, pero creo que vale la pena. El piso está totalmente reformado, totalmente equipado. Está en una muy buena zona, perfectamente comunicado y, cerca del distrito financiero y del trabajo. Solo hay un problema y es que no puedo hacerme cargo de toda la fianza en esta última quincena del mes, pero le propongo pagar la mitad ahora y la otra mitad cuando cobre mi primer sueldo. Se lo piensa un poco, pero finalmente sonrío y extiende la mano para que se la estreche para cerrar el

trato. George se ha ofrecido a preparar todo el papeleo del contrato y Aliko no puede estar más contenta que yo.

Cuando llego al hotel aviso en la recepción de que al día siguiente dejaré la habitación y cuando subo, termino de preparar las maletas y llamo a Pilar.

—*Perraaaaaa*. —Escucho al otro lado de la línea nada más descolgar—. Menudo fin de semana te has pegado de fiesta.

Durante más de dos horas le cuento a Pilar mi increíble fin de semana. Ella se sorprende del cambio ya que la última vez que hablé con ella fue cuando estaba totalmente desmotivada al no encontrar ningún alojamiento decente y me estaba desesperando. No recordaba que había subido fotos a Instagram así que ella no deja de preguntarme por la fiesta, el hombre guapo que hay a mi lado, las vistas del restaurante en la azotea y de un montón de cosas.

Me desmaquillo, me lavo los dientes y me acurruco bajo las sábanas de la cama que me ha dado cobijo todos estos días.

Despierto pronto y tras ducharme bajo a desayunar mientras en el hotel me preparan todos los documentos para terminar mi estancia. Me es casi imposible comer algo debido a los nervios. A primera hora de la mañana realicé la transferencia al número de cuenta que me había dado Aliko con la cantidad acordada. En la recepción se van a hacer cargo de mi equipaje hasta la hora del almuerzo que regresaré con George y me llevará en el coche hasta el piso. Dejaremos las cosas allí y regresaremos a la oficina. Antes de que ayer por la tarde me dejara en el hotel ya lo habíamos planificado todo.

Abro la puerta de mi despacho en la última planta impaciente por que corran los minutos, pero finalmente consigo concentrarme en uno de los expedientes que me pasó mi jefe la semana pasada. No entiendo por qué está tan mal ordenado todo y papeles que deberían estar en un sitio se encuentran en otro. Para más inri es un expediente enorme. Toda la documentación está repartida en cinco cajas llenas de papeles, pero no dejo que eso me desmotive y más en el día de hoy. Intento descubrir el inicio del proceso, pero aun cuando he terminado de analizar el expediente resumen firmado por Blake, no lo encuentro. Mi trabajo es interrumpido por la alarma que suena en el teléfono móvil. Faltan cinco minutos para la hora del almuerzo así que recojo todos los papeles que tengo expuestos sobre la mesa, me pongo y me abrocho el abrigo y me cruzo el bolso por el pecho antes de cerrar la puerta. Bajo las escaleras decidida. Ya sé casi dónde está todo en el edificio, así que me dirijo hacia el despacho de George. Giro la esquina y de pronto me tropiezo de sopetón con él en el pasillo y con el estirado de Johann. Caminan en mi dirección hablando de algo, pero en el momento levantan la mirada George me saluda con una sonrisa mientras que Johann Edwards me mira de arriba abajo, serio, apretando la mandíbula como si lo que hubiera interrumpido sea de vital trascendencia.

—Puedo esperarte abajo —susurro incómoda frente a ellos dirigiéndome a George.

—No, yo ya me iba —sentencia Johann serio girando sobre sus talones y regresando por el pasillo en dirección a su despacho.

Capítulo 9

Salimos en dirección al garaje y una vez en el coche me pongo el cinturón de seguridad y me quedo mirando al frente.

—¿Estás bien? —pregunta George elevando una ceja.

—¿Qué? —pregunto distraída—. Sí, sí.

Y no. Le estoy dando mil vueltas en la cabeza al gesto feo que ha hecho Johann cuando me ha visto llegar y dirigirme a George. No entiendo qué le pasa. Él no trabaja conmigo, ya no le he vuelto a molestar y por si eso fuera poco, le intento esquivar cada vez que lo veo a la entrada del bufete o por los pasillos.

Cuando llegamos al hotel, el personal de recepción nos ayuda a sacar mi equipaje al exterior y lo cargamos en el coche. En un principio parece fácil, pero el coche de George es un deportivo y el maletero no es muy alto, así que finalmente, tras intentarlo varias veces, tenemos que dejar una de las maletas en el asiento trasero. Doy las gracias y me subo al coche en el asiento del acompañante con un fuerte suspiro.

—Allá voy —susurro soltando el aire.

—Vamos allá —responde George poniendo el coche en marcha.

El tráfico a esa hora en el centro de Londres es horrible. George pone música de fondo mientras golpea con los dedos el volante al ritmo de la canción. El cielo se ha despejado de nubes y George abre el techo eléctrico dejando entrar un poco el aire frío. Mi teléfono móvil suena y veo que es una notificación de publicación de las redes sociales de Pilar.

En la pantalla aparece una foto de ella arriba de su bicicleta pedaleando con una amplia sonrisa rodeada de árboles. “Libertad, aire puro”, reza la fotografía.

Le muestro la foto a George con una sonrisa y decido enfocar la cámara de mi teléfono capturando parte del techo abierto y el tráfico de la ciudad por una de las ventanillas. Hago varios disparos. Miro cada una de las fotos y entre George y yo elegimos la que creemos mejor. Le paso un filtro espectacular y la subo a las redes sociales añadiendo “Atasco, aire de ciudad”. Le doy a enviar con una sonrisita y casi al instante veo que Pilar le da al corazoncito y comenta la foto con varias caritas de emoticonos riendo.

George aparca en el vado que le dijo ayer Aliká. Bajamos las maletas y me ayuda a subirlas al apartamento. Mi nueva compañera de piso sale a recibarnos arreglada como si estuviera en mitad de una sesión de fotos y nos ayuda cargando con una de mis bolsas. Lo dejamos todo en mi nueva habitación. «¡Qué bien suena esa frase en mi cabeza!», pienso con una leve sonrisa de regocijo. George saca los papeles del contrato que ha preparado y habla con Aliká y se sienta a su lado en la pequeña mesa del salón.

—Tenéis que firmar aquí y aquí en cada uno de los folios. —le dice mientras le muestra la mejor y más seductora de sus sonrisas y añade sacando una tarjeta del bolsillo interior de la chaqueta y dándosela—. Y este es el personal —añade escribiendo el número de teléfono móvil en el reverso de su tarjeta de trabajo—. Llámame si tienes cualquier duda.

En ese momento aparece Sky que se restriega contra mis piernas y maúlla llamando la

atención. Alike que parece que estaba hipnotizada por la mirada de George sale de su trance y me mira con una amplia sonrisa.

—Sky con lo que acaba de hacer ya te ha hecho de su propiedad —dice con alegría—. Perfecto porque me voy esta noche y no volveré en un par de días.

La miro con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo?

—Sí, no te preocupes. Aquí tienes tus llaves. Todos los manuales de los electrodomésticos están en el primer cajón y aquí —informa abriendo un armario—, está todo lo de Sky. No te preocupes que es muy bueno. Te he dejado unas pequeñas instrucciones —dice señalando varios folios ante nuestro asombro—, y aquí tienes las claves del wifi y de la televisión. *Aaah*, y mi teléfono ya lo tienes. Espero que disfrutes de tu estancia con Sky y conmigo.

Casi todo lo dice sin apenas respirar y George y yo nos miramos cuando se acerca, nos da un abrazo y coge una maleta que hay tras la puerta que no habíamos visto. Nos sonrío y se despide de Sky con cariño. Cierra la puerta y se va.

Tras unos segundos de desconcierto nos miramos y soltamos una risotada. Me da mi copia del contrato que dejo sobre la cama de mi habitación. Pruebo las llaves en la cerradura y tras despedirnos de Sky que nos mira en esos momentos con curiosidad, cerramos la puerta y también nos vamos de allí. Con el tráfico hemos tardado más de lo que esperábamos, así que, en el camino de vuelta, George saca el teléfono móvil y pide por medio de una aplicación comida japonesa para que nos la sirvan en el bufete.

—Te gusta Alike —digo cuando estamos parados en un semáforo.

—¡Joder! ¿Tanto se me nota? —pregunta llevándose una mano a la barbilla.

—Yo soy mujer, nosotras notamos esas cosas antes que nadie...

Cuando entramos por la puerta principal del bufete lo hacemos discutiendo y riendo de sus artes de seducción cuando vemos que entra justo detrás de nosotros el ciclista con nuestra comida. George le da rápidamente una propina y mira en el interior de la bolsa rebuscando.

—No picante para ti —dice dándome dos envases, unos palillos y un par de servilletas.

—Gracias —digo con una amplia sonrisa.

La verdad es que estoy hambrienta. No lo había notado hasta ese momento en el que he visto la comida. Una vez trasladado todo a mi nuevo piso, ahora mi estómago cree que ha llegado su momento para reclamar mi atención y parece ser no solo la mía cuando se hace notar con un vergonzante ruido.

—Anda, ve a comer —dice George con un guiño.

—Gracias por todo —digo con una risa girándome de golpe.

De pronto siento como si me estampara contra un muro y la comida que llevo está a punto de escurrirse en mis manos. Escucho una especie de gruñido y la alegría y risa que llevaba se me corta al instante cuando veo que me acabo de tropezar de bruces con el señor “simpatía” que me mira con cara de interrogación.

—Menudo golpetazo —murmuro dando un paso hacia atrás.

—Eso es que se machaca en el gimnasio cada día —apunta George.

Johann nos mira levantando un poco el gesto del labio superior.

—Perdón. Espero no haberle manchado —titubeo, nerviosa.

No habla, solo levanta una mano indicando que todo está bien y yo rápidamente agacho la cabeza y acelero el paso para irme lo antes posible puesto que todavía no he descubierto como tele transportarme o desaparecer cuando meto la pata. Y, parece que esta vez le ha molestado que

no estuviera más atenta de por dónde ando.

Entro a mi despacho y cierro la puerta apoyándome contra ella. Doy un suspiro y me quedo unos instantes allí, de pie intentando recuperar la respiración después de casi correr hacia el despacho. Tras lo que me parece una eternidad dejo la comida en la mesa y me siento frente a ella. Miro el reloj y me doy cuenta de que es tardísimo y que tengo una reunión programada.

No regreso al despacho hasta última hora del día y entonces entro, miro mi comida sobre la mesa, y se me encoje el estómago. Está totalmente mustia, no me he dado cuenta de que la he dejado destapada y huele fatal. Busco una bolsa de basura y tiro todo en ella. Paro el ordenador y casi arrastrando los pies salgo de allí verdaderamente muerta de hambre. Me siento débil y me cuesta bajar las escaleras. Siento como que el último tramo de escaleras se mueve y me agarro a la barandilla con fuerza.

—¿Está bien?

Escucho la voz ronca de Johann.

—Sí, sí. Solo necesito un momento —respondo intentando no caerme en redondo al suelo.

Me llevo una mano a la frente tapándome la cara.

—Está pálida.

Escucho dos escalones más abajo de donde me encuentro.

—Soy pálida —murmuro entre dientes deseando que se vaya.

Escucho pasos alejándose y doy gracias al cielo por que se haya marchado y pueda recuperarme tranquilamente, sola, sentada en las escaleras. No me da tiempo a pensar muchas más cosas ya que veo que vuelven los pasos.

—Tenga, beba un poco, se encontrará mejor —dice haciendo un movimiento con la muñeca derecha y quitando el tapón del botellín de agua que me tiende.

Sé que parece que me odia, pero en estos momentos me importa tres pimientos lo que piense de mí. Acepto el agua y me la llevo a los labios bebiendo con pequeños tragos. Está bastante fría y es algo que agradezco. Dejo caer mi porta documentos en el suelo y agarrándome a la barandilla me siento despacio en uno de los escalones.

—Gracias. Ya me encuentro mucho mejor —susurro.

—¿Está segura?

—Sí, sí. Puede marcharse —digo haciendo un gesto con la mano.

En ese momento veo que saca el teléfono móvil y a los pocos minutos mientras nosotros permanecemos en el más absoluto de los silencios aparece George por la puerta principal.

—¿Qué sucede? —dice poniéndose en cuclillas frente a mí—. ¿Quieres que te llevemos al médico?

—No, no. En serio estoy bien. Debe ser una bajada de azúcar —susurro avergonzada—. No me ha dado tiempo a almorzar y la comida parece estropeada.

Levanto la mirada y me veo a los dos observándome vigilantes.

—Y con lo movidita que hemos tenido la hora del almuerzo —dice George con una amplia sonrisa.

Johann tensa la mandíbula.

—Gracias por el agua —susurro sin apenas mirar a los ojos a Johann.

—De nada —responde serio.

—Venga, vamos al *Pub* y te tomas una de esas sopas que tanto te gustan —dice dándome la mano para ayudarme a levantarme mientras coge con la otra mis cosas del escalón—. Johann, ¿qué me dices? ¿Te apuntas?

—No. Tengo cosas que hacer —dice y tras comprobar que camino y bajo los escalones agacha la cabeza y añade a modo de despedida—. Mejórese.

Me siento en una silla de la recepción durante un par de minutos mientras George va a por su chaqueta a su despacho y antes de que me dé cuenta ha regresado.

—¿Nos tomamos esa sopa?

—Pero yo invito —digo con una mueca.

Nada más llevarme una cucharada de la sopa del día en el *Pub*, siento que todo mi cuerpo empieza a recargarse. Hablamos durante la cena, pero no la extendemos mucho, estoy cansada y quiero volver a casa e irme a dormir temprano.

Llego a casa totalmente agotada y doy gracias a que George haya tenido de nuevo la amabilidad de acercarme a casa. Hemos hecho bromas recordándole que Alika no iba a estar y que perdía su precioso tiempo llevándome a casa, pero ha insistido y cuando hemos llegado al portal, me ha deseado las buenas noches y se ha marchado.

Ha sido muy diferente entrar al apartamento a hacerlo en el hotel. Para empezar, Sky ha salido a recibirme con cara de buenazo y no ha parado de perseguirme hasta que lo he acariciado. Lo llevo conmigo a mi dormitorio y lo dejo sobre la cama. Entre mis maletas busco ropa para el día siguiente mientras él me observa con curiosidad. En casa nunca hemos tenido animales de compañía, mi madre siempre decía que luego nos olvidaríamos de cuidarlos y que se tendría que encargar ella. Agotada busco el pijama y me meto en el cuarto de baño que ocuparé a partir de hoy mismo. No puedo decir que sea bonito, simplemente es de azulejos blancos y es bastante simple. Pero doy gracias por lo limpio que está y poder disfrutar de él con privacidad después de estar a punto de darme por vencida y creer que me tocaría convivir con las cucarachas.

Tras la ducha, preparo la cama con sábanas limpias y después de revisar la puerta de entrada, me tumbo junto a Sky que se ha apoderado de mi nueva cama junto con los folios que me ha dejado Alika con las instrucciones.

Ha sido tan cuidadosa que en uno de los folios ha dejado hasta números de emergencias, claves e información sobre la televisión. Tras leer ese folio lo dejo sobre la cama a un lado y alucino dándome cuenta de que los otros tres folios hablan sobre Sky. Por ellos me entero de que tengo que darle de cenar y me explica dónde encontrar lo que le corresponde. Según estas instrucciones este gato tiene una dieta más variada que la mía. Me levanto casi de un salto y siento que Sky me sigue cuando me dirijo a la cocina y abro el armario donde está guardada su comida. Continúo leyendo mientras él se acerca al cuenco que deposito en el suelo junto a una fuente que tiene de agua. A Sky le gusta dormir acompañado, que le acaricien y le rasquen detrás de las orejas, que lo cepillen cada noche y parece que le gusta que le limpien su arenero cuando lo usa.

Esa noche no duermo de un tirón, ya que en dos ocasiones escucho ruidos y estoy a punto de morir de un infarto hasta que veo a Sky entrando en el dormitorio moviendo el rabo.

—¿Quieres acostarte a dormir?! Mañana tengo que madrugar.

Le increpo la segunda vez que hace ruido. Él responde con un maullido y salta de nuevo a la cama y se hace una rosca a mi lado y vuelve a dormirse.

A la mañana siguiente madrugo, no quiero que se me haga tarde y necesito tiempo hasta que tenga controlado el trayecto hasta la oficina. Además, tengo que dar de desayunar al gato.

Llego al trabajo caminando antes de lo que esperaba. He salido con más de una hora de antelación, el buen tiempo nos acompaña y tenía ganas de disfrutar de un paseo y a la vez observar qué hay cerca de casa. Por el camino he entrado a una cafetería y he comprado café y

un bollo que me he ido comiendo hasta el bufete. En silencio subo a mi despacho y me pongo a trabajar mientras disfruto de los últimos sorbos del café. A la hora del almuerzo salgo acelerada a comprar una tarjeta SIM con un número de teléfono nuevo. Orgullosa le enseño la copia del contrato de alquiler al dependiente que no me facilitó nada las cosas la vez anterior que estuve allí.

Regreso al trabajo atenta ante la posibilidad de tropezarme de nuevo con Johann. Quiero darle las gracias por ayudarme la tarde anterior, pero por mucho que miro a un lado y a otro de la calle no lo veo regresar con alguno de los colegas del bufete que veo caminando hacia sus despachos. No lo veo ese día, ni el resto de días de la semana y me siento extraña echando de menos su aspecto malhumorado.

Capítulo 10

Con el paso de los días estoy mucho más cómoda con mi nueva situación y con todo lo que me rodea. Ya puedo decir que me siento segura con los programas del trabajo y no tengo que estar llamando cada dos por tres al departamento de informática para que me solucione algo que haya liado. También he conocido mejor a varios de los colegas de mi departamento. En mi nuevo alojamiento estoy encantada. Podríamos decir que todavía no he hecho realmente una convivencia con Alike, pero su gato y yo nos llevamos a las mil maravillas y alguna noche que he tenido que permanecer trabajando en casa él me ha hecho compañía y yo a cambio le he rascado su peluda barriguita y lo he mimado todo lo que me ha dejado. Ya sé dónde se guarda cada cosa de la cocina y cómo funcionan los electrodomésticos sin tener que mirar las instrucciones. Además, el apartamento posee una maravillosa ubicación. Es muy céntrico y he podido empezar a salir a pasear y visitar varias atracciones turísticas de la ciudad. También he mirado mi nueva cuenta bancaria y me he puesto como loca de contenta al ver mi primer sueldo. Es mucho más alto que el sueldo que tenía en La Haya y empiezo a pensar que trabajar para empresas privadas no es tan inmoral como siempre nos hizo creer un profesor en una de las asignaturas del máster. Siempre decía que trabajar para las empresas privadas nos corrompería y nos haría dependientes del dinero que nos podría aportar.

—Necesito estos expedientes que no están informatizados, por favor —pregunto en el departamento correspondiente.

—Pero esos expedientes nos constan que los tiene el señor Blake —contesta la persona encargada del archivo.

—El señor Blake dice que ya no tiene ningún expediente de las empresas —recalco con un suspiro.

Se toman nota de todo lo que necesito y me dicen que me avisarán cuando lo tengan. Mientras tanto, cargo con una caja llena de documentación y dos archivadores enormes.

Voy caminando con seguridad subida a mis tacones con una de mis mejores sonrisas y cargada con todo por el pasillo cuando veo que alguien aparece por la escalera y está a punto de chocar conmigo.

—¡Aaaah! —exclamo cuando la caja choca contra mi cuerpo.

—No la había visto, disculpe —contesta.

Mi respiración casi se paraliza, es Johann Edwards. Va con su perfecto traje gris que le hace juego con sus impresionantes ojos y parece que se ha cortado el pelo.

Niego con la cabeza cuando me doy cuenta de que estoy atontada mirándolo fijamente y él acaba de levantar una ceja con un movimiento que lo he visto hacer varias veces.

—Ha vuelto —susurro de manera casi inaudible con una sonrisita.

—Hay gente que le puede llevar todo eso al despacho, no es necesario que cargue usted con ello —dice serio.

—Pero todo el mundo está ocupado y yo lo necesito. Además, estoy fuerte —digo arrepintiéndome al instante de la afirmación que acaba de salir de mis labios. A la hora de hacer deporte soy la persona más blandengue que he conocido en toda mi vida.

Hago un gesto con la cabeza y continúo mi camino hacia las escaleras para volver a mi despacho. Me tiemblan las rodillas mientras camino y temo que en cualquier momento tropiece y me caiga de bruces delante de él. No quiero girar la cabeza, aunque finalmente lo hago sintiendo que está viéndome alejarme de él. Pero para mi decepción, no hay nadie ya donde antes estaba él. Siento como un golpe en el pecho y de pronto no puedo evitar una risotada. «Hay que ser muy pava y egocéntrica para pensar que se va a quedar mirando como subo las escaleras. Ni que fuera soltando chispitas de energía o algo así», pienso muerta de risa. Estoy a punto de tropezar en el último escalón, pero me repongo y llego hasta mi despacho.

Paso el resto de la mañana trabajando hasta que salgo a comprar algo para comer. Me apetece dar un paseo y estirar las piernas después de pasar más de media mañana sentada tras la enorme mesa ordenando papeles. Hoy para variar no llueve y esto es de agradecer. Me cruzo el bolso por el pecho y salgo decidida del despacho. Camino durante un par de calles y tras comprar mi comida camino de regreso mientras llamo a Pilar. Cuando le cuento lo que he hecho en la escalera suelta una sonora carcajada.

—No necesitas abuela para que te suba la autoestima —dice entre risas.

—Te juro que me sentía como una Diosa toda empoderada —digo riendo con ella—. Creo que será mejor que me fíe de mis instintos en el trabajo, los seductores están bajo tierra.

—Sí, sí. Mejor déjalos a un lado, recuerda que por ahora eres esa chica nueva del desván sin apenas experiencia.

—Gracias por recordármelo —digo con un murmullo burlón.

—De nada —contesta alegremente y cambia de tema—. Tengo ganas de verte.

—Y yoooo —digo con una sonrisa.

—Pero antes, demuéstrales a todos esos ricos de Londres lo mucho que vales.

—Lo haré o al menos lo voy a intentar.

Hasta que no llego a la puerta principal edificio no me despido de ella que me está contando lo desbordada que va de trabajo el departamento en el que trabajábamos ambas.

Tras despedirme de ella entro decidida y me dirijo hacia el pequeño comedor que hay en la primera planta. Suele estar vacío ya que casi todos mis compañeros comen fuera, pero en una de las mesas veo a una de las recepcionistas y me siento con ella. No tarda en marcharse así que me quedo de nuevo sola en la salita. Estoy totalmente abstraída en mi comida cuando se abre la puerta y me llevo un sobresalto.

—Estaba buscándola —dice Johann con un suspiro.

—¿Perdón? —respondo sorprendida.

No pertenecemos al mismo departamento y me crea curiosidad enseguida.

—Cuando termine..., necesito que... búsqieme cuando termine, no quiero interrumpirle su pausa —apunta serio.

—Ya he terminado.

Lo digo rápidamente dejando el tenedor en el envase y levantándome de la silla. Me acerco al pequeño contenedor de reciclaje y distribuyo los desperdicios. Me lavo las manos en el fregadero, me las seco y esta vez cuando me giro hacia la puerta sí que está observando mis movimientos todavía con el pomo de la puerta en la mano.

—No quería interrumpirle —dice cuando estoy junto a él.

—No me ha interrumpido. Tenía que volver ya al trabajo. Dígame qué necesita —apunto diligente.

—Estoy buscando unos expedientes y creo que los está utilizando usted.

—¿Tiene los números?

—La acompaño —dice dejándome pasar y cerrando la puerta.

—¿Ya? ¿ya? —pregunto inquieta—. Yo se los llevo ahora mismo a su despacho.

—Para qué perder el tiempo, la acompaño —insiste.

—Pero yo estoy arriba del todo —musito.

—Tercera planta. Lo sé, ya fui en una ocasión.

Me siento incómoda con su insistencia. Nadie va a mi despacho y mi forma de trabajar no es que digamos la más ordenada, pero a pesar de mi insistencia en llevarlos yo, Johann reitera su petición y cada vez parece más irritado.

—Pues nada, vayamos juntos —digo exasperada—. Tiene los números de expedientes...

—El 123/587965487.02 —dice apretando la mandíbula.

—Bonito número —digo cuando ya se me ha olvidado la primera de las cifras que ha recitado.

Johann me observa frunciendo el ceño mientras sube las escaleras a mi lado. Estamos en el último tramo cuando se detiene un momento y saca su teléfono móvil del bolsillo interior de la chaqueta. Mira la pantalla y con un gesto me indica que tiene que atender la llamada.

Creo que es mi oportunidad para subir al despacho y buscar el expediente. No recuerdo el número exacto que me ha dado, pero sí que recuerdo que termina en 02. Reviso todo lo que tengo sobre la mesa y esparcido por el despacho. Encuentro tres con esa terminación, los cojo rápidamente, salgo del despacho y cuando estoy cerrando la puerta, me giro y me encuentro bruscamente con Johann.

—¡Joder! —exclamo.

—¿Perdón? —Escucho a mi lado.

Del susto que me ha dado encontrarme con alguien en la última planta he dejado caer los expedientes. Siempre estoy sola. Nos agachamos a la vez provocando que nuestras cabezas choquen. Suelto un gruñido llevándome una mano a la frente tras perder el equilibrio y caer sentada sobre la moqueta.

—Perdona.

—Menudo golpetazo.

—¿Estás bien?

Por muy fuerte que haya sido el coscorrón que nos acabamos de dar no se me pasa por alto de que es la primera vez que no se dirige a mí con enorme distancia a la hora de hablarme.

—*Buenooooo.*

Me miro las piernas; una doblada y la otra estirada. Me llevo una mano a la falda, presionándola.

—¿La ayudo? —dice levantándose ágilmente y extendiendo una de sus manos en mi dirección.

—No, prefiero que se gire —digo sonrojándome al darme cuenta de que me va a ser complicado levantarme desde esta posición.

—¿Le duele algo?

—Por ahora solo la dignidad —respondo sin poder evitar llevarme una mano a la cara y tapármela con ella.

—Espere, la ayudo —susurra mientras se le escapa una sonrisita.

Johann se coloca detrás de mí y raudo pasa sus dos brazos por debajo de los míos y antes de darme cuenta y sin apenas esfuerzo me aúpa. Supongo que es muy de película romántica y sé que

cuando se lo cuente a Pilar se va a reír sin cesar, pero en ese momento siento como una descarga eléctrica que me deja el cuerpo como si fuera de goma y tengo que agarrarme a la pared.

—Gracias —digo en una especie de jadeo.

—Un placer —responde.

Siento como respira profundamente mientras su mirada se cruza con la mía. Nos quedamos un instante con la mirada fija el uno en el otro mientras siento que el corazón se me va a salir del pecho y bajo la mirada al suelo. Por mucho que quiera no puedo mantener la mirada en esos atrayentes ojos y temo que en cualquier momento la parte racional de mi cerebro se deje vencer por las ganas que tienen de mirarle directamente a los labios. Las paredes del pasillo se mueven. No, soy yo que siento que el suelo tiembla bajo mis pies.

—Los expedientes —digo mirando al suelo.

Johann se agacha en un suspiro y los recoge diligente levantándose de nuevo a escasos centímetros de mi rostro. Da un paso atrás y me los tiende.

—No recordaba el número —susurro.

—El 123/587965487.02 —repite.

—Menuda memoria —murmuro.

Miro entre los tres que me ha devuelto y veo que es el segundo. El más extenso.

—Se lo devolveré cuando termine —dice cogiéndolo y dando otro paso hacia atrás.

Me quedo atolondrada mirándolo sin decir nada. Él levanta una ceja con cara de lo que creo que es sorpresa, se gira sobre sus talones y se marcha de allí. Lo escucho bajar ágilmente la escalera hasta que el ruido de sus pasos se confunde con el de mi corazón latiendo como el segundero de una bomba a punto de explotar.

Durante el resto de la semana me centro de manera obsesiva en una de las ONG de una de las compañías de las que tengo que cerrar un par de proyectos. Según voy leyendo e investigando más datos faltan. Tengo parte de expedientes extendidos por el suelo, es imposible guardar un orden sobre la mesa con tantos papeles. Estoy sentada en el suelo del despacho rodeada con toda la información cuando levanto la mirada y veo una especie de pizarra en la parte lateral donde todavía hay material que no han retirado. Me levanto y veo que por una parte es blanca magnética, pero por la parte trasera es corcho. Me quedo mirándola fijamente haciendo una especie de esquema mental sobre el tablón. Me giro hacia el despacho y con un suspiro salgo de allí y me dirijo al despacho de Blake que para variar no se encuentra allí, pero hablo con su secretaria. Le pido post-it, rotuladores para la pizarra y folios. También le pregunto dónde puedo imprimir y me acompaña a una pequeña habitación oculta junto a las escaleras con tres impresoras. Me explica cómo mandar lo que necesite desde mi ordenador mientras cargo con todo el material que me acaba de dar.

En mi despacho empiezo a dividir todo por *post-it* con colores. Voy con un bolígrafo escribiendo y pegando pequeños papelitos por todas partes. Poco a poco en mi cabeza todo va formándose, pero falta mucha información y así lo marco en la pizarra que utilizo para anotar toda información que falta.

El viernes antes de cerrar el despacho, miro a un lado y a otro y, agradezco que nadie suba a la tercera planta. A diferencia del mío, todos los despachos a los que he entrado siempre de colegas o jefes son el orden personificado.

Capítulo 11

Alika quien lleva días fuera del apartamento ha regresado para el fin de semana. Puedo decir que vivir con ella es mucho más interesante de lo que había creído en un principio. Siempre está viajando y cuando regresa es una compañera sociable y muy divertida. El último domingo que estuvimos juntas en casa, ambas nos levantamos temprano y desayunamos juntas. Pasamos gran parte del día conociéndonos más la una a la otra y era como de repente tener una hermana con la cual hablar. Y a pesar del trabajo tan dispar que tenemos las dos, nos entendemos. Ambas estamos intentando labrarnos un camino en aquello que amamos.

—¿Cómo que no vas a salir? —pregunta poniendo las manos en jarras en su fina cintura.

Reconozco que llevo sin parar desde que llegué a Londres y hoy, hoy he decidido que me da igual que sea sábado, voy a pasarme la tarde viendo la televisión acomodada en el sofá con una mantita y con Sky a mi lado.

—No tengo ganas —gruño.

—Estamos en la lista de la zona VIP... —dice tirando de uno de mis brazos para que me mueva del sofá.

—No sé qué ponerme —respondo.

Alika ha tirado de mi brazo con fuerza y caigo al suelo desmadejada mientras Sky nos mira con curiosidad por molestarlo mientras descansa en el sofá.

—Esa es la peor de las excusas.

Desaparece dejándome tirada en el suelo junto a la mesita del café y con las piernas todavía en el sofá. La oigo en su habitación abrir y cerrar puertas. Apenas han pasado unos minutos cuando regresa al salón cargada con varias perchas. Empieza a preguntarme y a descartar. No la miro, tengo la cabeza tapada con la manta. Tras dos o tres preguntas tira de la manta quitándomela de encima.

—Lo tengo —dice satisfecha levantando una percha frente a ella.

Me muevo con pereza hasta que veo el vestido que tiene en las manos.

—¡Es una pasada! —exclamo mirando con los ojos muy abiertos.

En alto sostiene el vestido de cuello redondo y manga larga en color rosa *nude* con pequeños detalles brillantes más sexi y bonito que he visto en mi vida. Es un vestido más bien escaso de largo, pero lleva unos adornos simulando unas plumas que hace que parezca más largo.

—Lo sé —responde orgullosa—. Vamos, tenemos veinte minutos.

No sé cómo cedo tan rápido a la petición de mi compañera de piso, puede que parte sea por el vestido, puede que parte sea por ir a una discoteca de moda y entrar a la zona VIP de esta ciudad tan impresionante o definitivamente sea por pasar una tarde divertida junto a mi compañera de piso y cada vez mejor amiga.

Después de treinta minutos, ambas vestidas y maquilladas, nos despedimos de Sky como si fuera uno más y bajamos a la entrada. Intentamos resguardarnos de la lluvia en el pequeño portal hasta que nuestro Uber⁶ llega. Lo que hace unos minutos era un sirimiri, ahora se ha convertido

en un chaparrón con fuerza. Alike maldice el momento en el que no fui yo la que la convencí para esa noche quedarnos en casa viendo la televisión, pero al momento vemos el coche que se acerca y se detiene frente al portal. Para nuestra sorpresa el conductor baja del coche con un paraguas y nos resguarda de la lluvia mientras nos acomodamos en la parte trasera del vehículo.

Tardamos un poco en llegar al local y agradecemos que el conductor no circule rápido en estos momentos en los que apenas se ve la carretera a través del cristal delantero del coche.

Tenemos suerte y cuando llegamos la lluvia ha provocado un efecto espantado y apenas hay personas en la entrada esperando. Pasamos por un lateral y Alike da el nombre. Tras mirar en la lista uno de los hombres que hay apostados en la entrada principal y que parece un armario de lo grande y robusto que es, quita una especie de cinta elástica y nos deja pasar con una sonrisa poniéndonos una especie de cuño en la muñeca.

Es la primera vez que vengo a esta discoteca, aunque pronto me doy cuenta de que Alike la conoce muy bien y agarra mi mano haciéndose paso hasta la pista mientras la multitud baila al ritmo de la música de Dua Lipa.

—Me encanta esta canción —grita en mi oído.

No puedo más que sonreír al verla tan feliz bailando desinhibida y pronto me contagio de su energía y ambas levantamos los brazos y movemos nuestro cuerpo al ritmo de la canción. Permanecemos un par de canciones más en la pista hasta que decidimos que es hora de tomar algo y nos dirigimos a la zona vip donde Alike me presenta a varios amigos y algún que otro colega de profesión. Durante la noche bailamos, bebemos y compartimos toda la experiencia a través de las redes sociales. Es una noche divertida y nos hacemos fotos y vídeos compartiéndolos con nuestros conocidos.

Regresamos tarde a casa y mientras Alike sigue cuidadosa todo su complejo proceso de desmaquillaje, yo caigo rendida en la cama y me duermo.

A la mañana siguiente me cuesta abrir los ojos, pero lo hago casi de inmediato cuando veo todas las notificaciones nuevas de Instagram. Me incorporo en la cama y veo que varias de las personas que conocí durante la noche han empezado a seguir mi cuenta y personas que les siguen a ellos también. En una de las fotos que publiqué en la que salimos Alike y yo en el centro y, varios de sus amigos alrededor de nosotras han puesto varios comentarios y cuando me doy cuenta de que la foto tiene alrededor de dos mil “me gustas”. La diferencia con las interacciones de mis anteriores fotos es bastante notoria y confieso que una corriente de satisfacción recorre mi cuerpo mientras leo los numerosos comentarios de la foto y contesto a algunos de ellos.

El resto del fin de semana lo dedico a descansar y ver películas en el salón junto a mi compañera de piso. Nos movemos lo imprescindible mientras pasan los minutos al mismo ritmo que mi cuenta de Instagram continúa creciendo. En varias ocasiones comparto con Alike mensajes privados donde me han solicitado alguna que otra colaboración para promocionar un par de productos. Estoy muy sorprendida mientras Alike ríe y me explica cómo funciona lo de las colaboraciones y yo alucino sabiendo que yo no soy una *influencer* y que por mucho que la gente vea que mi cuenta está creciendo, por yo enseñar un producto que me regalen ellos no van a tener una subida de ventas. No contesto a ninguno de los mensajes y finalmente dejo el teléfono móvil en silencio y disfruto de la tarde más tranquila que he tenido desde que llegué al país. Cuando me meto en la cama y me tapo con las sábanas respiro hondo y sonrío con satisfacción por todo lo que estoy logrando.

Despierto con una sonrisa, hacía tiempo que no conseguía dormir como lo he hecho hoy. He decidido que hoy iré caminando al trabajo. No parece que vaya a llover y tengo ganas de estirar

las piernas después de permanecer ayer todo el día en casa. Algo tan estúpido como lo sucedido el sábado me ha dado más confianza en mí misma. Por el camino al trabajo hago varias fotos e incluso un *selfie* con una amplia sonrisa que subo a las redes. Dudo en un principio si poner algo en el pie de la foto y al final pongo la manida típica frase de lunes: “No todos los lunes tienen que ser aburridos”. Observo cómo el cielo va cerrándose sobre mí y las nubes empiezan a adquirir un aspecto oscuro. Una ráfaga de aire me sacude el pelo con fuerza y antes de que me dé cuenta las primeras gotas empiezan a caer. A pesar de que corro a refugiarme bajo una marquesina nada más notar que empieza la lluvia, no estoy consiguiendo mantenerme seca del todo y poco a poco me voy mojando más a medida que la lluvia cae con más fuerza. Sopeso las posibilidades y decido echar a correr hasta el despacho. Apenas quedan unos metros y una vez allí no tendré que preocuparme más de la lluvia. Un coche hace sonar el claxon cuando cruzo la calle y continúo corriendo, intentando que la lluvia no moje mi bolso y el aire no levante mi falda.

Antes de entrar por la puerta del bufete me detengo y me sacudo como si fuera un gato. Mi cuerpo se estremece, siento frío. Nada más verme en la recepción me acercan una toalla que no sé de dónde sacan y me informan que en el cuarto de baño del final del pasillo hay un secador que puedo utilizar para este tipo de eventualidades.

Intento secarme lo más rápido posible la ropa y el pelo que llevo totalmente pegado a la espalda. La parte de secar la ropa se hace más lenta, pero consigo casi quitar totalmente la humedad de la chaqueta y de la blusa. Cuando salgo de allí y me dirijo hacia la recepción me apremian a que llame al señor Edwards. Asiento con la cabeza, pero no caigo hasta que estoy abriendo mi despacho y veo a Johann en el pasillo.

—Necesito un expediente que tiene usted —anuncia serio.

—Buenos días —digo con una mueca—. Deme un momento y enseguida se lo llevo a su despacho.

—Lo necesito ya. —Apremia apretando la mandíbula.

Busco la llave y tras dar la vuelta a la cerradura y abrir me arrepiento al instante. Habría sido mejor intentar hacer creer que no encuentro la llave. Vuelvo a cerrar la puerta y me giro con una sonrisa nerviosa y de lo más falsa.

—¿No prefiere que se lo baje yo en unos minutos?

—No. Ya estoy aquí, me lo llevo.

—¿Seguro?

—Segurísimo —contesta mirándome fijamente y levantando una ceja.

Tomo aire y abro la puerta decidida.

—Bueno, dígame cuál es el que quieres —susurro, nerviosa.

Me giro y veo a Johann Edwards observando todo el despacho atónito. Intento actuar con normalidad mientras dejo mis cosas sobre el sillón de mi mesa. Me giro hacia la puerta al no tener contestación.

—¿Está trabajando con todo esto? —pregunta desconcertado.

—En principio no, pero una cosa llevó a otra... —digo mirando a mi alrededor.

—Va a ser imposible encontrarlo —dice frunciendo el ceño.

—No, no. Lo tengo controlado —digo empezando a ponerme nerviosa—. Dígame cuál necesita.

Johann se gira hacia la pizarra blanca toda llena de números y flechas.

—¿Qué son estos interrogantes? —pregunta mirando fijamente.

—Información que falta.

—Es imposible que falte toda esa información. No tiene que haber mirado bien —responde serio—. Es trabajo de Blake.

—Lo sé.

—Diríjase a Blake.

—Lo haré. ¿Me dice el expediente?

—El 123/587965532.01.

Me llevo la mano a la barbilla y entrecierro los ojos concentrándome. Por mi mente pasan varios de los expedientes con los que estoy trabajando y su orden. Intento poner en orden el número en mi cabeza. Muevo la cabeza y me acerco a una caja marrón que hay junto a una silla. Cojo varios de los expedientes y enseguida lo encuentro.

—Aquí lo tiene —digo alargando la mano en su dirección.

Por un momento veo lo que parece asombro en su rostro, pero desaparece al instante.

—Hay expedientes que deberían estar bajo llave.

—Lo sé, pero como aquí no sube nadie...

—Hay un protocolo y tiene que seguirlo. Es una falta grave —apunta de manera rotunda.

—Perdón —susurro bajando la cabeza sabiendo en todo momento que tiene razón y que debería haber sido más cuidadosa con ciertos documentos.

—Hable con Blake respecto a toda esa información que le falta. Es imposible que no esté, la habrá pasado por alto.

Se da la vuelta y se marcha cerrando la puerta. Yo me he quedado paralizada y el enfado se va extendiendo del estómago a todo el pecho. Aprieto los puños..., será idiota. He puesto mucho cuidado con todo y por mucho que haya buscado la información, no está.

Así es como paso las dos siguientes semanas, revisando de nuevo todos los expedientes sin encontrar la información que falta. No vuelvo a tropezarme con él en todo ese tiempo y a pesar de que temí que me fuera a caer una amonestación de recursos humanos o de mi jefe, nadie me dijo nada después de que él me llamara la atención por no seguir el protocolo de protección de documentos. Bajo a la oficina de Blake quien parece que está de lo más ocupado y solo intenta deshacerse de mí.

—No puedo entretenerme a buscar ahora información de hace tanto tiempo. —Se queja.

—Pero hay cosas que no cuadran.

—¿Necesitas más información? —pregunta en un bufido.

—Sí —respondo.

—¿No puedes cerrarlo y ya está?

—Eso sería ir en contra del protocolo de actuación —murmuro agobiada. Me estoy llevando una bronca por estar intentando hacer las cosas bien.

—Hablaré con ellos —dice con un gesto de mano invitándome a irme de su despacho.

Me da mucha rabia que me hagan sentir como si estuviera haciendo algo mal o fuera inoportuna, pero no puedo cerrar el análisis de ese expediente a no ser que tenga toda la información. Mi trabajo es ese y tengo que hacerlo.

No ha pasado ni una hora cuando recibo una llamada del señor Blake en la que me indica que si necesito más datos acuda yo misma a las instalaciones del cliente y que lo solicite yo misma. Según parece ya están avisados de que pasará esta misma tarde.

Miro la hora en mi reloj de muñeca y me levanto de un salto mientras cojo una libreta donde he ido anotando toda la información que me falta. Me pongo el abrigo y salgo decidida del

despacho. Sé a dónde debo dirigirme y no está muy lejos. Apenas veinte minutos andando.

Intento caminar lo más rápido posible luchando contra el aire frío que me abre el abrigo a cada paso que voy dando, pero no tardo en ver el pequeño cartel con el nombre de la ONG que gestionan dos de las compañías más grandes que lleva el bufete. Cuando abro la puerta del edificio miro a un lado y a otro de la enorme entrada hasta que finalmente localizo a una persona que se encuentra a uno de los laterales de la sala.

—Buenas tardes —digo con una amplia sonrisa—. Me manda el señor Blake, tengo una reunión con el señor Wayne.

—¿Con el señor Wayne? —pregunta, sorprendido.

—Sí —insisto.

—De acuerdo, espere un momento —dice señalando hacia un par de sillones que se encuentran en la otra parte de la sala.

Camino hasta donde me indican y antes de sentarme me quito el abrigo observando la estancia. «Jamás pensé que una ONG pudiera tener unas oficinas tan ostentosas», pienso mientras observo detenidamente las paredes de mármol y los distintos cuadros que cuelgan en la entrada. Me entretengo jugueteando con el dobladillo de mi falda y dando pequeños golpecitos, inquieta, con los tacones de mis zapatos contra el suelo. Miro en varias ocasiones mi reloj, el tiempo pasa lentamente mientras no dejo de mirar a las diferentes puertas que se abren y se cierran deseando que en una de ellas salga el señor Wayne. No tengo suerte e intento hacer contacto visual de nuevo con la persona que no deja de atender y distribuir llamadas. Pasan alrededor de diez minutos más hasta que una de las puertas se abre y una chica joven con el pelo rizado y muy cuidado se dirige hacia donde me encuentro.

—Señorita Martín —dice con voz amable.

—Sí —digo levantándome rauda.

—Siento que la hayamos hecho esperar. Por favor, puede acompañarme —dice con una sonrisa.

Pasamos a través de una puerta que no es por la que ella ha aparecido. Entramos a un pasillo y enseguida a una estancia con las paredes de cristal. Me pide que tome asiento y ella hace lo mismo.

—El señor Wayne no va a poder atenderle en estos momentos, pero me ha pedido que la atienda yo. ¿Puede decirme qué es lo que necesita? Soy la señorita Myers, su secretaria —dice.

—Estoy trabajando con el señor Blake del bufete... —Empiezo a decir.

—Sí, nos ha llamado e informado de que usted se pasaría por aquí. —Me interrumpe.

Se me queda mirando fijamente mientras yo saco una libreta de mi bolso y la dejo sobre el impoluto cristal de la mesa.

—Es sobre información que falta de algunas transacciones —susurro, incómoda—. He hecho un listado y agradecería mucho si pudieran revisarlo para que podamos unir a los proyectos humanitarios que se están realizando en Chad. Son datos que no consigo localizar.

Saco de la libreta un folio impreso que lleva una de mis tarjetas con mis datos grapada en una esquina superior.

—Tomo nota de todo y nos pondremos en contacto con usted en el momento que tengamos preparada toda la información. Gracias por haber venido —dice levantándose seria de su silla y alargando la mano en señal de despedida.

Me levanto rápidamente y se la estrecho con un leve gesto. Parece molesta, así que recojo todas mis cosas y salgo de allí sin decir nada más.

Durante mi regreso al bufete le doy vueltas y más vueltas a los gestos serios que ha hecho la señorita Myers cuando ha visto la enorme lista que le he entregado. Puede que sea una molestia ponerse a buscar todos esos datos, pero no es mi culpa si no los hayan entregado antes. Voy mirando los escaparates y cuando paso junto a una floristería veo varios ramos de flores en oferta antes de cerrar. Me detengo un momento y tras observar las flores decido llevarme uno. Es una de las costumbres que echo de menos de cuando vivía en La Haya, y no tengo por qué dejarla a un lado ahora que puedo tener otra vez gastos más superfluos tras mi llegada a Londres. Voy con mis flores tranquilamente paseando hasta el bufete, prácticamente he perdido medio día desplazándome allí y esperando en esa fastuosa entrada. Podríamos haber perdido menos el tiempo si les hubiera pasado todos los datos faltantes por correo electrónico.

Abro la puerta principal y entro en dirección a la escalera.

—Bonitas flores —dice Anne que se encuentra en la recepción junto a otros colegas.

—Gracias —contesto con una sonrisa.

Levanto la mirada y enseguida se me va la alegría cuando veo a Edwards que se mueve del grupo y me observa de arriba abajo.

No sé qué más decir, solo quiero salir del campo de visión de Johann. Además, desde que insinuó que no estaba realizando bien mi trabajo intento esquivarlo por todos los medios. No entiendo cómo todo el mundo habla tan bien de él cuando conmigo fue un verdadero borde.

Capítulo 12

Durante un par de semanas en el trabajo espero que me envíen la información solicitada. No sé si insistir en ello y en uno de los muchos momentos que comparto un delicioso té con George en el trabajo le pregunto.

—¿Crees que debería insistir?

—¿Es esencial para que puedas continuar trabajando? —pregunta a modo de respuesta.

—Puedo trabajar en otros expedientes.

—Entonces te recomiendo que les des un poco más de tiempo, son grandes empresas y ya sabes cómo funciona el papeleo en ellas, todo va muy despacio.

Sonrío y me llevo la taza de té a los labios. George tiene razón, casi siempre la tiene con todo lo relacionado con el trabajo y no puedo estar más que agradecida de haber coincidido con él en este momento de mi vida. En muchos momentos frena mi impulsividad con su saber. Conoce a casi todos los clientes y sus reflexiones o consejos consiguen siempre que mi trabajo sea mucho más sencillo y productivo. Todo esto en el trabajo, pero fuera del bufete la relación es todavía mejor. Creo que la gente subestima la amistad, no es tan fácil encontrar a una persona a la que solo le basten unos momentos para dibujarte una sonrisa en un día gris. Es tu paraguas cuando no deja de lloverte la vida y se te pone cuesta arriba. Él nunca dudo de que conseguiría establecerme en Londres cuando ya estaba perdiendo la esperanza. Siempre tiene pequeños momentos para darme consejos, te abraza el alma en la distancia con la mirada cuando estas teniendo un pésimo día en el trabajo motivado por la falta de entendimiento con tu jefe, para luego apartarte y reconfortarte con un té caliente en su despacho. Incluso ha intentado que asista a una de sus clases con su entrenador personal, sin embargo, todavía no lo ha conseguido. Al principio tuve miedo de que nos acercáramos demasiado, pero tenía razón, todos en el despacho nos llevan años de diferencia y de vez en cuando hablar con alguien que te entienda es como ver salir el sol en un país donde casi todos los días en algún momento llueve. Confieso que al principio dudé, era extraño coincidir en tantas cosas, pero más extraño era haber conocido a una de tus mejores amigas un sábado por la noche a última hora en la cola del baño de un local de copas y así es como Pilar y yo nos conocimos.

—¿Vienes a cenar a mi casa? —pregunto terminándome el té y dejando la taza sobre el escritorio.

—*Uuum* —duda llevándose la mano a la barbilla.

—Alikha ha vuelto —confirmo con una sonrisa.

—No se hable más, no insistas... iré a cenar si es lo que quieres —contesta riendo.

Y es que a pesar de que ambos llevan tiempo tonteando, ninguno de los dos se ha lanzado a confesar que mi compañera de piso y él se gustan mutuamente.

Y así es como sin darme cuenta empiezo a tener amigos que poco a poco se van convirtiendo en familia. Mientras, en el trabajo cada día estoy más segura con los procedimientos a pesar de ser cientos y no he vuelto a dejar ni un solo expediente sin clasificar. Todavía me escuecen las palabras de Edwards, la suerte que tengo es que no tengo que sentir su mala energía cerca ya que llevamos temas muy distintos.

Al regreso de uno de los días que salgo a almorzar con George, nos tropezamos con el señor Blake. Cuando mi jefe se gira y me ve, le hace una señal al señor que tiene frente a él y que nos da la espalda. George se acerca y le extiende la mano saludándolo, mientras yo me quedo retrasada para no molestar.

El señor que mete sus manos en los bolsillos de su bien planchado e impoluto traje habla con George y vuelve a girarse en mi dirección.

—Señorita Martín..., por fin nos conocemos —dice alargando una de sus arrugadas manos en mi dirección.

Me quedo un instante paralizada hasta que Blake hace los honores.

—Señorita Martín, le presento al señor Wayne.

Sorprendida sonrío y alargo la mano derecha dando un paso para acercarme a él.

—Encantada.

Wayne me estrecha la mano con más fuerza de la que espero. Es un hombre mayor que el señor Blake, así que debe rondar los setenta años, pero como se suele decir, con muy buena planta. Lleva el canoso pelo engominado y peinado hacia atrás. Con unos ojos verdes tan penetrantes que por un momento con su mirada fija en mi cara me siento incómoda.

—Siento no haberla podido recibir cuando fue a verme y espero que le hayan facilitado toda la información que solicitó.

—Pues precisamente... —Veo que mi jefe aprieta la mandíbula y me mira con una mirada fría—. Debo confesarle que todavía no he recibido absolutamente nada en todo este tiempo.

Observo como Blake traga con dificultad.

—No me diga usted eso —dice despacio pronunciando cada palabra.

—Se lo digo.

—Déjeme hacer una llamada... —dice girándose hacia un hombre que ha permanecido en todo momento en segundo plano—. Mejor aún..., recuérdeme que no dejemos nada de esto..., pero, ¿no se marcha alguien de su equipo a la zona? ¿Qué tal si la añadimos al grupo? Así podrá ver de primera mano el trabajo que hacemos allí y la documentación que nos envían.

El señor Wayne parece totalmente complacido por la idea que acaba de tener, mientras mi jefe y George nos miran a los dos sorprendidos.

—Oh, no. No quiero molestar —contesto, rauda.

—No es una molestia. Pediré que lo preparen todo —sentencia—. Blake, Hoult... hablamos.

Un lujoso vehículo con las lunas traseras tinadas se detiene junto a nosotros y el señor Wayne y su acompañante se despiden de nosotros y se suben en la parte trasera del habitáculo.

Me quedo paralizada en el sitio sin saber exactamente qué ha pasado hasta que veo a George riéndose a mi lado.

—Pues nada, que te vas a Chad... así como quien decide ir a Waitrose⁷.

—Pero... —balbuceo, incrédula.

Ese mismo día me vacuno de la fiebre amarilla y los dos días siguientes me siento totalmente agotada. Voy a la oficina a revisar toda la documentación de la información que no se encuentra por ninguna parte, pero voy como a cámara lenta. La oficina de Wayne ya tiene mi pasaporte y se está encargando de todo el papeleo y el billete.

Cuando apenas quedan tres días para el viaje, llevo más vacunas en mi cuerpo que en toda mi vida. Ese día llegan a casa varios paquetes con ropa de verano que he pedido por Internet. Una enorme mochila y varios utensilios que me han aconsejado comprar. Nada más llegar a casa abro

cada uno de los paquetes y me pruebo todo lo que he comprado.

El día anterior al viaje acudo al trabajo más que nada a cerciorarme por última vez de que llevo todo lo que voy a necesitar y no dejo nada urgente desatendido durante los días que estaré fuera. Estoy guardando documentación en una de las cajas cuando escucho un par de golpes con unos fuertes nudillos en la puerta. Eso o se ha destrozado la mano.

—¿Sí? —Pronuncio continuando con lo que estoy haciendo.

La puerta se abre.

—¿Te vienes a Chad?

La voz ronca y seria llega a mis oídos sobresaltándome. Me giro y veo a Edwards con la mirada fija en mí.

—¿Se viene a Chad?

—Por supuesto que voy, pero..., ¿y tú?

Parece enfadado.

—Pues yo también.

—Es un país peligroso. No puede ir cualquiera.

—Pero resulta que yo no soy cualquiera. —Veo como una vena del cuello se le hincha y decido apaciguar los ánimos e intento hablar con más cercanía—. No voy a molestarte, además yo no fui quien lo decidió. Ni sabía que tú eras quien iba del bufete. Así que tranquilo que yo haré mi parte del trabajo y ni te enterarás de que estoy. ¿No entiendo por qué estás tan ofendido?

—Te lo he dicho, esa zona no está hecha para gente como tú —sentencia.

—Señor Edwards, sabe que le respeto muchísimo, pero es muy injusto lo que está haciendo y más un día antes del viaje.

—Me acabo de enterar —bufa—. No puedo ser la niñera de nadie.

—Y yo no se lo he pedido —susurro con una enorme decepción.

Veo que se da la vuelta y se dirige de nuevo hacia la puerta de nuevo tras permanecer unos segundos manteniéndome la mirada.

—No llegue tarde.

—No lo haré.

Cuando la puerta se cierra noto como las rodillas se me doblan por los nervios y tengo que acercarme al sillón y sentarme. «Será capullo», grito en mi mente mientras recupero la compostura. Estoy temblando todavía cuando vuelven a tocar a la puerta.

—¿Sí?

—Soy George.

Al escuchar su voz mi cuerpo se relaja.

Entra en el despacho con una sonrisa en los labios que enseguida cambia por un gesto de preocupación.

—¿Qué te sucede? —pregunta, serio.

—Nadie me había dicho que iba Edwards.

—¿No? —pregunta sin darle mayor importancia—. Johann es la persona del bufete que suele volar cuando hay algún problema y visitar esas zonas. Yo no sabría desenvolverme sin mi teléfono móvil y todas las comodidades que tengo aquí en la ciudad. Estarás bien.

Durante unos minutos me desea un buen viaje y vuelve a insistir en que le dé una oportunidad a Johann y no lo juzgue antes de tiempo.

Una vez en casa Alike me ayuda a asegurarme de que todo lo que me llevo es imprescindible. Me ha preparado una lista e incluso me ha dado un montón de muestras de cosméticos para que

me ocupen menos en la maleta.

—¿Braguitas? —pregunta, riendo.

—Tengo —digo orgullosa de ver que no se me olvida nada.

—¿Cepillo de dientes?

—Llevo

—¿Medicamentos y pastillas para la diarrea?

—Llevo —respondo—. Solo espero no tener que usar nada de eso.

—Más vale prevenir —dice en una risotada.

Nos sentamos las dos en el sofá y Sky se une a nosotras rompiendo el silencio en el que nos hemos sumergido.

—Va a ser toda una experiencia, aprovéchala —dice finalmente Aliká.

—Lo sé —respondo con un pequeño suspiro.

Cuando quedan diez minutos para la hora en la que el coche tiene que pasar a recogerme decidimos bajar. Todavía resuena en mi mente las palabras del borde de Edwards pidiéndome que no llegara tarde. ¡Ni que yo llegara tarde alguna vez! Bueno, puede que, al principio, pero solo porque me perdía por los pasillos.

Vemos aparecer un elegante coche negro con los cristales tintados que se detiene junto a nosotras. Es entonces cuando el pulso se me acelera. Respiro hondo y veo que el conductor baja y alguien abre la puerta trasera.

—Yo me ocupo —dice Edwards al conductor cerrando la puerta trasera y me pregunta—. ¿Preparada?

—Preparada —respondo.

Me giro hacia Aliká y ésta me da un abrazo.

—¡Joder! No me habías dicho que te ibas de vacaciones con un buenorro —susurra en mi oído.

Creo que por los nervios empiezo a reírme.

—No me soporta —digo riendo antes de separarnos.

—¡Cuídala por mí! —dice Aliká con una sonrisa presentándose a Johann.

—Sé cuidarme sola —respondo seca intentando levantar la mochila del suelo.

—Sabe cuidarse sola —dice guiñándole un ojo y lo que parece una sonrisa a Aliká.

—Gruñe, pero no muerde —añade con una sonrisa mientras me giro hacia ella con los ojos muy abiertos sorprendida por su simpatía hacia el tipo que más gruñe en el mundo.

«Será cabrito, siempre de mal humor y con Aliká de lo más simpaticón. Ya lo que me faltaba por ver», pienso intentando abrir el maletero.

No consigo hacerlo y Johann viene en mi rescate en dos rápidas zancadas. Abre el maletero y veo dentro una mochila mucho más pequeña que la mía sorprendiéndome otra vez. Miro de nuevo mi mochila e intento cargarla. Suelto una especie de gruñido cuando intenta ayudarme.

—Yo puedo —digo casi desriñonándome al impulsar la mochila dentro del maletero.

Me giro orgullosa por haberlo conseguido y estoy casi a punto de chocar con él que permanece detrás con cara de lo que parece satisfacción. Me aparto y mientras él cierra el maletero me acerco de nuevo a Aliká y le doy otro rápido abrazo.

Veo que Johann mantiene la puerta por la que ha bajado abierta, pero decido rodear el coche y entrar por la otra puerta trasera.

Me despido con la mano y una sonrisa de Aliká antes de sentarme. Antes de cerrar la puerta escucho a Edwards despedirse educadamente de Aliká subiendo al coche y cerrando él también

su puerta.

—Podemos irnos —dice al chofer cuando ve que he conseguido ponerme el cinturón y ya estoy acomodada en el asiento.

Capítulo 13

Pensaba que esto iba a ser incómodo, pero no imaginaba cuánto. Vamos sentados en el asiento trasero los dos sin dirigirnos la palabra. Confieso que he mirado en varias ocasiones por el rabillo del ojo disimulando y él va totalmente concentrado en el teléfono móvil.

Es tarde, vamos a coger un vuelo nocturno que nos llevará a Etiopía y de allí volaremos a Chad mañana. Al menos no me pasará las más o menos quince horas que dura el viaje teniendo que pensar si darle conversación o no. Dormiremos gran parte del trayecto. Miro por la ventanilla, ha empezado a llover y las personas que salen del trabajo para ir a casa a cenar andan aceleradas bajo los paraguas que les resguardan. Es como si todo fuera a cámara lenta mientras avanzamos a través del tráfico hasta llegar a Heathrow ⁸

El vehículo se detiene en una de las terminales y rápidamente el conductor nos acerca un carrito para las maletas. Baja ambas mochilas y las coloca con deferencia. Se despide de nosotros con un gesto de cabeza y de nuevo se sube al coche.

—¿Tienes a mano todo lo que necesitas para el vuelo?

—Sí, señor —contesto mirando a un lado y a otro.

—Puedes llamarme Johann.

—De acuerdo, yo sigo siendo la señorita Martín.

Intento ocultar la sonrisa que nace en mis labios al ver su cara totalmente sorprendida por mis palabras. No quiero que note que estoy riendo y feliz mientras empujo decidida el carro de las maletas por una de las puertas de entrada. Con un par de pasos rápidos se coloca de nuevo a mi lado.

—Espera —pide—. No es por ahí, es por aquí.

—*Aaah*, vale —digo girando el carro con dificultad encaminándome hacia donde me indica.

Voy esquivando personas y maletas como puedo mientras de vez en cuando Johann agarra el carrito con una mano intentando reconducirlo antes de chocarme con algún pasajero.

—¿Quieres que lleve yo el equipaje? —pregunta cuando estoy a punto de colisionar contra unas pantallas.

—No, no. Yo puedo.

Johann camina a mi lado observándome ceñudo como manejo el carro con las mochilas a punto de caer al suelo en alguna que otra ocasión.

—Por aquí —apunta de nuevo.

—Vale, vale.

Después de escucharlo casi escupiéndome a la cara que “este viaje no está hecho para gente como yo” voy a demostrarle que podría sobrevivir en este viaje sin su ayuda. De repente un chico se me cruza con su carrito y a pesar de que Johann intenta detenerlo y que no ocurra, chocamos y estoy a punto de caer al suelo.

—¿Está bien? —pregunta el chico recogiendo una de sus maletas que ha caído.

—Perfectamente —digo con risa nerviosa totalmente avergonzada.

—Siento haber tropezado contigo —dice pasándose la mano por el pelo y atusándose la mecha rubia que le cae por los ojos—. Aunque ahora que pienso... —dice con una sonrisita de

medio lado—. Puede que sea el destino.

De pronto siento la presencia de Johann a mi lado y carraspea con fuerza.

—¿Necesitas un caramelo de menta? —pregunto al verlo tan serio.

—No, necesito que lleguemos ya al mostrador de facturación —dice. Se hace cargo del carrito y cuando ve que voy a quejarme, levanta una mano, muy serio y añade—. Sí, ya sé que eres fuerte y que puedes cargar con todo y que sabes hacerlo, pero ahora es mi turno, así que no vas a ser tú la única privilegiada en conducir este maldito carrito. Ahora lo voy a hacer yo —sentencia.

El chico rubio nos mira con sorpresa mientras nos alejamos discutiendo. Me giro y levanto los hombros.

—Puede que no fuera el destino —digo elevando un poco la voz a modo de despedida.

—Claro que no —farfulla Johann acelerando el paso.

Debo admitir que no andar con el estrés de conducir el carro con tanta gente alrededor es de agradecer. Además, debo admitir que lo maneja bastante mejor que yo, así que antes de darme cuenta estamos frente a un mostrador de la aerolínea etíope.

—¿Vamos en *Business*? —pregunto asombrada cuando lo veo frenar en un mostrador sin cola.

—Sí —contesta, parco en palabras—. Dame tu billete y pasaporte.

—¿Te importa si lo entrego yo? —pregunto levantando una ceja.

—¿Vas a cuestionar durante todo el viaje cada cosa que te pida? —pregunta soltando un sonoro suspiro.

Lo miro por apenas unos segundos. Saco toda la documentación de uno de los compartimentos del bolso y tras dudar otro segundo se lo entrego.

—Pero no mires la foto —gruño—. Es de cuando todavía llevaba ortodoncia.

Me mira con los ojos como platos levantando las cejas.

—¿En serio? —pregunta a modo de respuesta negando con la cabeza.

Lo veo dirigirse a la mujer que atiende el mostrador que nos observa con curiosidad. Le entrega toda la documentación y ella le sonríe con agradecimiento. Bueno, más bien diría que está coqueteando.

—Edwards —digo llamando su atención. Repito un poco más fuerte—. ¡Edwards!

—¿Qué sucede? —pregunta mirándome tan fijamente que se me seca la boca de los nervios.

—Si es posible..., ventanilla —susurro.

—¿Pero si va a ser de noche todo el vuelo?

—Valeeeeeee. No había pensado en eso, pues entonces donde quede libre —refunfuño.

Me cabrea no haber pensado en ello antes de abrir la boca. Con este hombre siempre parezco una cateta que no tiene idea de nada. Espero junto al carro de equipajes mirando a un lado y a otro, distraída, hasta que algo me saca de mi ensimismamiento.

—¡Julia!

—¿Qué? —respondo sobresaltándome.

—¿Tienes todo lo que necesitas? Vamos a facturar y ya no tendrás tu mochila hasta la llegada —dice con una sonrisita.

—Sí —respondo cogiendo mi pesada mochila del carro y llevándola a la cinta.

—Yo te ayudo —dice Johann alargando su mano y rozándola con la mía.

Por un instante me detengo en mi cabezonería y levanto la mirada. El contacto con su piel ha hecho que saltara como una chispa y miro a ver si ha sentido lo mismo. Sus intensos ojos están

fijos en los míos y me mira con cierta extrañeza. He apartado la mano presurosa, pero aún siento el calor de su piel en ella. Carraspea y carga la mochila hasta la cinta de facturación. Lo hace sin apenas esfuerzo y con seguridad.

Terminamos con la facturación y Johann me devuelve mi pasaporte con el billete. Lo guardo todo en el bolsillo con cremallera que lleva mi bolso. No sin antes observar el asiento que nos han asignado.

Johann me cede el paso con la mano indicándome en la dirección que tenemos que ir. Es la tercera vez que estoy en este aeropuerto y es enorme, pero parece que él lo conoce bastante bien. Llegamos a la zona del control de seguridad y tras hacer una cola enorme, ambos pasamos sin ningún problema. Volvemos a coger nuestras cosas de la cinta y busco de nuevo el billete para ver a qué puerta tenemos que ir.

—Por aquí —dice Johann empezando a caminar.

Me vuelvo a cruzar el bolso por el pecho y acelero el paso para seguirlo. «Me cansa que lo sepa todo», pienso para mis adentros.

—¡Un momento! Ahora voy —digo deteniéndome en una de las muchas tiendas.

Johann y yo no tenemos mucho que contarnos y acabo de ver un expositor circular de libros. Así que entro en la tienda y observo varios de ellos haciendo girar el expositor. Cojo uno de ellos que me atrae mucho por la portada y cuando leo la sinopsis pienso que es perfecto para más de quince horas de viaje. Junto al libro, cuando voy a pagar añado chicles y un par de chocolatinas.

Salgo de la tienda ensimismada por la compra del libro cuando lo abro por una página cualquiera y me lo llevo a la cara inhalando con fuerza. De mi garganta sale una especie de leve gemido. Hay pocos olores en el mundo que me gusten más que este. Me quito el libro de la cara y entonces me doy cuenta de que frente a mí se encuentra Johann observándome desconcertado. Me mira fijamente frunciendo el ceño.

—¿Qué haces? —pregunta finalmente.

—Oler mi libro nuevo —contesto, orgullosa.

—Los libros no huelen —sentencia levantando una ceja.

—¡Sacrilegio! —exclamo riendo—. ¿Cómo puedes decir eso?

—¿A qué huele tu libro? —pregunta mirándome fijamente.

—Huele... huele... a vainilla, a aventuras, a momentos trepidantes, a sueños, a romance... —explico con una amplia sonrisa. Vuelvo a llevarme el libro abierto a la nariz y añado—. Y, a pegamento y tinta.

Johann se muerde el labio inferior y se lleva una mano a la barbilla.

—¡Vaya!

—¿No te gustan los libros? —digo intentando caminar a su lado después de empezar a andar de nuevo.

—Sí, mucho.

—Y, ¿no te gusta su olor?

—Yo los estudio o los leo. No los huelo.

—Pues que sepas que te estás perdiendo una de las partes más apasionantes de los libros —sentencio manteniéndome a su lado.

Durante unos minutos caminamos mientras él va corrigiendo mis pasos en dos ocasiones cuando estoy a punto de separarme debido a la multitud de personas que se agolpan en las puertas de acceso a sus vuelos. Estoy convencida de que va a ser prácticamente imposible encontrar un sitio donde poder sentarnos a esperar con tanta gente. De pronto Johann se detiene

junto a un panel y yo busco con la mirada algún asiento libre.

—¡Mira! Un par de asientos allí —digo señalando a lo lejos.

Johann me mira y señala a un lateral con una mueca. No sé qué quiere decirme y se lo hago saber elevando los hombros.

—¿No prefieres ir al *lounge*⁹? —pregunta, socarrón.

—Pues claro —digo ceremoniosa intentando disimular mi total falta de experiencia en el aeropuerto y este tipo de vuelos.

Enseñamos los billetes y los pasaportes en la entrada y accedemos a una sala perfectamente decorada y con bastantes mesas libres donde sentarnos. Me hace un gesto indicándome las que hay cerca de la cristallera donde se ven los aviones y yo sonrío entusiasmada.

—¿Qué quieres tomar? —pregunta.

Mientras yo elijo uno de los cómodos butacones y dejo mis cosas en el contiguo.

—Nada —digo acomodándome.

En ese momento llega uno de los camareros y nos atiende.

—Un *whisky* solo —pide con seguridad.

—Un *whisky* para el caballero y ¿para la señorita? —pregunta con una amable sonrisa.

—Nada.

—¿Quiere algo de comer?

—Traiga algunos chocolates —dice con confianza.

El camarero desaparece de nuevo mientras yo estoy colocándome bien el calzado. Creo que llevo los zapatos un poco flojos que me están haciendo daño en uno de los talones.

—¿Zapatillas nuevas? —pregunta, serio.

—Sí —respondo orgullosa de mi nueva adquisición.

Da un suspiro y saca su *tablet* de la mochila. Entretanto yo miro hacia el exterior y veo uno de los aviones empezar a moverse. El camarero regresa y deja sobre la mesa la bebida y una bandejita con una especie de bombones con la pinta más escandalosamente deliciosa que he visto en mi vida. Lo miro sorprendida después de volver a mirar los bombones. Johann mueve la bandeja y me los ofrece. Cojo uno y estoy a punto de morir de gusto cuando le doy un mordisco y el delicioso sabor de chocolate se expande por mi boca.

—Come todos los que quieras.

Tras esto Johann fija toda su atención en la pantalla de la *tablet* mientras bebe a pequeños sorbos el *whisky*. Cuando veo que no vamos a intercalar más palabras, me cruzo de piernas y decido comenzar mi nuevo libro.

Voy por el cuarto capítulo cuando Johann mira su reloj de pulsera.

—Deberíamos ir ya hacia la puerta de embarque, ¿no quieres más chocolate? —dice mirando la bandeja en la que todavía quedan cuatro bombones.

—¿No te los vas a comer? —pregunto sorprendida.

—No.

—Pues ya que los vas a pagar no los vamos a dejar aquí —digo llevándome uno entero a la boca. Cojo una servilleta y guardo los tres restantes—. De postre para la cena.

—Es gratis—dice con ojos muy abiertos.

—Pues eso podrías haberlo dicho antes —replico incorporándome del sillón.

Me coloco de nuevo la chaqueta, el pañuelo en el cuello y cruzándome el bolso me encamino hacia la puerta de salida.

Aprieto el paso cabreada pensando en lo bien que se lo tiene que estar pasando con todas mis meteduras de pata. Intento respirar y tranquilizarme. No debo olvidar que sin lugar a dudas él tiene un puesto muy superior al mío en el bufete y no me puedo poner a polemizar cada desconsideración.

Noto cómo vibra mi bolso antes de escuchar el primer tono de mi teléfono móvil sonar. Abro el bolso y miro la pantalla. Al momento mi enfado disminuye mientras sigo los pasos de Johann que se adelanta a toda la cola que hay esperando.

—*Perraaaaa*. —Escucho al otro lado de la línea.

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme así? —contesto.

—Nunca —dice soltando una risotada—. Quería desearte buen vuelo y ver cómo ibas.

—Gracias, al menos alguien amable antes de subir al avión —digo.

—¿Qué sucede?

—¿Recuerdas el tío buenorro ese de mi oficina que tiene esa mirada tan intensa que derretiría hasta un témpano de hielo?

—Sí

—Pues es un borde gilipollas y se dedica a dejarme clara su superioridad en todo momento— respondo molesta. Escucho a Pilar reír y añado—. Sí, ríete, pero no podía ser más cargante. Y esto no ha hecho más que empezar. Nos hemos metido en el *lounge* y yo no he pedido nada porque pensaba que con tanto lujo me costaría un riñón y medio corazón cualquier cosa y, luego... ¡no había que pagar! Y no me ha dicho nada el prepotente con su *whisky* y sus chocolates. Menudos días me esperan. Además, según él, yo no debería estar aquí. No estoy hecha para este tipo de viajes. El muy mamón.

Por un momento veo que Johann se pone tenso justo delante de mí y tras esquivar a una persona se acerca al mostrador y se agacha para sacar algo de la mochila. Espero unos pasos atrás sin dejar la conversación.

—A ver si te va a escuchar.

—Estamos hablando en español... que escuche todo lo que quiera, no se va a enterar —digo cuando observo a Johann agachado—. ¡Joder! Y es que el muy cabrito está buenorro. Menudo trasero le hacen esos vaqueros.

Johann levanta la mirada hacia mí. Por un momento me quedo paralizada pensando que me ha entendido, pero me hace un gesto con la mano para que me acerque.

—¿Sigues ahí?

—Perdona Pilar, creo que te tengo que colgar. Ya vamos a subir al avión.

—Buen viaje y cuando no puedas soportar su actitud, piensa en ese increíble trasero —dice muerta de risa.

Cuelgo y guardo el teléfono móvil de nuevo en el bolso.

—El billete —dice serio.

Lo saco del bolso y se lo entrego. La azafata que está en la puerta de embarque nos sonrío y nos deja pasar junto a otra pareja más. Caminamos por la pasarela y enseguida nos reciben en la entrada del avión. Tras mostrarle los billetes, una de ellas nos acompaña a nuestros asientos. Intento no parecer demasiado entusiasmada por los detalles y el espacio de la *Cloud Nine*¹⁰ pero es una “puta pasada”. Son amplios con espacio para recostarse y estirar los pies. Intento actuar como si fuera lo más normal viajar con todo este lujo de detalles y me acomodo. Adoro la privacidad que tienen. De repente el panel que hay a mi derecha desciende y veo a Johann al otro

lado.

—¿Estás cómoda? —pregunta con el tono más amable que le he escuchado desde que lo conozco.

Frunzo el ceño.

—Sí —respondo escuetamente.

—Este panel puedes subirlo o bajarlo. También tienes aquí —dice abriendo un pequeño compartimento en el lateral— esta bolsita que lleva cosas que puedas necesitar, y aquí —señala— tienes una carta en la cual te indica las opciones para la cena, está incluido todo. Además, puedes seleccionar lo que quieras ver en tu pantalla y si pones el canal noventa y nueve puedes ver la situación del avión en un mapa para ver el recorrido.

Me quedo mirándolo un poco sorprendida. Creo que es la conversación más larga que he tenido con él desde que lo conozco.

—Gracias —digo.

—Julia... —dice, y de pronto lo veo que se contiene un momento pensativo—. Puedo llamarte Julia, ¿verdad?

Por un instante me pierdo en esos ojos grises tan intensos que tiene.

—Sí, claro —balbuceo.

«No le mires los labios. No lo hagas», me obligo a pensar..., pero es que está tan guapo y tan cerca...

—Espero que tengamos buen viaje —dice finalmente.

Capítulo 14

El viaje se hace eterno, al menos para mí. No importa que nos den de cenar de la forma más ceremonial que he visto en mi vida en un vuelo, tampoco que haya estado toqueteando todo el catálogo multimedia que hay a nuestro servicio, ni tampoco que me haya leído ya medio libro. He subido y bajado la separación entre asientos unas cuatro veces, pero a Johann se le ve de lo más tranquilo viendo su pantalla con los auriculares puestos. Doy mil vueltas en el asiento y no consigo dormir por mucho que hayan bajado las luces, no se escuche el más mínimo ruido y nos hayan entregado antifaces para mayor descanso.

Me levanto un poco el antifaz de los ojos y me lo apoyo en la frente. No se oye nada excepto los motores del avión. Otra vez bajo despacito un poco la mampara que me separa de Johann y miro en su dirección. Está durmiendo tumbado con su antifaz puesto y tapado con una manta. Parece la paz personificada. Su respiración es pausada y mis ojos ascienden de nuevo hasta su cara. La sombra de la barba empieza a notársele, aun así, se puede ver claramente su mandíbula marcada. Se mueve y se lleva una mano al antifaz levantándolo un poco de un ojo.

—¿Estás bien? —pregunta con voz ronca.

—Perdón, perdón... te he despertado... —susurro sintiéndome culpable y apartando la mirada de su rostro.

—No pasa nada. Dime, ¿qué te sucede? —dice con un fuerte suspiro incorporándose en su asiento.

—No consigo dormirme —murmuro.

Johann baja del todo la mampara y se gira en mi dirección.

—Tumbate. Te dormirás enseguida —susurra con la voz más sexi que le haya escuchado.

Hago lo que me pide y me tumbo imitándole y tapándome con la manta. Ahueco la almohada y me giro en su dirección.

—Siento haberte despertado.

—No pasa nada, pero tenemos que descansar para cuando lleguemos —dice mientras yo no puedo evitar mirar cómo se mueven sus labios al hablar. Son hipnotizantes—. ¿Quieres contarme qué te inquieta?

—No —respondo rauda y es que no quiero decirle que dudo de mi capacidad de trabajo y temo no poder desempeñarlo bien. Temo que la gente piense que soy una incompetente.

—¿Dormimos? —pregunta.

—Vale —respondo.

Él no hace ningún gesto para subir la mampara y yo tampoco lo hago. Se baja de nuevo el antifaz y yo hago lo mismo. Finalmente me duermo.

—¡Julia! —Escucho a lo lejos y de pronto otra vez—. ¡Julia!

Bostezo y me estiro girándome en la cama, pero de pronto choco contra algo duro que me hace ver que no es la cama donde estoy. Estoy en un avión con Johann Edwards a menos de un metro. Me levanto un poco el antifaz y lo veo sentado con una especie de sonrisa ladeada en mi dirección. Ya no queda rastro de la incipiente barba en su mandíbula. Parece de todo menos

desubicado que es como me encuentro yo. Entonces recuerdo que he bostezado como si fuera un león salvaje hace apenas unos instantes.

—Uuum —gruño llevándome las manos a la cara.

—Buenos días. Vamos a aterrizar —dice tranquilo.

Me incorporo de inmediato y me doy cuenta del movimiento que hay en la cabina.

—¿Por qué no me has avisado?

—Lo estoy haciendo —responde sorprendido.

—¡Pero antes! —gruño quitándome la manta de encima y poniendo el asiento en la posición adecuada. Hace un gesto abriendo los ojos y me doy cuenta de que no estoy siendo nada amable—. Perdona, no he dormido muy bien. ¿Qué hora es? —pregunto poniéndome los zapatos.

—Las seis de la mañana.

El avión aterriza y por una ventanilla lateral que hay libre puedo ver cómo llegamos al aeropuerto de internacional de Bole Adís Ababa en Etiopía. Las vistas antes de llegar son espectaculares y lo que más me sorprende es lo grande y moderno que es el aeropuerto. Tenemos más de tres horas de escala allí y cambiaremos de avión que nos llevará directamente Yamena, la capital del Chad.

Una persona de la compañía nos acompaña hasta la *lounge* del aeropuerto y nos indica que alguien de la compañía vendrá a avisarnos para embarcar en el siguiente vuelo.

Es una sala muy bonita y colorida, pero no tiene nada que ver con la de Londres. La sala está prácticamente vacía y nos sentamos en una mesa que hay junto a la cristalera.

—Deberíamos comer algo... —apunta Johann.

Miro en la dirección que lo hace él y veo un bufé. Y le indico que antes de comer algo quiero ir al cuarto de baño. Me señala en la dirección donde se encuentran y eso me hace ver que no es la primera vez que hace escala en este aeropuerto.

Empujo la puerta y entro decidida. Hay varias puertas abiertas que señalan los servicios que están libres. Entonces, con el raballo del ojo me veo reflejada en el espejo. «¡Joder! Parezco una mezcla entre chiflada y *grunge*¹¹, voy totalmente despeinada y la sombra de ojos se ha mezclado con la raya y hay una especie de negror en su lugar. Me miro más de cerca las ojeras horrorizada cuando entra una mujer con una niña y se me quedan mirando. Sonrío y tiro de varios papeles seca manos. Me mojo la cara sin miramiento e intento limpiar el maquillaje. Me peino el pelo con los dedos y finalmente me hago una coleta.

—No me has avisado que parecía una *grunge* —digo cuando regreso a la mesa.

Johann me mira y se encoje de hombros.

—¿Cómo voy a decirte eso? Además, no es cierto.

—¿Sí tú llevaras un cuco en la nariz te gustaría que te lo dijeran? —Johann asiente y no puede evitar soltar una risotada. Es la primera vez que lo veo reír y a pesar de que es maravilloso verlo tan diferente me siento tan avergonzada que sé que mis mejillas se están tiñendo de un color rojo intenso—. Pues avísame si yo parezco un adefesio.

—Julia, no te enfades. No es cierto lo que dices, es normal llevar el pelo un poco alborotado después de dormir.

—Pero es que yo llevaba una especie de nido de cigüeña en mi cabeza.

Vuelve a reír y yo me giro y me voy hacia al bufé haciéndome la ofendida. Johann me sigue y en un par de segundos ya está a mi lado ofreciéndome un plato. Veo que coge varias cosas, incluida carne y una especie de puré. A mí me es imposible comer ese tipo de comida a las seis y

media de la mañana, pero me sirvo bollería y un café.

El avión que nos llevará a Yamena es mucho más pequeño, pero me tranquiliza pensar que ya solo nos quedan cuatro horas para llegar a nuestro destino.

Cuando nos avisan de que vamos a aterrizar veo a lo lejos una gran aglomeración de casitas mientras el avión empieza a descender. Se distinguen pocas carreteras asfaltadas y nada verde en el paisaje. En este caso no distingo el edificio principal del aeropuerto hasta que ya casi estamos tocando tierra y me doy cuenta de que es un aeropuerto con uso dual con instalaciones civiles a un lado y militares al otro. Había oído hablar de este tipo de aeropuerto, pero nunca había estado en uno. A pesar de esto, es un aeropuerto pequeño. Nada más salir del avión un calor sofocante llega hasta mis pulmones. Me aparto de la fila y me saco la chaqueta y el pañuelo, el aire caliente quema mis fosas nasales mientras nos hacen descender a la pista y nos indican como llegar a la zona de equipajes. La verdad es bastante fácil. Simplemente seguimos a la marea de personas que se dirigen caminando con celeridad. La salida de nuestras mochilas se hace eterna y cuando las cogemos, realmente me doy cuenta de lo que pesa la mía. Johann insiste en cargar con ella, pero quiero hacerle ver que soy apta para este trabajo. Unas personas nos están esperando a la salida. Johann los saluda con cordialidad y yo me quedo un par de pasos rezagada hasta que me presentan a una de las personas que se encargará de acompañarnos durante toda nuestra estancia.

Fuera del edificio nos esperan un par de camionetas blancas y algunos hombres que se encargarán de nuestra seguridad. Entonces me entero de que todavía nos quedan casi cinco horas para llegar a nuestro verdadero destino.

El conductor lleva la música muy alta y va circulando con soltura a través de calles llenas de motocicletas y de personas caminando por los bordes de arena de las vías. Vamos sentados en la parte trasera mientras el conductor va hablando orgulloso, sobre alguna que otra cosa que nos cruzamos. En un par de ocasiones tiene que frenar y dar un volantazo con la camioneta, ya que los viandantes se cruzan sin esperar a que la circulación pase. Es como una jungla y sobrevive el más rápido o el más fuerte.

Durante el camino tengo que lidiar con todo tipo de insectos, sobre todo moscas que entran en el coche cuando baja la velocidad, y polvo de la carretera cuando consigue ir un poco más rápido. Nos dirigimos al sur del país y poco a poco los pequeños grupos de casas se van espaciando. Estoy terriblemente agotada y la camioneta no deja de botar. Llevamos el cinturón de seguridad puesto, pero aun así imito a Johann que se agarra del asidero del techo, temo salir disparada en cualquiera de los baches que hay en parte de la carretera no asfaltada.

Me estoy desesperando cuando por fin nos avisan de que estamos llegando a la capital de la región que es donde nos alojaremos. Junto al lago Logone que es donde están las oficinas de los proyectos del cliente en el país. El chofer nos cuenta orgulloso que la ciudad tiene hasta aeropuerto, pero cuando llegamos no es para nada como me la había imaginado. Seguimos viendo a personas caminando descalzas por los bordes de la carretera principal y, de pronto, notamos que llegamos a una carretera que parece asfaltada. A los lados ahora ya no hay tierra, diversos jardines verdes decoran la avenida hasta que la furgoneta se detiene junto a una edificación de dos plantas.

Miro a Johann que abre la puerta y yo lo imito. Tengo todos los músculos acartonados y me froto las piernas. Por un momento siento como si tuviera patas de elefante en vez de pies, temiendo caerme al suelo. No nos hemos detenido ni cinco minutos en las casi cinco horas que ha durado el trayecto. Una persona acude a la puerta principal del edificio y sale levantando las manos mientras se dirige hacia Johann quien con una amplia sonrisa abre los brazos para

abrazarla. Va vestida con un traje supongo que típico de la zona con mucho colorido y unas sandalias viejas. Hablan en francés y yo me quedo en un segundo plano. Johann finalmente me pide que me acerque y me presenta a la mujer. Hawa me abraza y me estrecha contra su cuerpo en un abrazo de lo más cariñoso. Mientras, han bajado nuestras mochilas del techo de la furgoneta y nos indican que mañana volverán a recogerlos.

Entramos al edificio, es una especie de pensión, albergue o como se pueda llamar. Hawa nos entrega dos llaves y nos acompaña hasta la escalera, una vez allí nos dice que volverá en una hora para llevarnos a cenar. Mientras, podemos descansar un poco.

Johann insiste en cargar con mi mochila hasta el piso de arriba. Hay como un pasillo descubierto que da a una especie de jardín olvidado con ramajes que salen sin control.

—¿Qué habitación quieres? —pregunta interrumpiendo mis pensamientos.

—La del fondo —respondo.

—Son iguales.

—Por eso mismo.

—Avísame si necesitas algo —dice mientras abre la puerta de su habitación.

Me da mi llave y yo con mi mochila cargada al hombro abro la puerta contigua.

Confieso que cuando abro la habitación no estoy preparada para lo que allí encuentro. La pintura de la habitación está desconchada en varias zonas. Solo hay una cama con la estructura de hierro y al menos unas sábanas blancas que parecen limpias. Una especie de cajonera también hace la función de mesa y hay una silla blanca de plástico. Miro a mi alrededor, no hay ni un armario, ni otra puerta que dé al baño, pero sí que hay una puerta de cristal que da a una especie de balconcito. Abro la puerta y cuando me asomo y miro hacia el exterior veo una piscina medio vacía con el agua marrón.

Escucho una carcajada a escasos metros de mí y cuando me giro veo a Johann sin zapatos en el balcón de su habitación.

—Dime que tu habitación es como esta...

—¿No te gusta el lujo de los detalles?

—Sí. Vamos. Estoy que grito de la emoción —digo con cara de asco—. Y ¿dónde está el baño?

—En el pasillo —dice con tranquilidad mirando al horizonte.

—Y ¿si me hago pis en mitad de la noche?

—Pues abres la puerta y vas al baño —sentencia. Se gira y me observa—. Pensaba que ya habías estado en misiones cuando trabajabas en La Haya...

—He trabajado en misiones, pero es la primera vez que salgo de una oficina.

Frunce el ceño en una especie de gruñido. Da un fuerte suspiro y se vuelve a girar mirando el horizonte. Voy a hablar, pero con la mano me hace un gesto para que me detenga.

—¿No es una maravilla?

—¿El qué?

—El atardecer, la tranquilidad que se respira, los sonidos...

—A mí me gustan los ruidos... —digo volviendo a entrar.

Dejo la puerta abierta ya que hace un terrible calor y coloco la mochila sobre la cajonera. Ha cogido gran cantidad del polvo durante el camino, pero nada que no se pueda remediar. Cojo un vestido largo de pequeñas florecitas y con una de las toallas limpias que hay en la habitación abro la puerta y me dirijo hacía donde me ha indicado Johann. El alma se me cae a los pies cuando veo el aspecto del baño, pero vuelvo a ser positiva, al menos parece limpio. Empiezo a

desvestirme y me doy cuenta de que no puedo cerrar la puerta. Me vuelvo a vestir y acudo a la puerta de Johann, tocando con los nudillos con insistencia.

—Dime —dice abriendo la puerta.

—No hay pestillo —informo.

—¿Y?

—Que alguien puede entrar.

—Julia, creo que estamos solos en toda la planta... Nadie va a entrar.

—¿Puedes vigilar la puerta? —pregunto agobiada.

Me observa de arriba abajo y tras un sonoro suspiro asiente. Vuelve a entrar en su habitación y a los pocos segundos sale de nuevo con una silla blanca de plástico idéntica a la que también hay en mi habitación. Se sienta y apoya los pies en alto en la barandilla.

—¿Contenta? —pregunta.

—Gracias —susurro entrando de nuevo al cuarto de baño.

Cuando estoy quitándome de nuevo la ropa, escucho la voz de Johann que me advierte de que no beba agua de la ducha.

—Lo sé, sale en una de las películas de *Sex and the City*¹². Charlotte lo hace y le da una diarrea mortal —respondo elevando la voz.

—No sé qué es, pero sí, eso es lo que puede pasarte.

No habla mucho más mientras me lavo en esa primitiva ducha. Cuando termino, me visto y salgo con el pelo recogido en un moño en lo alto de la cabeza. Hace tanto calor que ya estoy empezando a sudar. Y eso que acabo de terminar de ducharme. Aunque Johann no me lo pide, después de dejar secándose la toalla, cojo el libro y me siento donde hace un instante estaba él.

—No era necesario —dice con una media sonrisa.

—Lo sé, pero yo también te cubro las espaldas —digo levantándome y entrando de nuevo al cuarto.

Las zapatillas nuevas me han hecho unas heridas terribles en los talones, así que me pongo unas sandalias que he traído. Además, con el vestido es con lo que mejor combina.

Bajamos a la entrada a la hora indicada. Hawa no tarda en llegar, lo cual agradezco ya que Johann está poco hablador después de haberme indicado que sería oportuno taparme los hombros con un pañuelo o chaqueta.

Charlando con Hawa descubro que ella se encarga de varios de los asuntos de la empresa allí en el Chad, incluyendo la coordinación de médicos que vienen voluntarios para ayudar por temporadas. Tienen un centro que se encuentra más al sur, a unas cinco horas más de camino. Han empezado a cultivar sus propios huertos después de que consiguieran construir un pozo en condiciones cerca de la escuela y el pequeño hospital.

Caminamos más de media hora y cuando creo que estoy a punto de desfallecer nos detenemos en una especie de tienda sin puertas, pero con un gran aparato de televisión. Nos sentamos en una mesa y cuando nos sirven uno de los platos estoy a punto de pegar un grito. Dentro hay una especie de saltamontes y doy un brinco en mi silla de plástico de color verde. Hawa ríe por mi reacción y me insiste en que lo pruebe. A pesar de la mirada inquisitiva de Johann, lo rechazo poniendo de excusa el agotamiento y la falta de hambre. Traen pollo a la brasa con arroz blanco y yo temo que sea cualquier otro bicho así que solo como el arroz. Durante la cena me entero que donde nos alojamos es una especie de casa de huéspedes que hoy en día pertenece a la administración, así que saber que no va a haber nadie más alojado me

tranquiliza bastante. Hawa tiene muchas ganas de que llegue el día siguiente para explicarnos todo el trabajo que están haciendo por la gente de la aldea donde se encuentran los niños y familias.

Al regreso siento un gran dolor en los pies, pero no me quejo. Johann ha vuelto a su estado normal de permanecer callado y serio mientras nos dirigimos por el camino de tierra. Una vez en el edificio donde nos alojamos, cierra la puerta principal y subimos a la segunda planta.

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondo entrando a la habitación.

Me cambio y me pongo un pijama que se compone de pantalón corto y camiseta de tirantes. Estoy agotada así que cuando me tumbo en la cama y coloco la mosquitera creo que voy a caer rendida nada más cerrar los ojos, pero después de una hora continúo dando vueltas en la cama y es de lo más frustrante. Todo es completamente diferente a como me imaginaba este viaje.

Capítulo 15

Apenas puedo dormir. Tengo calor, hambre y, voy a confesar, también miedo. Parece que estamos de okupas en un edificio casi en ruinas. Puede ser que aquí sea considerado de lo más lujoso, pero es infinitamente peor que la casa de las cucarachas de Londres.

Busco ropa para ponerme y poder salir al cuarto de baño cuando junto con una camiseta aparecen un par de chocolates que me había guardado en el aeropuerto. Los miro con deseo y sentándome de nuevo en la cama los como con deleite. Escucho pasos en el exterior y unos toques en la puerta.

—¿Julia?

—¿Sí?

—En veinte minutos pasarán a recogernos.

—Ok —susurro poniéndome en pie.

Me paso las manos por la cara e intento recogerme el pelo. Abro la puerta y me lo encuentro ahí, apoyado contra la pared, totalmente preparado.

—Buenos días —dice observándome con atención.

—Serán para ti —digo llevándome el último chocolate a la boca.

No se lo pido, pero veo que se sienta en la silla de plástico mientras mira su tablet.

En el baño observo las consecuencias de no haber dormido en toda la noche. Llevo el pelo enmarañado y los ojos hinchados por la falta de sueño. Me doy una ducha lo más rápidamente posible. Me visto con una camiseta y unos pantalones y vuelvo descalza hasta mi dormitorio. Intento guardar todo en la mochila para que no haya nada a la vista, pero todo lo que antes cabía en ella, ahora ya no lo hace, y me desespero. Doy varios golpes e incluso la dejo en el suelo y, tras colocar un pie encima tiro de las correas intentando cerrarla.

—¿Algún problema?

—Muchos —murmuro haciendo fuerza.

De pronto escucho un “clic” y dejo de hacer fuerza. El enganche ha cerrado.

Miro a Johann, va con ropa cómoda y parece totalmente despejado. Todo lo contrario a mí, siento que necesito cafeína en vena o me dormiré en cualquier sitio. Bajamos cuando escuchamos un claxon. Subimos a la furgoneta y cuando escucho de nuevo el sonido atronador de la radio me digo a mí misma que esto no ha sido una oportunidad, esto es realmente un castigo.

Para ir a la oficina pasamos de nuevo cerca del río. Es bastante ancho y nuestro guía intenta explicarme cómo ayuda a la gente de la ciudad tras crearse un sistema de riego para la agricultura y permitió su desarrollo. La verdad es que es un bonito paisaje, pero subo la ventanilla trasera cuando estoy a punto de ahogarme cuando junto a nosotros pasa bastante rápido un camión de grandes dimensiones y levanta una gran nube de polvo.

La oficina no parece estar muy lejos de donde nos alojamos, pero por la falta de carreteras hay que dar un gran rodeo. Cuando la furgoneta frena y se detiene, veo una placa sobre un lateral de la puerta donde estacionamos con el mismo logo que la empresa del señor Wayne.

—Aquí es —dice con orgullo el guía.

—Gracias —digo bajando del coche.

Hace un calor pegajoso horrible y eso que todavía no son las horas centrales del día. Una vez dentro nos espera una persona que se encarga de las tareas administrativas y el encargado de las finanzas de la zona de la empresa a la que representamos. Tras unos protocolarios saludos me guían a la parte trasera y veo una especie de almacén absolutamente abarrotado de cajas. Moussa, que así se llama el hombre, que lleva la oficina de Bongor, me mira divertido. Suspiro, dejo el bolso a un lado sobre unas cajas y le pido que me indique cómo están ordenadas y clasificadas. Es el primer día y este lio de cajas no me puede desanimar, pero Moussa me informa.

—No hay ningún orden.

Se me hace un nudo en la garganta, voy a tardar una eternidad en encontrar las informaciones que necesito.

Johann me mira serio y sale de allí junto a Moussa quien parece que nunca se había divertido tanto.

Con la luz de una simple bombilla que decora el desnudo techo intento descifrar lo que pone en algunas de ellas. Están llenas de papeles sin ningún orden así que abro una de ellas y acerco unos recibos a la luz cuando escucho a Johann aparecer de nuevo.

—Te he traído un café —dice acercándome una taza.

—Gracias —respondo centrada en los papeles que tengo en la mano.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta cruzándose de brazos junto a mí.

—Creo que mucha, pero ¿podrías preguntar si tienen algo para iluminar mejor? No consigo ver bien —digo con gesto triste.

Continúo centrada en el trabajo cuando vuelve a aparecer con una especie de farolillo que poco creo que pueda ayudarme, pero se lo agradezco. Antes de irse me trae una especie de pan plano y una botella de agua.

—No bebas nada que no esté embotellado. Vuelvo en unas horas —pide serio desde el quicio de la puerta.

—Vale —respondo tranquila abriendo una nueva caja.

Confieso que sin darme cuenta me bebo todo el café y el pan dulce que me ha traído mientras me desespero abriendo, cerrando y moviendo cajas. Esta todo lleno de polvo y algunas cajas parece que se han mojado y luego se han secado sin que nadie pusiera atención en ellas. Cuando al fin consigo encontrar una de las que estoy buscando me siento bajo la luz con el farolillo y leo por encima algunos de los documentos que extraigo. Incluso fotografío con la cámara del teléfono móvil algunos informes que me sorprenden por la cantidad de dinero aportado. Recuerdo los datos que vi en la oficina de Londres y que me ha facilitado la empresa y es mucha la diferencia. ¡Cómo echo de menos no tener una fotocopiadora en estos momentos y un par de compañeros que me ayudaran a ordenar por fechas! No me he movido de esa habitación y entonces me doy cuenta de que he bebido mucha agua por el calor que hace y que necesito un baño. Por gestos le pido a la persona que se ha quedado allí que necesito hacer pis. Al principio no me entiende, pero la necesidad hace que empiece a imitar los gestos de hombres y mujeres y al final con un “ya, yaaaa” me indica que le siga detrás del edificio donde me muestra una especie de caja grande donde hay un agujero y dos tablones para poner los pies. Estoy tentada a decirle que ya no lo necesito, pero finalmente cierro la puerta e intento hacer pis. Tampoco tiene que ser muy diferente a cuando el cuarto de baño de una discoteca está con el suelo sucio y tienes que aguantar la puerta con una mano y con la otra sujetarte la ropa. Cuando termino agradezco salir del cuarto y respirar un poco de aire, aunque es difícil con el calor que hace.

Vuelvo de nuevo a esa especie de almacén de papeles y muevo un par de cajas más buscando toda la información que falta. Me llevo una mano a la frente y me quito unas pequeñas gotas de sudor. No sé cuánto tiempo pasa, pero estoy agotada. Estiro las piernas en el suelo empujando una caja y de repente sale de detrás de ella un bicho enorme. Doy un grito a la vez que de un salto me levanto y corro hacia la puerta. No sé qué bicho es, pero estoy segura de que es venenoso. En el mismo momento en el que voy a salir por la puerta, Johann acude corriendo.

—¿Qué sucede? —pregunta agarrándome de los brazos mirándome a los ojos.

—¡Un bicho! Un bicho enorme amarillo de esos que la cola se le enrolla por detrás... —digo con el corazón desbocado.

En ese momento juraría que veo a Moussa sonreír.

—¿Te ha picado? —pregunta Johann con terror en los ojos.

—No, no —respondo alterada y moviendo nerviosa todo mi cuerpo como si bichos de todo tipo corrieran por mis piernas y brazos.

Johann se gira y habla serio con Moussa. Este se ríe y regresa al poco tiempo con dos farolillos más. El primero que entra de nuevo a la habitación es él y nos indica que podemos volver a entrar. Desde la puerta veo cómo observa las muchas cajas que he movido.

—¿Quieres descansar por hoy y mañana continuamos? —pregunta Johann a mi lado.

—Debo encontrar la caja de julio del año dos mil veinte.

—Márchese, usted descanse, ya ha movido mucha información hoy. Sé dónde está esa caja, no se preocupe que yo se la buscaré y mañana tendré preparado todo lo que busca —me indica Moussa.

—Pero puedo ayudar un poco más... —digo moviendo el cuello a un lado y a otro para estirar los músculos.

—No, no. Márchese, yo le buscaré todo lo que necesite —insiste haciendo gestos con las manos para que nos vayamos de allí.

—¿Te apetece conocer un poco la ciudad? —pregunta Johann con una mueca.

—De acuerdo —digo con un quejido—. Pero necesito mi bolso.

Entro de nuevo con cuidado y cojo el bolso, el cual me cruzo y salgo de allí lo más rápidamente que puedo. El bicho o escorpión o lo que sea eso no ha vuelto a aparecer y según han comentado no es muy normal que se encuentre por esta zona, pero yo estoy casi segura de que lo he visto. O puede ser debido al calor que hacía en ese cuarto toda la mañana que estoy segura de que sobrepasaba los cuarenta grados.

—Espera —Johann me detiene antes de salir a la calle y pasa su pulgar por una de mis mejillas rozándomela. El roce de su piel arde en la mía—. Tienes tierra por toda la cara. —Saca un pañuelo de su bolsillo al que le echa agua y me lo pasa por las mejillas y la frente con una mano, mientras la otra la coloca debajo de mi barbilla para levantarla.

Por un momento estando tan cerca de él y sintiendo sus manos sobre mi rostro temo que pueda darse cuenta de las ganas que tengo en ese instante de besarlo. Claro, si no fuera tan capullo el noventa por ciento de las ocasiones.

No puedo más que sonreír y darle las gracias y de pronto una sonrisa nace en sus labios haciendo que todo mi cuerpo se estremezca y flote.

Caminamos junto con nuestro guía cerca del río. Este se ríe cada vez que doy manotazos al aire por la cantidad de bichos que hay en suspensión cerca de la orilla. Vamos a una especie de mercado y nos explica el día a día y las costumbres de la mayoría de las personas de esa parte del país.

Con todo el lío del primer día no nos ha dado tiempo a comer, así que nuestro guía nos aconseja probar en uno de los bares que hay cerca del mercado. Él se sienta con nosotros y no deja de hablar. Habla sin parar y reconozco que me gustan mucho escuchar cómo habla con cariño de su país y de sus costumbres.

Llegamos a nuestro alojamiento cuando apenas quedan rayos de la luz del día. De nuevo estoy agotada y creo que hoy sí que caeré rendida en la cama y dormiré.

No he querido decir nada, pero las zapatillas me están destrozando los pies y cuando Johann cierra la puerta de la entrada y nos encaminamos hacia la escalera voy cojeando. Me duelen tanto los pies que me detengo y me siento en los primeros peldaños de las escaleras.

—Sube tú, ahora subiré yo —susurro, muerta de dolor.

—¿Estás bien? —pregunta, curioso.

—Sí —musito mientras oculto el rostro sin querer que vea que me caen las lágrimas causadas por el dolor.

—Dime qué te sucede —dice en voz baja deteniéndose en las escaleras.

—No puedo —contesto, cabreada conmigo misma.

—¿Por qué? —pregunta bajando de nuevo los escalones.

—Te reirías de mí.

—No me voy a reír de ti. Dime qué sucede.

—Creo que tenías razón, es el primer día y creo que esto me está viniendo muy grande. Hay un enorme caos en el almacén y dudo que pueda encontrar algo. Hace muchísimo calor, hay bichos por todas partes, no puedo dormir, tengo mogollón de hambre y no puedo caminar con estas zapatillas último modelo de mierda que me compré. Me han destrozado los pies...

Agacho la cabeza avergonzada por todo lo que acabo de reconocer y me limpio con el dorso de las manos las lágrimas que corren por mi rostro.

—¿A quién se le ocurre estrenar calzado cuando va a tener que andar mucho? —pregunta sentándose a mi lado.

—A *míiii* —respondo por si había alguna duda secándome de nuevo las lágrimas.

Se me escapa una risa en mitad del llanto, frustrada por lo idiota que me siento en esos momentos. Johann acerca su hombro al mío y me da un pequeño empujón.

—¿Llevas herida? —pregunta.

—Mucha —respondo moviendo el pie y mostrándole el talón.

—¡Ufff! —exclama abriendo mucho los ojos—. ¿Puedes andar?

—No mucho —respondo en un quejido.

Johann se levanta y sin pensarlo y darme tiempo a reaccionar pasa uno de sus brazos por mi espalda y otro por mis piernas y me alza sin apenas esfuerzo.

—Vamos a curarte esas heridas.

Estoy muerta de vergüenza, pero no me quejo en ningún momento mientras llegamos a mi habitación. Busco la llave en el bolso con intención de abrir la puerta.

—Tómate tu tiempo... —murmura Johann haciéndome reír con el tono sarcástico de su voz.

Meto la llave en la cerradura de la habitación y la abro pidiéndole que me deje ya en el suelo, pero Johann me lleva hasta la cama, quita la mosquitera y me deja sentada en el borde de la cama.

—Gracias —digo ruborizada.

—Espera un momento —dice levantando un dedo y saliendo de la habitación.

No tarda mucho y yo mientras tanto intento calmar la frustración y sensación de fracaso que

tengo encima.

—¿Qué es eso? —pregunto observando lo que lleva en las manos.

—Un botiquín para emergencias —responde tranquilo.

—Y ¿cómo te ha cabido eso en la mochila? —respondo sorprendida.

—Años de experiencia —responde con una media sonrisa guiñando un ojo.

Saca de su botiquín unos apósitos y coge la silla y la acerca a la cama. Se sienta e intenta agarrar uno de mis pies. Digo intenta porque al instante me da un sobresalto hace cosquillas y me da un sobresalto mientras aparto el pie de golpe.

—Perdona. No puedo evitarlo, tengo cosquillas —digo en tensión.

Al tercer intento me mira con sus intensos ojos y suspira profundamente dándose por vencido. Mientras doblo una de las rodillas y extendiendo mi mano para que me dé el apósito que coloco como él me indica en el talón y luego lo hago con el otro. Los talones me dan punzadas, pero me tranquiliza diciéndome que es normal y antes de salir de nuevo hacia su habitación deja sobre la cama un par de calcetines gordos suyos.

—Mañana ponte estos calcetines.

—Gracias —susurro, agradecida—. Gracias por ayudarme.

Ya en la puerta se gira, hace un gesto con la cabeza a modo de despedida y se marcha.

Me tumbo en la cama y a pesar del cansancio que tengo, no consigo conciliar el sueño. Doy vueltas y más vueltas en la cama hasta que finalmente me levanto de nuevo y abro la puerta que da al balcón. Saco con cuidado la silla y me siento mirando a la oscura ciudad que duerme tranquila.

No dejo de pensar en todo lo sucedido hoy mientras bostezo en un par de ocasiones, y estoy a punto de meterme de nuevo en la habitación cuando a lo lejos se escuchan voces alteradas y una columna de fuego destaca iluminando las casas de alrededor.

Algo se está quemando en la ciudad y por la posición diría que es muy cerca de donde estamos trabajando.

Capítulo 16

A la mañana siguiente cuando me despierto y me preparo poniéndome las zapatillas con los calcetines de Johann para ir de nuevo al zulo de las cajas y los insectos, me doy cuenta de que el dolor en los talones es mucho menor.

—Hoy puedo quedarme contigo y ayudarte a buscar —dice Johann mientras ambos esperamos a que aparezca nuestro guía.

Esperamos durante más de veinte minutos antes de que Johann intente localizarlo por teléfono, pero nadie contesta.

—¿Puedes caminar? —pregunta amable.

—Sí —contesto, segura—. ¿Sabes llegar?

Johann afirma con la cabeza y empezamos a caminar por el lateral de una de las pocas calles que he visto asfaltadas. Es temprano y los ruidos de las personas que empiezan su jornada empiezan a invadir el ambiente. Caminamos a un ritmo bastante rápido, solo nos detenemos cuando pasamos cerca del mercado y vemos un puesto con una especie de hogazas de una especie de pan y nos detenemos a comprar una. Hoy el ambiente parece enrarecido a medida que nos vamos acercando a nuestro edificio. Además, el olor a quemado a cada paso se hace más intenso. Debe de ser el incendio que vi a altas horas de la madrugada antes de quedarme dormida un par de horas en la cama.

Vamos caminando por calles principales hasta que Johann me indica que tenemos que girar por la siguiente calle y que estamos cerca.

Giramos, pero lo que vemos en ese momento es un montón de gente que se agolpa frente al edificio que ayer se levantaba y hoy está totalmente destruido. Aceleramos el paso hasta que llegamos donde se encuentra Moussa hablando con varios hombres. Miro con asombro lo que queda y de donde todavía salen pequeñas columnas de humo.

—¿Qué ha sucedido? —pregunto con los ojos muy abiertos.

—No se sabe todavía, pero hemos perdido todo el material —contesta, serio sin ni siquiera mirarme—. Usted fue la última persona que estuvo dentro.

Me giro hacia él sorprendida por lo que parece una acusación directa.

—Yo no he provocado esto —increpo.

De repente Johann y él empiezan a discutir. Yo decido apartarme de ellos y caminar entre las ruinas mientras veo como ha quedado la habitación del archivo. Está prácticamente todo quemado y las cenizas se amontonan donde ayer había infinidad de cajas. Continúo escuchando a los dos discutiendo mientras me acerco y hago un par de fotos con el teléfono móvil, no ha quedado nada que pueda aprovechar. Era muy frustrante no poder encontrar la información entre tantas cajas y papeles, pero más aún es verlo todo carbonizado y pensar en las terribles pérdidas de información y de la infraestructura de la empresa. Muevo con un pie un montón de cenizas que hay en el suelo y veo que hay una caja que no está quemada del todo.

—¡Eh, tú! Deja de tocar todo —grita Moussa, señalándome con el dedo.

—No le hables así —recrimina Johann volviendo a iniciar una discusión con él.

Saco el teléfono móvil y hago más fotos de todo lo que veo antes de que me vuelva a gritar el energúmeno de Moussa.

La gente que antes se agolpaba en la calle poco a poco va desapareciendo y pronto nos quedamos solos.

—Vamos, aquí no podemos hacer mucho más —indica Johann a mi lado.

—Y ¿qué vamos a hacer?

—Voy a mirar a ver si puedo cambiar los vuelos.

Veo que se aparta un poco de los escombros y saca el teléfono móvil. Miro a mi alrededor. No hay ninguna edificación más dañada por el incendio y la zona más afectada es la del archivo.

Johann me explica que ha llamado al bufete y que van a hablar con la empresa del señor Wayne y con la compañía aérea para los vuelos. Tardarán unas horas en contestarnos, así que me propone que volvamos a nuestro alojamiento y lo preparemos todo. Subimos a la camioneta cuando llega nuestro guía mientras continúa hablando de la mala suerte que hemos tenido haciendo un viaje tan largo y que haya pasado esto. Gracias al cielo ha sido en la oficina y solo ha habido pérdidas materiales. Ya habían sacado todo lo que tiene que llevar Hawa al pequeño poblado en el que trabajan con el material médico y fármacos para el casi ruinoso hospital que gestionan.

En el dormitorio intento por última vez revisar que no dejo nada atrás cuando Johann toca a la puerta.

—Julia, tengo que hablar contigo... —dice nada más abrir la puerta pasando al interior—. No se pueden cambiar los billetes, no hay vuelos antes o perderíamos casi dos días con escalas. No creo que valga la pena.

—¿Entonces? —pregunto sentándome en la cama decepcionada.

—Eso es lo que quería hablar contigo..., Hawa me ha propuesto que vayamos con ella a ver el trabajo de la escuela y el hospital... ¿qué te parece? Podremos ver de primera mano el trabajo, aunque no lo veamos en los papeles.

Creo que no tardo ni una milésima de segundo en dar un salto con una amplia sonrisa y aceptar la propuesta. Johann llama de nuevo y nos informan de que en un par de horas pasarán a recogernos.

—Ya lo tengo todo preparado, voy a salir a hacer unas cuantas fotos —digo convencida.

—¿Vas a ir sola? ¡No es seguro! —sermonea Johann.

—No pasará nada. No voy a estar aquí sentada hasta que vengan, al menos quiero ver algo de la ciudad antes de irnos...

—Voy contigo —asevera.

Me alegra que finalmente Johann se empeñara en venir conmigo, aunque no tanto cuando me hago algún que otro *selfie* mientras me mira fijamente. Creo que debe de pensar que soy idiota sonriendo a la pantalla del teléfono móvil.

Cuando pasamos por una especie de tienda pequeña en la que veo que venden botes de refrescos entro y él me sigue. Para mi alegría tienen barritas de chocolate y galletas. Compró casi todo el suministro que tienen, no estoy dispuesta a comer bichos ni a morir de hambre en estos días que quedan y me da igual las caras que ponga el estirado de Johann en estos momentos. Compramos una ración de comida en un bar cercano, el mío compuesto por arroz y salsa de maní, y nos vamos a preparar nuestras cosas y esperar mientras comemos antes de salir.

Comemos en silencio con nuestras mochilas a nuestro lado en las escaleras de la casa que en estos momentos hace sombra.

—¿Quieres un chocolate? —digo abriendo uno de la bolsa.

—¿Te das cuenta de que se te van a deshacer?

—Da igual, chuparé el papel, pero no comeré cosas con muchas patas —digo, orgullosa—. Es la última oportunidad que te doy. Cuando salgamos de aquí y pierda la posibilidad de comer comida normal, aunque me maten no pienso compartir ningún chocolate.

Johann ríe y alarga la mano. Busco en la bolsa y le doy uno riendo en el momento que la camioneta de Hawa aparca frente a nosotros. Guardo rápidamente todo en uno de los bolsillos grandes de la mochila y me incorporo junto a Johann que ya está saludando a Hawa y dejando la mochila en el asiento trasero. Imito sus gestos y voy a subir al asiento trasero cuando Hawa insiste en que vayamos los tres en la parte delantera. Para mí va a ser toda una experiencia. De pronto me veo sentada entre los dos con unas vistas increíbles del camino árido que empezamos a recorrer antes de que se haga de noche. Durante el trayecto nos tropezamos con algún que otro rebaño de esqueléticas vacas que cruzan la carretera obligándonos a frenar. Cuando llevamos más de cuatro horas de trayecto empezamos a ver pequeñas edificaciones primero esparcidas y luego un grupo de ellas en los bordes de la carretera. Los viandantes se hacen más visibles y vemos a varias madres con sus trajes coloridos cargar con sus bebés a la espalda.

Si la ciudad de Bongor me sorprendió, ahora estoy sin palabras. Hawa continúa conduciendo esta vez con mucho más cuidado hasta el final de lo que parece una calle que nos lleva a un edificio bajo de color azul y blanco. Es el hospital que he visto en alguna foto de los expedientes que he revisado mientras trabajaba en el despacho. Hawa detiene la camioneta y varios niños corren hacia ella con gritos y sonrisas abrazándose a sus faldas. Tras ellos llega una monja que nos da la bienvenida con la sonrisa más dulce que haya visto en la vida. Hawa nos presenta a todos y empezamos a descargar la furgoneta. Me fijo que casi todo lo que trasladamos es material hospitalario, pero también hay varios sacos de grano que cargan los hombres que acuden a recibirnos y los llevan a una especie de almacén. Mientras sigo sus pasos Hawa no deja de enumerar todo lo que están haciendo y los objetivos que ya han conseguido y sobre todo lo que esperan conseguir a través de más donaciones. Mi mente no deja de intentar retener toda la información que estoy recibiendo. Pero a la vez, mi alma se desangra conociendo todo lo que aún falta y la cantidad de problemas a los que se enfrentan. A la hora de cenar, me siento culpable por comer una ración que podría aprovechar alguna madre embarazada que lleva días caminando para llegar al hospital y poder dar a luz con más posibilidades de éxito. Poder llegar a un hospital es muy importante debido a la altísima tasa de mortalidad infantil que hay en el país. En un principio intentan que nos alojemos en una especie de hostel que hay cerca, pero ambos nos negamos categóricamente. Luego insisten en dejarnos sus habitaciones para que cada uno pueda dormir en una.

—Puedo dormir en la esterilla —informa Johann.

—Yo también —digo sin pensar—. No queremos causar ningún tipo de molestias estos días.

Tras la cena, salimos a tomar una especie de té que llaman *karkanji*¹³ que preparan habitualmente y nos sentamos en la entrada de la edificación donde duermen las monjas y voluntarios que hay en esos momentos. El cielo está completamente lleno de estrellas que brillan con intensidad. Se escucha alguna que otra voz a lo lejos, pero la paz que se respira es fascinante. Tras un buen rato hablando con Hawa y demás responsables nos quedamos solos Johann y yo con nuestra bebida.

—Es impresionante —digo sacando el teléfono móvil para hacer fotos al cielo—. Voy a subir

una foto, la gente va a alucinar.

—¿Todo lo que haces lo muestras en las redes? —pregunta Johann llevándose el vaso a los labios muy despacio.

—No todo —replico con una sonrisa—. Solo lo bonito.

—Y, ¿no piensas que eso es engañar a la gente?

—No seas aguafiestas. Yo no engaño a nadie. Mira que *fotaza* —digo mostrándole la pantalla en la que sale unas ramas de un árbol y todo el cielo repleto de estrellas detrás de mí.

—Es una bonita foto, pero... —dice casi en un susurro.

—No estoy mintiendo a nadie, el cielo es precioso y simplemente lo muestro —sentencio mientras me concentro en la pantalla de mi teléfono móvil para poner algo en la base de la foto y subirla—. Además, las redes me ayudan a contactar con la gente y mostrar las cosas que ellos no pueden llegar a ver por distintas razones. Les acerco una realidad.

Después de nuestra pequeña discusión sobre las redes sociales dejo mi vaso vacío junto al resto de vasos que hay sobre la mesa de fuera y entro a la habitación donde se supone que vamos a dormir. Nos han dejado un par de esterillas y hay una especie de sofá viejo. Estoy bastante enfadada, y con una especie de bufido que me sale de la nariz al respirar con fuerza, cojo dos de las esterillas y las extiendo en el suelo en un lateral del habitáculo.

—Puedes dormir en el sofá. Yo dormiré en el suelo.

Doy un respingo cuando escucho su voz en la habitación.

—¿Para luego gruñirme por algo más?

—No ha sido mi intención —responde rápidamente.

Me tumbo sobre las esterillas y apoyo mi cabeza sobre la mochila. No ha pasado ni un minuto cuando ya siento lo incómodo que es dormir en el suelo, pero no le voy a dar la satisfacción de levantarme e ir a tumbarme en el sofá.

Doy vueltas y más vueltas, me es imposible dormir y ante la frustración del insomnio, abro una de las cremalleras y saco un chocolate. En el silencio de la noche, romper el envoltorio sin hacer ruido es casi imposible. Puede que Johann tenga verdaderos ramalazos de engreimiento, pero tampoco quiero despertarlo. Y creo que está dormido porque lo escucho respirar a unos metros de donde me encuentro en el suelo. Pero no.

—Siento ser totalmente un carca —susurra.

Doy un fuerte suspiro.

—¿Te he despertado?

—Toda la habitación huele a chocolate y no dejas de moverte —murmura mientras lo escucho moverse en su esterilla.

—¿Habías dormido más veces así? —pregunto girándome hacia donde se encuentra tumbado.

Johann se ha girado hacia mi lado y el reflejo de la luna que entra por la ventana me ayuda a ver su rostro en mitad de la noche.

—Sí. ¿Y tú? —pregunta en un susurro.

—Alguna noche he dormido en el suelo de la habitación de alguna amiga después de salir de fiesta—digo con una mueca—, pero estaba tan borracha que no sentía las juntas de los ladrillos en la cadera como ahora.

No sé cómo sucede, pero de pronto me encuentro manteniendo una agradable charla en susurros con él. Eso me relaja y poco a poco voy escuchando su voz más lejana hasta dormirme.

A la mañana siguiente me despiertan los ruidos de griterío de niños pequeños. En un principio no sé dónde me encuentro, pero poco a poco voy recordando dónde estoy. Me giro y

descubro que Johann no está en la habitación. Ha doblado las esterillas y colocado junto a su mochila, pero no hay rastro de él. Estiro todos los músculos antes de incorporarme. Creo que me duele cada uno de ellos, pero finalmente consigo incorporarme mientras me froto los ojos con las manos y doy un fuerte bostezo. Miro hacia la puerta y de repente me doy cuenta de que desde la ventana hay una niña pequeña, descalza, observándome con curiosidad. Cuando se da cuenta de que la he visto y la saludo con una sonrisa, sale corriendo dando un grito. Intento ponerme lo más presentable que puedo y salgo al exterior. Hay una gran cantidad de niños corriendo frente al porche y pronto veo a una de las monjas que los insta a que se pongan en varias filas siguiendo las marcas que hay en el suelo. Algunos de ellos van descalzos y cargados de una vieja mochila en medio de muchas risas. Juegan unos con otros mientras se acercan a donde les indican. Cuando ven que los estoy mirando se giran hacia mí y empiezan a señalarme. Pronto me explican que soy una novedad para ellos y tienen curiosidad en saber qué hago allí.

No quiero molestar, así que pregunto por Hawa y me indican donde encontrarla. Se encuentra junto a otras personas en una especie de explanada a uno de los laterales de las edificaciones principales. Cuando me acerco veo a Johann con una camiseta azul llena de grasa y a Hawa explicándole algo mientras él golpea con un martillo lo que creo que es una tubería. Cuando me acerco me cuentan que muchos niños tienen que ir a buscar agua para sus casas y por eso no pueden acudir a la escuela, pero si tienen una fuente aquí, aprenden y al mismo tiempo cuando regresan a casa muchos de ellos lo hacen con el agua que necesitan sus familias. Ahora parece que una de las tuberías tiene alguna fuga y Johann se ha ofrecido para intentar arreglarla.

—Buenos días —dice secándose las pequeñas gotas de sudor que invaden su frente.

—¿Puedo ayudar?

—Claro, pásame la llave fija del trece —dice alargando la mano.

Miro en el suelo donde veo varias herramientas y cojo la que tiene un trece, grabado en uno de los laterales. Cuando se la paso, me mira con cierta admiración y hace uso de ella. Hace un calor horrible y apenas son las nueve de la mañana. Johann y el otro hombre no descansan hasta que de repente me piden que haga fuerza con una palanca y el agua empieza a fluir con fuerza. Cuando veo los recipientes de plástico que ha explicado Hawa utilizan para transportar el agua no puedo evitar empezar a llenarlos y dejarlos preparados para los niños cuando terminen sus tareas. También empujo la palanca mientras Johann se tira agua en las manos y se limpia la cara y los brazos. La mañana la pasamos de un edificio a otro mirando varios desperfectos que quieren reparar y durante un descanso Johann me pregunta si lo ayudaría a tapar unas grietas y pintar una de las salas donde se enseña a varias mujeres a coser.

Las enormes desigualdades que hay en esa zona del país hace que los pobres y marginados tengan muchísimas menos oportunidades de salir de la pobreza a pesar de ser una zona bastante rica en recursos. Se sabe que la pobreza afecta especialmente a las zonas rurales. En el país, más de la mitad de los ciudadanos sufren carencias graves y a través de los distintos programas de ayuda intentan luchar para tener agua potable, educación y contra la malnutrición de sus habitantes. Las mujeres y los niños son los más vulnerables y por eso se les intenta ayudar mientras muchos de los hombres viajan fuera para trabajar en la tierra que todavía no les ha sido confiscada para utilizarlas para la extracción de petróleo.

A la hora de la comida nos piden que nos sentemos en el patio con muchos de los niños que tienen una comida asegurada cada día gracias a las instalaciones de la escuela. Los niños comen con ganas y disfrutan de cada uno de los alimentos. Yo miro el plato que nos han servido.

—Come —Escucho susurrar a mi lado a Johann.

—No sé qué es esto —digo nerviosa.

—Te da igual lo que sea. Come. Es una descortesía si no lo haces. Te han cedido parte de su comida —murmura muy serio llevándose un poco de esa pasta a la boca.

Por un momento creo que voy a vomitar cuando veo cómo están sirviendo la comida y comiendo con las manos. Pero tras coger un poco con los dedos, me lo llevo a la nariz y, cuando veo la mirada asesina y muy seria de Johann, me lo llevo a la boca y lo mastico muy despacio. Mientras muchos de los niños duermen una pequeña siesta intento ayudar en el hospital para ver sus necesidades y en qué emplean la gran cantidad de dinero que les llega del señor Wayne. Me llevo una desagradable sorpresa cuando veo que mucho de las cosas que se supone que deberían estar hechas, no lo están.

—El año pasado se mandó el dinero para la adquisición de mesas de paritorio y un equipo de radiología. Yo vi el envío de dinero —digo observando varios recibos.

—No, eso no ha llegado —explica Hawa—. Y es una de las cosas más urgentes.

—Pero se envió —insisto.

—Pues no ha llegado nada, te lo puedo asegurar.

Saco el teléfono móvil y creo una nota con todas las necesidades que veo más urgentes y que me van contando. Tendré que hablarlo con Moussa, y espero que esté de mejor humor que las últimas veces que lo he visto. Recuerdo perfectamente que ese dinero había llegado. Estaba su firma.

En ese momento vemos a uno de los trabajadores entrar con una mujer embarazada, exhausta, que apenas puede moverse. Tiene los labios cortados, los ojos hinchados y en su rostro se le marcan los pómulos huesudos de una manera que nunca había visto hasta ahora. La dejan sobre una cama de hierro y me aparto cuando veo a Hawa correr pidiendo ayuda. El bebé va a nacer. Llega uno de los médicos y empieza a atenderla. Todo parece como una coreografía desesperada para salvar la vida de los dos mientras todo mi cuerpo tiembla apartada en una esquina. Tienen que realizar una cesárea o ambas morirán. Antes de que pueda darme cuenta de lo que está sucediendo tengo en mis brazos al bebé más pequeño y bonito que he cogido nunca.

—Sujétala.

Es lo único que escucho y tras ello, una explosión de llanto rabioso. El bebé está hinchando sus pequeños pulmones para agarrarse a la vida. No dejo de mirarla y acunarla para que se tranquilice mientras llora sin cesar y veo como el resto intenta salvar la vida de la madre. Hay sangre por todas partes cuando finalmente se dan por vencidos después de que el corazón de la madre haya dejado de latir hace un rato. No puedo dejar de acunar a la pequeña, hasta que me doy cuenta que Hawa está frente a mí frotando uno de mis brazos. No dejo de mirar en la dirección en la que en ese momento tapan con una sábana a su madre y todo mi cuerpo tiembla.

—Vas a estar bien, vas a estar bien —repito una y otra vez a la bebé.

No consigo ver mucho más cuando siento que las lágrimas caen sobre la pequeña cabecita con pelo rizado que sostengo.

—¡Julia! ¿Estás bien?

Es Johann que está junto a mí e intenta que le entregue al bebé. No me había dado cuenta de que estaba allí. Finalmente, se lo doy y este se lo entrega a Hawa, quien se hace cargo de ella.

—Necesito un momento —murmuro con el corazón totalmente en un puño mirándome las manos que ahora que no sujetan nada tiemblan con fuerza.

Me falta el aire y creo que me voy a desmayar, pero consigo salir de esa sala y cuando llego al exterior intento llenar mis pulmones de aire sin conseguirlo. Vuelvo a intentarlo, pero lo único

que consigo es correr en dirección a donde nos alojamos. No me cruzo con nadie y cuando llego cierro la puerta a mi espalda y me acurruco en una esquina de la habitación.

Capítulo 17

Tengo abrazadas las rodillas con mis brazos y la espalda apoyada contra la pared. Intento respirar, pero lo único que consigo es no poder parar de llorar. «¿Cómo es posible que no hayan podido hacer nada? ¿Qué va a suceder con la pequeña?», no puedo dejar de pensar en otra cosa cuando el ruido de la puerta al abrirse me distrae y levanto la mirada.

—Julia... te he estado buscando —susurra con voz amable Johann cerrando de nuevo la puerta tras él.

—¿Qué quieres? —pregunto agachando la cabeza contra mis rodillas que permanecen dobladas.

—Quiero saber cómo estás —dice acercándose—. ¿Puedo sentarme contigo?

—Preferiría que me dejaras sola, pero como sé que no lo vas a hacer, sí, puedes sentarte —murmuro sin levantar la vista.

—Es normal que no te encuentres bien después de la situación que acabas de vivir —dice sentándose junto a mí y apoyando su espalda en la misma pared.

—No, tú no te has bloqueado ni has empezado a temblar como una hoja. Tienes razón, todo esto me está viniendo muy grande y quiero irme a casa —sollozo acurrucada.

—Yo no tengo razón —contesta acercando una mano a mi hombro. En ese momento hago un movimiento brusco y le aparto la mano.

—Claro que tienes razón. Siempre has pensado que era una niñita que no se enteraba de nada y que lo único que hacía era perder el tiempo en el desván. Además de superficial e inexperta —respondo con hipidos—. Tienes razón, no debería estar aquí. No tengo nada de experiencia en campo, a mí también me sorprendió que me dieran el puesto. Pero necesitaba el trabajo y te juro por lo que más quiero que lo único que quería era hacerlo lo mejor posible. Últimamente ya me sentía cómoda en Londres y de pronto... todo esto y yo no puedo. No puedo ver a gente muriéndose de hambre, se me parte el alma ver a la gente llegar en esas condiciones al hospital y no puedo dejar de pensar qué pasará con esa pequeña, y con todos los que están en la escuela... y lo peor es que me siento, inútil, pequeña, minúscula diría yo y la cabeza va a estallarme. ¿Cómo voy a ayudar a cuidar de esta gente si yo no sé cuidarme a mí misma?

—No te preocupes. Cuidaré de ti —sentencia firme Johann a mi lado.

—Y, ¿por qué ibas a hacer eso? Siempre parece que a tus ojos lo hago todo mal. Resoplas un montón de veces cuando meto la pata.

—Yo no resoplo —apunta con un tono de voz más relajado.

Levanto la mirada y cuando lo miro no puedo evitar reír entre las lágrimas.

—Sí, lo haces.

—Vale, lo reconozco. Soy bastante inflexible y pienso que todo el mundo haría las cosas como yo. Pero cambiaré, tú eres la amiga de George y yo soy amigo de él. No te preocupes, te cuidaré como él lo haría —afirma convencido.

—Y, ¿qué demonios pinta George en todo esto? —pregunto confundida.

—¿No estáis juntos? —pregunta, sorprendido.

—*Nooo* —respondo tajantemente.

—Pero siempre estáis juntos...

—Porque él está locamente enamorado de mi compañera de piso y los dos tenemos casi la misma edad —replico al instante—. Además, fue la única persona amable con la que me tropecé en el bufete.

—Yo fui amable...

—¿Haciéndome un plano e indicándome dónde estaba tu despacho para que no te molestara?

Johann se lleva una mano a la barbilla que se frota y hace un ruido extraño debido a la barba que asoma en ella.

—Reconozco que eso no fue muy amable...

Doy un fuerte suspiro.

—Aquí me siento una inútil. No sé hacer nada.

—No digas eso. Tú controlas que los proyectos se cumplan. Has estado atenta a lo que puedan necesitar. Seguro que puedes aportar más a esta comunidad de lo que crees... Además, me has ayudado con la bomba de agua —dice dándome un pequeño empujón con su hombro en el mío.

—Eso ha sido casualidad... —digo mirándolo fijamente y levantando las cejas en un gesto gracioso—. ¿Crees que estará bien?

—¿Quién?

—El bebé... ¿Saldrá adelante?

—Estoy seguro. Luego podemos pasar a verla si quieres —propone, lo que provoca que la comisura de mis labios se curve un poquito hacia arriba—. ¿Me ayudas mientras con la habitación de la costura?

—No sé hacerlo.

—No te preocupes, yo te ayudo —dice haciendo un guiño rápido con su ojo derecho. Se levanta ágil del suelo y me tiende una mano—. Vamos, pongamos nuestro granito de arena en este proyecto.

Pasamos el resto del día encerrados entre las ruinosas cuatro paredes del taller de costura. Johann tiene mucha más paciencia de la que había imaginado y me enseña a amasar y a utilizar las espátulas. No han pasado ni dos horas y yo ya estoy totalmente llena de esa pasta de barro que se utiliza para reparar las grietas. La tristeza me ha invadido, pero Johann hace que por instantes me olvide de ello haciéndome trabajar a su lado.

—Julia, por aquí, por aquí, te estas quedando atrás —repite una y otra vez para que no me distraiga de lo que estamos haciendo.

Esa tarde, tras asearnos e ir juntos a ver al bebé, que descansa en una especie de cuna dormidita, me retiro a la habitación y a pesar de volver a dormir en el suelo, Morfeo llega sin esperarlo nada más recostarme en la esterilla.

Los dos días siguientes los pasamos reparando y pintando dos salas más. A la hora de la comida los niños suelen venir a buscarnos y tirar de nosotros para que vayamos a jugar con ellos. Incluso una de las tardes me tiro al suelo y coloreo con algunos de ellos, mientras Johann juega al fútbol con los más mayores. Cuando regresa a mi lado lo veo agotado y le sirvo un vaso de agua.

—¿Te das cuenta de que te estás manchando la ropa? —pregunta, burlón.

—¿Y? Es solo ropa —replico, conociendo que quiere irritarme con su observación.

—Has cambiado —susurra bebiendo de un trago el resto de agua del vaso.

—No mucho —digo con una amplia sonrisa.

Como cada tarde, los niños bailan al son de la música que se escucha de una radio destartada que hay sobre una silla. Sus movimientos son hipnóticos con una gran energía e intensidad. Hawa nos explica que es más que una danza, es una conexión entre la persona, la tierra y el resto de elementos. Es una verdadera fusión de todas sus creencias que les hace expresarse y donde los sonidos de los tambores hacen que el corazón palpita con fuerza.

—Baila con ellos... —dice con una amplia sonrisa.

—Nooooo, no sé —replico maravillada viendo a los más pequeños moverse al ritmo de la música.

Hawa dice algo que no entendemos, pero pronto los niños se acercan a mí y me rodean tirando de mi mano. Intento evitarlo, pero al final y entre las risas y ánimos de los presentes me coloco junto a ellos e intento imitar sus movimientos. No tardo mucho en cogerle el truco a alguno de los saltos y giros. Es divertido, muy divertido estar bailando con todos ellos que te agarran mientras ríen y te enseñan algo que es tan sencillo para ellos y tan complicado para mí. Ver sus caritas con esos ojos tan inocentes y brillantes hace que me olvide del resto del mundo. Tras unos minutos me quito los zapatos y le pido a Johann que me los guarde mientras flexiono las rodillas, basculando la cadera al ritmo que me muestran. Hawa no tarda en unirse a nosotros mientras da palmas y un par de enfermeras que han terminado su turno nos observan con una amplia sonrisa. Intento que Johann se una a nosotros, pero me es imposible.

—¡Vamos! —exclamo intentando tirar de una de sus manos.

—No sé bailar —replica negándose y riendo.

—Yo tampoco —digo intentando no perder el ritmo de los pasos.

Sigue negándose y tras hacer una mueca y sacarle la lengua de manera burlona vuelvo a meterme en el grupo al que se han unido más niños. De repente se escucha un fuerte ruido y por una de las tuberías del pozo empieza a salir agua. Al principio muchos de ellos corren a resguardarse, pero algunos nos quedamos bailando bajo el agua que cae sobre nuestras cabezas. Después del calor que ha hecho hoy es algo que agradecemos. De repente cesa y detenemos el baile y mirando en la dirección donde antes salía el agua refrescándonos. Entonces vemos a Johann con dos personas más taponando la salida de agua para no desperdiciarla. Gritamos divertidos quejándonos, pero sé que hace lo correcto.

La última noche que pasamos allí me cuesta coger el sueño.

—¿Qué te sucede? Vuelves a dar mil vueltas —pregunta Johann desde su esterilla.

—No me apetece irme —confieso y tras unos segundos añado—. Voy a echarlos mucho de menos.

—Tenemos que regresar.

A la mañana siguiente lo primero que hago es ir al hospital a ver a la pequeña. Siguen intentando encontrar parte de su familia mientras la cuidan en el hospital. La cojo en mis brazos y la acuno con cariño. Ya no llora cuando está en mis brazos y estos días le he estado dando yo el biberón. Una parte de mí tiene la ilusión de que me reconozca y que se acuerde de mí, pero la parte racional sabe que es muy pequeña y que es imposible. No puedo evitar las lágrimas cuando la dejo de nuevo en la cunita y me despido de ella.

—Eres una luchadora —susurro acariciando una de sus oscuras piernas.

—Lo es. Cuidaremos de ella —dice Hawa poniendo una mano en mi hombro—. Te escribiré y te mandaré fotos mientras Aicha esté con nosotros.

Me emocionó mucho que contaran conmigo para ponerle su nombre provisional y todos en la

sala coincidimos cuando me dijeron el significado del nombre... “Viva. Valiente y decidida”. Y ella era una pequeña guerrera que saldría adelante.

Cuando salgo al exterior me encuentro con el guía arriba de la furgoneta y a Johann cargando nuestras mochilas. Los niños se reúnen a su alrededor. Me limpio las lágrimas con las manos y respirando profundamente bajo los tres escalones que me separan de la tierra donde espera el coche, mientras lo miro con cariño.

—Parece un buen hombre —dice Hawa a mi lado en un susurro.

—Lo es —digo con una sonrisa, abrazándola.

Llevamos las mochilas prácticamente vacías ya que hemos dejado todo lo que hemos pensado que les podría venir bien. El pequeño botiquín de Johann, camisetas y cuando Johann me vio sacando todos los chocolates y galletas de la mochila, me miró fijamente y me sonrió, pero no solo con los labios, sentí que era algo mucho más interno.

—¿Estás segura? —preguntó burlón.

—Totalmente —confirmé sin dudar un solo instante.

Antes de subir a la camioneta los niños se empeñan en cantarnos una canción de despedida. Es una canción que me han enseñado estos días y canto con ellos intentando no llorar. Johann frunce el ceño y lo veo serio. Hawa nos pide que nos juntemos todos y nos hagamos una foto antes de marcharnos. Noto como todos se agolpan alrededor de nosotros junto a la camioneta y Hawa prepara la cámara y corre a colocarse junto al grupo antes del disparo. Hacemos una cuenta atrás y todos sonreímos. De repente siento el brazo de Johann rodeándome la cintura y no puedo evitar mirarlo con una sonrisa. Mi mirada se cruza con la suya que me pide permiso para dejar la mano allí. De pronto salta otro disparo sin estar preparados. Se escucha un griterío y poco a poco van desapareciendo todos hasta que apenas quedan tres personas que abrazamos y nos subimos a la camioneta. Frente a nosotros tenemos nueve horas de carretera hasta llegar al aeropuerto. Los primeros metros siento que dejo parte de mi corazón con esos niños a pesar del poco tiempo que hemos pasado con ellos. Miro al horizonte a través de la ventanilla.

—¿Todo bien? —pregunta Johann acariciando mi mano con su pulgar.

—Tenemos que buscar más recursos... —digo limpiándome una lágrima que corre por mi mejilla con el dorso de la mano.

—Siempre que no te dé por cantar para conseguirlos —exclama con broma.

—Ehhhh, ¿qué tienes que decir de mis cánticos?

—¡Ha sido horrible! —sentencia con una carcajada—. ¡Qué situación tan embarazosa!

Le doy un pequeño empujón con el hombro y él con cariño pasa un brazo por mis hombros y me acerca a su cuerpo dándome un beso en la cabeza.

Después de este gesto subir al primer avión es sentir como si el cuerpo flotara, pero cuando subimos al vuelo que nos llevará a Londres, es como estar en el cielo. Bajamos la mampara que tenemos entre los asientos y nos preparamos para dormir durante todo el vuelo de regreso a casa. Me giro en mi asiento que está totalmente recostado mientras acerco una mano al suyo.

—Gracias por cuidar de mí —susurro mirándolo a los ojos.

—Ha sido un verdadero placer —dice cogiendo mi mano y llevándosela a los labios para dejar un cálido beso en el dorso.

En ese momento siento que todo a mi alrededor desaparece y solo estamos los dos. Esta vez mi corazón no va acelerado temiendo lo que pueda pasar. El roce de sus labios en mi piel me produce la mayor de las calmas en mi corazón y de pronto noto que en sus ojos he encontrado un hogar donde me siento completamente segura.

Capítulo 18

Cuando el avión empieza a acercarse a Londres, el cielo va cambiando y pronto estamos rodeados de nubes grises. Aterrizamos cuando un gran aguacero está cayendo en el aeropuerto. Johann me ayuda con la mochila que ahora apenas pesa. Casi no hablamos y cuando salimos por la puerta de llegadas allí está el chófer del bufete esperándonos. Nos subimos uno a cada lado del asiento trasero y Johann le indica que tiene que pasar por mi casa y dejarme a mí primero. Él necesita ir al despacho un par de horas.

Miro por la ventanilla, todo es tan diferente. Aquí hay gente y coches por todas partes, los ruidos llenan la ciudad y, sobre todo, no se ve el sol y ya hace frío. El trayecto desde el aeropuerto al centro de la ciudad se hace pesado, a pesar de haber dormido durante todo el segundo vuelo.

Cuando finalmente el coche se detiene frente al edificio donde vivo, siento que no quiero bajarme y entrar al apartamento. Quiero permanecer más tiempo con Johann, pero no sé cómo decir algo. Carraspeo, lo miro forzando una sonrisa sin abrir los labios y me decido a bajar. Ha dejado de llover.

—Bueno, pues ya estoy en casa —digo—. Gracias por todo.

—Espera, te ayudo con la mochila —dice Johann abriendo la puerta de su lado.

—No te preocupes, apenas llevo nada.

Johann saca la mochila del maletero y me la da mirándome fijamente a los ojos.

—*Buenooo* —susurro cogiendo la bolsa con mis manos y agachando la cabeza—. Aquí acaba nuestro viaje.

—No tiene por qué acabar aquí —contesta Johann serio.

Sonrío, sonrío y en un torpe movimiento cuando él se acerca con los brazos extendidos, alargo mi mano para estrechársela a modo de despedida. Ambos chocamos y nos da una especie de ataque de risa. Nos movemos torpemente sin ponernos de acuerdo y entonces acerca los labios a mi mejilla y me da el beso más dulce que jamás haya sentido. Cuando estoy con él cada movimiento es como un nuevo descubrimiento de cómo mi cuerpo es capaz de reaccionar y hay algo en ello que me da paz, pero a la vez me asusta. Me sonrojo avergonzada, no necesito un espejo para saberlo. Da un paso atrás y me mira con una media sonrisa.

—Creo que nos han quedado muchas cosas por decir... —susurra con voz grave.

—Y cosas por hacer... —digo sin pensar sorprendiéndonos a los dos.

Y es que en estos momentos, cuando recuerdo su mirada en mitad de la oscuridad en aquella aldea perdida de un país de África, me arrepiento de no haber sido más decidida. Recuerdo cuando él acercó su esterilla y mientras hablábamos entre susurros con la luz que entraba del cielo estrellado por la ventana, me acarició en varias ocasiones la mejilla con el dorso de su mano. En estos momentos mataría por haberlo besado, por haber sentido sus labios contra los míos. Sentir su aliento cálido recorrer mi piel, junto al tacto de sus manos... Mi corazón empieza a latir con fuerza. Las primeras gotas de lluvia de nuevo hacen acto de presencia y empiezan a caer sobre nosotros.

—Te veo en el bufete —digo apartando las gotas de lluvia de mi rostro.

—Descansa —responde rozándome la mano y dando un paso atrás, añade a modo de despedida—. Hablamos.

Él se gira y se sube corriendo al coche que lo espera. Arranca y lo veo alejarse mientras la lluvia continúa cayendo sobre mi cabeza. No tengo ganas de volver a casa, quiero seguir compartiendo momentos con él.

—¡Julia! —escucho un grito desde arriba—. ¿Qué haces ahí plantada?

Miro en la dirección desde donde he escuchado el grito. Es Aliká que me hace gestos con el brazo. Muevo ligeramente la cabeza y corro hacia el portal. Al instante se escucha la puerta abrirse. Entro y cuando salgo del ascensor una vez llegados a la planta veo a Aliká esperándome en el quicio de la puerta con una toalla en la mano.

—Bienvenida forastera —dice con una amplia sonrisa.

Sky acude a la puerta, pero cuando nota un par de gotas caer sobre su precioso pelaje se da la vuelta y desaparece.

Entro a casa y tras saludar escuetamente me dirijo a la ducha. Creo que todavía llevo tierra de aquellas carreteras en el cuerpo. No pensaba tardar tanto, pero una vez bajo el agua caliente que me reconforta totalmente como me había indicado Aliká empiezo a pensar en lo felices que serían los niños de allí con una ducha con tan buena presión y con jabones con olores que te hacen soñar. Me visto con ropa cómoda y voy al salón donde me espera Aliká con un revitalizante té. «¡Qué diferente es del que tomábamos allí!», pienso llevándome la taza a los labios.

Poco a poco me voy acomodando en una de las esquinas del sofá y le cuento a Aliká parte de mi viaje. Estoy convencida de que podemos hacer algo más por ellos. Necesitan medicamentos, ropa, comida, pero también dinero para que no sigan quitándoles la poca tierra que tienen y para que puedan continuar sembrando cultivos. Aliká me da varios abrazos cuando se me entrecorta la voz mientras le relato las partes más duras de todo lo que hemos visto. Sin darme cuenta los ojos se me van cerrando.

Despierto cuando ya no hay luz en el exterior. Allí no se ven las estrellas, el cielo está nublado. Aliká me ha puesto sobre el cuerpo una cálida manta y yo me arrebujó con ella. Miro el reloj y me doy cuenta de que es casi media noche. Me levanto y voy a mi dormitorio en silencio. Sobre la cama encuentro a Sky que me mira con cara de pocos amigos cuando le pido que se haga a un lado para poder acostarme y de nuevo caigo en un sueño reparador agotada de todo el viaje y las emociones vividas.

A la mañana siguiente me levanto y veo que Aliká ha salido a correr y estamos Sky y yo solos en casa. Jugueteo un rato con él en la cama hasta que se cansa de mí, me da un arañazo y se baja de la cama. Decido mandar un mensaje a Pilar y tras dar a la tecla de enviar dejo el teléfono en la mesita de nuevo.

Entonces suena provocándome un sobresalto.

—¿Me estás diciendo que el borde inflexible tiene corazón? —pregunta en un grito—. ¡Joder! Necesito que me lo cuentes todo.

Y es que hablando con ella me doy cuenta de que los simples y pequeños detalles que ha tenido conmigo y con la gente que hemos visitado han hecho que mi corazón se derrita y que en muchas ocasiones me quedara alelada observándolo. Pilar y yo reímos con ganas, pero también llega el momento en el que nos ponemos serias y decidimos que tenemos que hacer algo y que hablaremos cuando vaya a La Haya por su cumpleaños.

Como temprano, solo he tomado un té esta mañana y el estómago ya me ruge. Cuando termino, miro a un lado y a otro. Ya he lavado y guardado lo poco que traía en la mochila y he colgado en una de las paredes de mi dormitorio un papel arrugado debido a las horas que lo he llevado en la mochila con un dibujo que me hicieron los niños y que he intentado estirar y alisar al máximo. Empiezo a estar nerviosa y tamborileo con la yema de los dedos la taza que sostengo de té. No tengo nada más que hacer, así que me visto y decido acercarme al bufete.

Nada más entrar por la puerta principal mi cuerpo está a punto de sufrir un colapso. Johann está apoyado en uno de los sillones de la recepción, con las piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos y con los brazos también cruzados sobre su pecho mientras habla con un tono de voz firme y serio con George. ¡Madre mía! Se ha afeitado y ahora que está más morenito por el sol de África, sus intensos ojos brillan aún más. «¿Cómo narices he podido ser inmune a este hombre durante todo este tiempo que llevo en el bufete?», pienso.

—¡Julia! —exclama George acercándose a mí con una amplia sonrisa.

Detrás de él, Johann, sin moverse de donde está apoyado, ladea la cabeza y entrecierra los ojos mientras me observa. A cada instante que pasa me pongo más nerviosa, entonces George llega hasta mí y me da un fuerte abrazo. Le devuelvo el gesto de cariño, pero cuando abro los ojos de nuevo veo a Johann que ha soltado los brazos y se dirige hacia nosotros.

—Tienes la semana libre, ¿qué haces aquí? —pregunta, serio.

Aunque bajo ese aspecto de hombre duro veo un ápice de sonrisa en sus labios.

—Nos echaba de menos —sentencia George—. Vamos, te invito a un té. Johann, ¿te apuntas?

—No, tengo mucho que hacer —dice apretando los labios.

—Eres la persona más responsable que conozco —responde George invitándome a pasar antes que él.

Cuando llego al quicio de la puerta, un sexto sentido me dice que me vuelva, así que me giro para mirarlo por última vez antes de irme y sus ojos están allí observando cada uno de mis movimientos. Sonrío y me doy cuenta de que mis mejillas se ruborizan.

«¡Joder! ¿Qué demonios me pasa? Tengo que dejar de actuar como una loca enamorada. Pero, es que creo que me he enamorado de Johann. Definitivamente estoy loca. No puedo hacer eso... ¿o sí? Era el hombre más detestable en el bufete y ahora cada pequeño pensamiento que tengo me lleva hasta él».

—Pareces renovada, feliz... —dice George entrando a su despacho—. Johann también lo parece, cualquiera diría que habéis pasado estos días en un *spa*.

—Ha sido agotador —digo dejándome caer en uno de los butacones que tiene en su despacho.

—Eso me ha contado Johann y que habéis tenido muy mala suerte con la información.

—Pero hemos vivido parte de la información con lo que hacen allí.

George me mira con una sonrisita y carraspea sentándose en un butacón junto al mío.

—¿Qué? —pregunto mordaz.

—Pensaba que regresaríais odiándoos el uno al otro. Pero ahora, hace un momento...

—¿Qué? —insisto.

—¿No te has fijado en cómo te mira? Además, ha dicho maravillas de tu trabajo y de tu comportamiento en el viaje... Blanco y en botella —dice con una amplia sonrisa.

—Pero ¡¿qué dices?! —

—¿Vosotras no notabais estas cosas antes? Pues parece que no es tu caso —dice burlón

picándome.

Durante el resto de la tarde mantengo una pequeña reunión con Blake que parece totalmente enfadado y no tarda ni cinco minutos en darme carpetazo, como se suele decir. Parece muy disgustado con lo sucedido con el archivo en Bongor y es como si la culpa fuera mía. Subo a mi despacho en la tercera planta y es como si un bofetón de realidad me hubiera bajado de la nube. «Ni que hubiera incendiado yo el archivo», pienso enfadada. Reviso la agenda y mando imprimir algunos documentos. Bajo a la segunda planta y cuando estoy sumida en una lucha con la impresora que siempre se atasca cuando más prisa tengo, escucho que alguien se acerca.

—¿Podemos hablar? —Escucho a mi espalda su voz.

Me giro de inmediato y una sonrisita boba aparece en mis labios.

—Claro —contesto más rápidamente de lo que pretendía.

«Mira que lo he visto veces con traje, pero ahora es diferente. ¿Antes le quedaban igual de bien?», pienso mientras me estremezco cuando da un paso hacia la impresora.

—¿Te queda mucho? —pregunta en un susurro con una media sonrisa.

—Solo es esta maldita impresora que no quiere escupir el papel... —respondo nerviosa cuando se acerca a escasos centímetros de donde me encuentro.

Escuchamos pasos en el pasillo.

—Edwards..., te buscaba —dice Blake con cara de pocos amigos.

—¿Es urgente? —pregunta, serio, frotándose las manos.

—Sí, seguro que es más urgente que todo lo que hace esta chiquilla —espeta maleducado.

Parece que sigue enfadado por lo de los archivos.

Johann me guiña un ojo y se gira sobre sus talones, pero antes de dar un paso hacia el pasillo, cierra el puño y le da un fuerte golpe a la impresora sobresaltándome. Al instante las hojas empiezan a salir. Sorprendida miro a Johann que hace un gracioso movimiento de cejas y sale al pasillo.

Cuando termino de trabajar no lo veo por los pasillos así que decido subir de nuevo a mi despacho. Preparo todo el trabajo para la mañana siguiente y cuando veo que no se oye a nadie por el edificio y la segunda planta está desierta, me desilusiono. Siento como un puñetazo en el pecho. Pensaba que Johann me esperaría o me buscaría cuando terminara con Blake. Decepcionada por todas las increíbles ilusiones que me había hecho, me marchó a casa. Creo que voy a dar un paseo hasta casa y así paso por el supermercado. Mirar las estanterías llenas de comida no me alejan nada el desencanto que siento así que finalmente, y tras comprar lo necesario más un helado que sé que le gusta a Alika, salgo de allí pensando en ahogar mis penas acompañándola esta noche con un poco de helado sin azúcar, sin grasas y supongo que con mucho hielo.

Estoy metiendo la llave en la cerradura de casa cuando noto mi teléfono móvil vibrar en el bolso.

Johann Edwards

Te he estado esperando en el despacho.

He subido a buscarte y ya no estabas.

Me hubiera gustado hablar contigo.

De repente me duele la cara de la sonrisa tan amplia y tonta que me ha brotado de los labios. Cierro la puerta tras entrar y le doy a contestar.

Yo

*No he visto a nadie.
He bajado a la segunda planta y estaba todo oscuro.*

Paso la cerradura de seguridad y entro mirando la pantalla del teléfono móvil.

—¡Hola! —Escucho de repente la voz de George.

—Hola, ¿qué haces tú aquí? —pregunto extrañada.

Un pequeño carraspeo que viene desde pasillo por parte de Alike me deja las cosas bastante claras.

Johann Edwards

¿Te apetece tomar algo?

Yo

Me encantaría :)

—¿Con quién hablas? —pregunta George con curiosidad.

Johann Edwards

¿Voy a tu casa?

Yo

¿Quéééé? Nooooo

Johann Edwards

¿No quieres que vaya o no quieres hablar?

Yo

George está aquí.

Johann Edwards

Entonces, ¿estás ocupada?

Yo

*Nooo. George está con Alike
Nos vemos en otra parte.*

Johann Edwards

De acuerdo. Te mando el chófer.

Yo
Qué pijo te ha quedado eso.

Johann Edwards

Ja ja ja

Entonces te mando al guía para que te traiga aquí.

Yo
Genial.

Cuando veo que se desconecta, bloqueo la pantalla y guardo el teléfono en el bolso. Levanto la mirada y veo a Alike sentada con las piernas estiradas por encima de las de George. Me observan curiosos. Doy un profundo respiro.

—He traído tu helado favorito. No tengo tiempo —digo lanzando la bolsa de la compra al sofá—. Lo siento, no tengo tiempo. No os comáis todas mis galletas ni el queso.

Antes de terminar la frase ya he entrado a mi dormitorio y he lanzado el bolso sobre la cama. Abro las puertas del armario con desesperación. Voy pasando perchas, descartando opciones hasta que llego a una falda corta con un poco de vuelo que me encanta. «Hoy es tu día», le digo mentalmente a la falda. La dejo sobre la cama y saco un suéter de color azul claro. «Me encanta la combinación». Corro hacia el cuarto de baño y tras una ducha rápida, me maquillo, me pongo la ropa que he seleccionado y salgo corriendo al salón. Los dos continúan en el sofá mirando la tele con un bol de helado que comparten.

—Me voy —digo rauda—. Pasadlo bien.

—¿Qué? —pregunta Alike— ¿No te quedas con nosotros?

Vuelvo sobre mis pasos y asomo la cabeza al salón.

—Nooooo.

En la entrada me pongo los zapatos y abro la puerta decidida. El ascensor todavía está en la planta y lo interpreto como una señal de que el universo me está ayudando. Cuando abro la puerta de la entrada veo al chófer esperándome en el coche. Me abre la puerta trasera y subo decidida. Ya sentada en el asiento trasero me doy cuenta de que me tiemblan las rodillas y las manos. Puedo echarle la culpa a que he ido muy deprisa, pero en realidad sé que es porque voy a ver a Johann y, además, fuera del trabajo y vamos a poder hablar tranquilamente sin que Blake o nadie nos interrumpa. El coche de pronto se detiene junto a una bonita casa.

—Ya hemos llegado —dice con amabilidad.

—Gracias.

Bajo del coche y encuentro frente a mí una impresionante casa blanca con la puerta de entrada negra. Estoy mirando las columnas que decoran la entrada cuando se abre la puerta.

—Has llegado —dice Johann con una amplia sonrisa.

—He llegado —respondo nerviosa.

—Pasa —dice abriendo la puerta y dejándome paso—. Permíteme tu abrigo.

—Siento haberme ido sin encontrarte —digo observando cada detalle de la entrada.

—Ya lo has hecho —dice rozándome la mano con la suya cuando se detiene junto a mí.

Me giro y lo miro a los ojos. Son tan bonitos, tan intensos, tan sexis. Le agarro la mano y entrelazo mis dedos con los suyos. Su tacto es cálido y siento como por un instante ambos nos estremecemos. Johann mira en la dirección de nuestras manos unidas. Levanta la mano arrastrando la mía que se la lleva a los labios y la besa con suavidad. Lo miro a los ojos y en ese momento nuestras miradas conectan de una forma especial. «Espero que él sienta lo mismo que yo, porque esta tensión sexual me está matando». Me giro y paso una mano por su hombro, me pongo de puntillas y acerco mis labios a los suyos. Creo que llevo demasiado tiempo esperando esto cuando con el simple roce de su cálida piel todas mis terminaciones nerviosas se activan. El silencio en ese momento es tan denso que parece que solo se escucha el sonido de nuestros corazones acelerados. Siento que mi mundo deja de girar en el momento que nuestros labios se abren y nuestras lenguas se buscan despacio al principio para continuar con desesperación. Echo mis manos sobre su cuello y enredo los dedos con su pelo. Es corto y suave. Johann pasa sus manos por mi cintura y dejo que me estreche más fuerte contra su cuerpo. «¡Madre mía! Podría pasarme la vida besándole», y es que siento que ahora que nuestras bocas están unidas en este largo beso hay algo que me tiene pegada a su cuerpo y no puedo separarme de él. Podría pasar así horas. Me permito inhalar el aroma que le rodea. ¡Joder! Huele tan bien que temo perder en cualquier momento el sentido de lo nerviosa que me encuentro. Nuestros labios finalmente se separan y Johann apoya su frente contra la mía. Está tan cerca que su nariz y la mía se rozan.

—¿Quieres seguir? —pregunta en un susurro.

—Sí —digo sin apenas respirar.

—¿Estás segura?

—Creo que es lo que más deseo desde hace días —digo con un leve gruñido.

Johann sonríe, una de sus manos abandona mi cintura y la pasa por mi nuca acercando de nuevo mis labios a los suyos y esta vez no es lento, ni suave, ni delicado. Esta vez me besa con una pasión y una devoción que nunca había sentido. Dobla un poco las piernas sin llegar a separarnos y pasa sus manos por mis caderas. Me agarro a sus hombros mientras rodeo su cuerpo con mis piernas. Por un momento creo que voy a tener mi primer orgasmo en sus brazos. Johann con sus manos sujetándome por el trasero se mueve y empieza a subir las escaleras. Un solo roce más y creo que no voy a poder parar. Abro un instante los ojos.

—¡Joder! Menudo *casoplón* —digo separándome de sus labios cuando veo desde la escalera lo que creo que es el salón.

Johann suelta una carcajada y sonríe mirándome a los ojos. Una de sus manos tira de mi jersey y yo lo ayudo levantando los brazos y sacándomelo por la cabeza.

—Si vas a distraerte con la casa cierra los ojos hasta que lleguemos al dormitorio —dice con una amplia sonrisa.

—Siempre supe que eras todo un clásico... el dormitorio —replico intentando bajar mi agitación.

—¿No querrás que te tumbe en las escaleras y cuando me ponga encima te claves todos los escalones?

—¿Y a ti quien te ha dicho que vayas a ser tú el que esté encima? —digo con una mueca divertida.

Ambos reímos mientras Johann termina de subir las escaleras y me lleva por un pasillo mientras besa mi cuello y a mí se me escapa un leve gemido. Mis manos luchan para

desabrocharle los botones de la camisa y cuando llegamos junto a una enorme cama, se la quito por completo. ¡Joder! Si vestido está para quitar el hipo, sin camisa te quita hasta la respiración. Con suavidad me deja sobre la cama y con cuidado se pone sobre mí, apoyando los codos a los lados para no dejar todo su peso contra el mío. Las yemas de mis dedos arden al acariciar su espalda. Sus labios abandonan los míos y empieza a bajar por mi cuello, mi clavícula y llega hasta mi sujetador que quita con destreza mientras besa y muerde mis pechos. Curvo mi espalda mientras vuelvo a gemir. Sus manos buscan el botón de mi falda y bajan con destreza la cremallera. Johann va dejando un reguero de besos por mi estómago hasta llegar a la cinturilla de la falda que baja separando su cuerpo del mío que se estremece cuando deja de estar en contacto. Mientras él intenta deshacerse del resto de mi ropa me incorporo y desabrocho su cinturón con ansia. Estoy a punto de perder el equilibrio y ambos reímos por nuestros movimientos torpes y llenos de anhelo de sentir el contacto de nuestros cuerpos. Johann se apoya en uno de sus brazos mientras roza su nariz con la mía para besar de nuevo con pasión mi boca que lo recibe de nuevo con avidez. Junta su frente con la mía mirándome a los ojos fijamente como preguntándome si quiero seguir. Muevo la cabeza de manera afirmativa y ambos sonreímos. Johann se mueve un momento y saca un condón de uno de los cajones de la mesita que hay al lado de la cama. Mientras lo abre y se lo coloca me mira con esos ojazos grises que hacen que me acelere y él lo sabe. Una media sonrisa ladeada aparece en sus labios cuando vuelve a tumbarse sobre mi cuerpo abriéndose paso entre mis piernas que lo reciben con ardor. Sus movimientos son lentos pero precisos y nuestras miradas vuelven a unirse mientras se introduce y se hunde en mí. Frunzo el ceño y jadeo con la respiración entrecortada curvando la espalda mientras él no se detiene hasta que está totalmente dentro de mí. Pasa uno de sus brazos con cuidado por mi nuca cuando estoy empezando a acostumbrarme a su deliciosa invasión. Empieza a mover sus caderas provocando que todos los músculos de mi sexo se contraigan intentando retenerlo. Paso mis manos por su espalda acariciándola y agarrándome a él mientras elevo las caderas rodeando las suyas en el momento que con un movimiento certero vuelve a introducirse esta vez mucho más rápido. Siento que nuestros corazones se aceleran junto a los movimientos cada vez más rítmicos y fuertes. Nuestras bocas se llenan del ruido de nuestros gemidos ya sin saber a quién pertenecen cuando siento que mi cuerpo empieza a tensarse teniendo pequeños espasmos mientras me agarro a él para que no pare y siga con sus movimientos hasta que siento que mi cuerpo estalla en minúsculos pedazos de ardientes sensaciones. Tras dos movimientos escucho un sonido gutural de Johann que hace que lo rodee con mis piernas y brazos abrazándolo con fuerza.

Siento como si nuestros corazones fueran a estallar de un momento a otro por lo acelerados que van, pero poco a poco ambos intentamos recuperar el aliento cuando Johann se separa de mí y se tumba en la cama y veo su pecho subir y bajar mientras respira acelerado. Todavía tiene uno de sus brazos bajo mi cuello acariciando con la yema de sus dedos mi hombro. Coge aire y con la mirada más intensa que le he visto nunca, me atrae hacia su cuerpo y me abraza con ambas manos. Baja un poco la cabeza y me da primero un beso en los labios y luego uno que deja sobre mi cabeza antes de dejarse caer agotado contra la almohada.

No hablamos hasta que pasa un rato. Solo acaricia mi hombro mientras yo apoyo la mano en su pecho y rozo, jugando con mis dedos, el escaso vello que tiene.

—¿Cómo estás? —susurra finalmente.

—En serio me lo preguntas —respondo abriendo mucho los ojos y soltando el aire de mis pulmones ruidosamente.

Johann ríe y ese sonido es magia.

—¿Tienes hambre?

—Mucha —respondo apretujando mi cuerpo contra el suyo.

—¿Pedimos algo? —dice abriendo una aplicación en su teléfono móvil.

—Vale.

Mientras Johann revisa las diferentes opciones de la aplicación, me indica dónde está el cuarto de baño. Puede que debiera tener algo de pudor, pero creo que ya no hay nada que no haya visto así que salgo de la habitación caminando totalmente desnuda.

—Deberías ponerte algo encima si no quieres distraerme y quedarte sin cena —dice socarrón.

Río llegando al baño y cierro la puerta detrás de mí. «¡Joder! Menudo cuarto de baño», pienso mirando desde la puerta. Cuando termino y vuelvo a la habitación Johann ya se ha levantado y puesto un pantalón. Miro a un lado y a otro, pero no encuentro mi jersey, así que me agacho y cubro mi cuerpo con su camisa. Mientras abrocho los botones acerco la tela a la nariz e inhalo su olor. Todo huele a él y no puedo evitar sonreír.

—Te queda mucho mejor a ti que a mí, y aún más sabiendo que no llevas nada debajo —dice pasando por mi lado y dándome un cálido beso en la mejilla—. Vamos a la cocina —dice agarrando mi mano con seguridad y tirando de mi brazo para que le siga.

—¿Vives aquí tú solo? —pregunto mirando desde arriba de la escalera el salón.

—No —contesta haciendo que me detenga y me quede paralizada.

«¡Joder, que voy semi desnuda!».

—Tengo un perro..., pero ahora está en el campo, en casa de mis padres —dice soltando una carcajada.

—¡Qué gracioso! —exclamo en un gruñido doblando el labio y moviendo la cabeza.

—Si hubieras visto la cara que has puesto... te has quedado completamente blanca —dice subiendo de nuevo un escalón y besándome en los labios—. Vamos, que la cena está a punto de llegar. ¿Mesa o barra en la cocina?

—Me da igual mientras no sean saltamontes lo que hayas pedido.

Mientras me pasa un par de copas y unas elegantes servilletas de tela, tocan a la puerta y Johann va a atender al repartidor. Vuelve cargado con dos bolsas enormes que deja sobre la piedra. Cuando empieza a abrir la comida me doy cuenta de que para nada son hamburguesas con patatas o *pizzas*... hay toda una selección de platos de lo más elaborados. Tras servir la comida y una copa de vino para cada uno nos sentamos en las sillas altas de la barra.

Reconozco que la cena es una delicia y los dos comemos con ganas mientras hablamos. Luego Johann enciende la chimenea y tomamos el postre hablando y riendo para acabar de nuevo en la cama, acariciándonos y besándonos hasta caer rendidos y dormirme entre sus brazos.

Capítulo 19

Me despierto cuando Johann aparta un mechón de pelo de mi cara.

—¡Buenos días! Siento haberte despertado —dice sentándose a mi lado en la cama.

—¡Joder! Me he dormido. Perdona —respondo viendo que él va impecable y yo continúo desnuda entre las sábanas de su cama.

—No pasa nada, puedes descansar cuanto quieras. Me marchó, tengo una reunión —dice cogiéndome de la mano y entrelazando sus dedos con los míos—. Desayuna, tomate tu tiempo, llámame y te mando al chófer para que te lleve a casa.

—Uuum —gruño arrebujándome entre las sábanas—. Gracias, me ducho y me marchó.

—Te llamo luego —dice levantándose y dándome un rápido beso en los labios.

—Creía que tú también tendrías unos días libres —digo cuando va a salir por la puerta de la habitación.

—Soy socio —responde con un guiño—. No me lo puedo permitir.

Veó que se coloca la chaqueta del traje nada más salir de la habitación y escucho sus pasos bajar por las escaleras. Me vuelvo a tumbar en la enorme cama y me abrazo a su almohada. Huele a él y con una pequeña sonrisa rememoro lo sucedido la noche anterior. Permanezco en la cama con cara de boba hasta que mi estómago empieza a mandar señales de que tengo que darle algo de comer. Me meto en la impresionante ducha de su cuarto de baño y me enjabono. El aroma que enseguida llega a mis fosas nasales y al instante es como si Johann estuviera a mi lado. Disfruto de una larga ducha y cuando salgo, voy al vestidor y le cojo prestada una camisa. Bajo descalza a la cocina y me doy cuenta de que sus puertas dan a un jardín exterior con terraza. «Yo intentando no compartir casa con cucarachas y él viviendo en este castillo». Abro la nevera y me quedo un rato observando su interior. Está todo ordenado y dispuesto de la mejor forma. Dicen que el orden de la nevera de las personas dice mucho de ellas, y esta nevera me está diciendo a gritos que Johann es el “Rey del orden”, aunque eso yo ya lo sabía. También dice que come comida sana y a mí en estos momentos solo me apetece un cruasán con un café bien cargado.

—¡Aaaaaah! —grito sobresaltada cuando cierro la puerta de la nevera y me tropiezo a una señora con una sonrisa enorme.

—¡Buenos días! Soy Margaret, el señor me ha llamado para decirme que estaba usted aquí. ¿Puedo ayudarla en algo? —dice con una voz calmada.

—¿Podría decirme como hacerme un café? —digo con una de mis manos todavía en el pecho intentando que el corazón no se me salga.

—Claro, no se preocupe. Yo me encargo —dice afable y en menos de un minuto tengo frente a mí una taza con el café más delicioso e intenso que nunca haya probado.

—Si no necesita nada más yo continuaré con mis quehaceres en la casa —dice con voz dulce dándose la vuelta—. Avísame si necesita ayuda.

—Gracias —respondo.

Me tomo el café mientras miro la pantalla de mi móvil y entonces veo un mensaje de Johann

avisándome.

Johann Edwards

*No te asustes si Margaret está en casa.
Ella no te molestará. Avísala si necesitas algo.
Es como de la familia.*

Yo

*Gracias por avisar con tiempo.
Me ha pillado cotilleando tu nevera vestida solo
con una camisa tuya.
Y por poco muero de un infarto.
Es sigilosa como un ninja.*

Johann Edwards

*Jajaja seguro que estás de lo más sexi.
Me hubiera encantado ser yo el que te ha sorprendido.
Tengo un almuerzo de trabajo, pero ¿cenamos juntos?*

Yo

*Debo ir a casa a por ropa.
Te he cogido ropa prestada.*

Insiste en enviar al chófer para que me lleve a casa, pero le digo que me apetece pasear y que seguro que encuentro la manera de regresar con el transporte público. Termino de tomarme el café y tras ponerme la falda, me despido de la señora Margaret que también insiste en que el chófer me puede llevar a donde quiera.

—No se preocupe. Solo dígame la parada de metro más próxima—pido educadamente.

—No hay muy buena combinación... —responde aclarándose la garganta—. Está mucho más cerca la parada de Palace Gate del bus.

—Supongo que la gente que vive en esta zona no utiliza mucho el transporte público —digo provocando que salga una risita de la garganta de Margaret.

Tras cerrar la puerta miro al cielo. Por extraño que parezca está despejado y busco en mi bolso las gafas de sol de pasta roja que son mis favoritas y pocas veces he podido utilizar en este país. Camino decidida siguiendo las indicaciones que me ha dado Margaret y pronto veo la parada del bus. Todavía quedan bastantes minutos para que pase el siguiente, así que después de ver que nunca he estado por esta zona decido caminar bordeando los jardines de Kensington. Llevo andando más de treinta minutos cuando veo la primera boca de metro y me meto en ella.

Definitivamente estoy lejos de casa y tengo que hacer trasbordo para llegar. Cuando cierro la puerta de mi casa, escucho a Alike que está en el salón realizando su vídeo de ejercicios que suele hacer cada día. Es la primera vez que la veo ya que yo a estas horas siempre he estado trabajando.

—Buenos días —dice de lo más alegre levantando su rodilla derecha y bajando el codo hasta

ella.

—Buenos días —digo—. No entiendo cómo puedes tener esa alegría haciendo tanto ejercicio.

—Es adictivo —informa con una amplia sonrisa—. Espero que ayer no te sintieras incómoda..., nos estamos conociendo.

—Genial —respondo sabiendo lo mucho que a George le gusta ella.

Cuando termina sus ejercicios viene en mi búsqueda y se tumba en mi cama mientras yo estoy sentada en ella leyendo unos folios del trabajo.

—¿Quieres que salgamos a almorzar juntas? Todavía no lo hemos hecho.

Y creo que es la mejor de las ideas. Vamos a un japonés donde hay una especie de menús. Nos sentamos en una de las mesas apartadas. Alike insiste en hacernos un *selfie* y subirlo a las redes. Entonces me doy cuenta de que hace días que no entro a mis redes sociales y cuando lo hago tengo un montón de mensajes pendientes. Me entristece que al principio hiciera fotos del viaje, pero luego ya no hice ninguna. Alike y yo hablamos del viaje, de los niños, de nuevos proyectos y finalmente hablamos de George y de Johann. Creo que vivir con ella es una de las mejores oportunidades que el destino puso frente a mí y se ha convertido en mi mejor amiga aquí.

Durante la tarde me quedo sola en casa con Sky y hablo con mi familia. Me preguntan sobre cuándo podré tener días libres para ir a visitarlos. Les comento que voy al cumpleaños de Pilar en unas semanas y que no podrá ser hasta más adelante. El resto de la tarde la paso entre papeles apuntando ideas para poder recoger más dinero para el hospital y la escuela del Chad. Alike me ha propuesto hablar con Archer, a pesar de que ambas sabemos que va muy liado. También utilizando sus contactos en el mundo de la moda podríamos organizar algo. Son solo pensamientos, pero la cabeza me bulle con todas las ideas posibles que se me van ocurriendo.

Johann Edwards

Paso a recogerte en veinte minutos.

El mensaje de Johann me saca de mi productiva tarde. No me he dado cuenta de lo rápido que ha pasado el tiempo. Rápidamente ordeno todos los papeles que tengo sobre la mesa y me doy una ducha rápida. Me arreglo el pelo y apenas me maquillo, pero al menos me delineo la raya de los ojos y me pinto los labios de mi color rojo favorito. Siempre me hace sentirme más sexi y eso unido a ir a cenar con Johann me ilusiona. Cuando recibo la llamada para avisarme de que están abajo esperándome, corro hacia el armario cojo un abrigo y salgo corriendo, cerrando la puerta.

Cuando llego a la entrada veo el coche detenido junto a la puerta y hago un gesto con la cabeza y levanto mi pie haciendo un gesto gracioso cuando Johann baja la ventanilla.

—¿Sabéis que está prohibido estacionar aquí? —digo cuando baja y me abre la puerta.

—Entonces no deberías tardar tanto... —responde Johann con una mueca.

—Estaba acicalándome —digo riendo.

—Estás perfecta —sentencia Johann agarrando mi mano y llevándosela a los labios para besarla.

Ha reservado para cenar en un restaurante de lo más elegante y por un momento siento que no voy lo suficientemente arreglada y me incómodo.

—¿Qué piensas? —pregunta cuando respiro profundamente.

—¿Sabes? Entre comer saltamontes y este sitio hay por medio muchas opciones —digo con una sonrisa nerviosa.

—¿Prefieres que vayamos a otro sitio?

—Te lo agradecería —confieso turbada.

—De todas formas, vas conmigo... ¿seguro que no te quieres arriesgar? —pregunta con una sonrisa.

Finalmente, esa noche cenamos en uno de los restaurantes más elegantes de la ciudad y tal como me había dicho, la comida es una verdadera delicia. Y la velada pasa de manera increíble mientras le cuento todos los planes que se nos están ocurriendo a Alike y a mí para los niños. Johann me escucha atento y eso es algo que me entusiasma. También le comento que su casa tiene la boca de metro más cercana “en el quinto carajo” y él ríe con ganas. Nunca pensé que me reiría tanto con él cuando lo veía por el despacho. La cena es tan copiosa que cuando salimos de allí estamos un poco aletargados. Además de ser bastante tarde. También puede ser causado por el vino que hemos tomado. Muy a mi pesar le pido que me lleve a casa, al día siguiente empiezo a trabajar de nuevo y Blake parece bastante irritado.

No puedo evitar querer cruzarme con él al día siguiente en la oficina, pero desgraciadamente esto no pasa. Al principio me apena y luego como si me estuviera volviendo loca empiezo a pensar que puede que solo haya sido un rollo de dos noches después de la intensidad de emociones en África. Al final del día le mando un mensaje, pero no obtengo contestación hasta altas horas de la noche. Confieso que no puedo dormir durante esa noche y creo que estoy sacando las cosas de quicio. Así que al día siguiente, a pesar de recibir un mensaje a primera hora de la mañana, intento no abrirlo para no parecer que estoy colada por él y desesperada por sus mensajes. En menos de dos horas me monto una superproducción en mi cabeza que podría llevarse varios Oscars de la Academia. Cuando llego al despacho cierro la puerta e intento centrarme en el trabajo. Apenas lo consigo y me cabreo mucho conmigo misma, debería haber pensado antes las consecuencias de tener una noche loca con él. Pero, joder, no fui yo sola la que lo hizo. Además, no se puede negar la tensión que había entre los dos, aunque también podría haber apagado esa tensión dándome un par de duchas frías. De todas formas, no voy a volver a viajar en el trabajo o eso parece. Además, no trabajo con él y nuestro trabajo es muy, muy diferente. Así que no tiene por qué pasar nada. Y..., y..., y... Mi cabeza no deja de darle vueltas cuando alguien toca a la puerta.

—Adelante —digo soltando todo el aire de mis pulmones.

Se abre la puerta.

—Te he mandado un mensaje señorita Martín —dice con una media sonrisita burlón.

—No lo he visto —miento.

—¡Vaya! —exclama acercándose a donde me encuentro.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunto nerviosa.

Johann me pide con un gesto sentarse en una silla vieja que hay frente a mi mesa mientras me mira fijamente.

—¿Ha pasado algo? —pregunta frunciendo el ceño y escudriñándome con la mirada mientras se cruza de piernas.

—No —respondo demasiado rápido.

—¿Julia?!

—Valeeeee —contesto sin apenas dar tiempo—. Es que esto me tiene bastante confusa.

—¿Qué te confunde? —pregunta.

—Es que no sé qué es esto. Si la he cagado porque trabajamos juntos, aunque realmente no trabajamos juntos. Y no sé si ha sido un solo polvo o algo...

—Tres —contesta seguro levantando una ceja.
—¿Tres qué? —pregunto confundida.
—Que fueron tres esa noche —dice resuelto.
—No hagas bromas.
—Para mí no lo fue. ¿Lo es para ti?
—No —musito.
—Es que no sé qué es esto... —digo señalándonos a ambos.
—¿Necesitas ponerle una etiqueta? Yo creo que somos dos personas adultas que se están conociendo, disfrutando el uno del otro y es aún pronto...
—Lo sé, lo sé. Pero yo soy la que más tiene que perder en esto —digo en voz baja como si fuera un secreto.
—Yo no lo tenía planeado, nunca me había sucedido —dice mordaz—. ¿Acaso a ti sí?
—Nooooooo —respondo ofendida.
—Creo que este no es el lugar para hablar de estas cosas...
—¿Te has enfadado?
—No —contesta, seco—, pero esto hay que resolverlo. ¿Hablamos esta tarde?
—Vale —digo nerviosa.
—Nos vemos abajo a las... ¿cinco y media?
Asiento con la cabeza y él sale del despacho sin decir nada más. Se le ve pensativo y temo que vuelva a ser el Johann del principio. Distante y serio.
Vuelvo a centrarme en analizar los nuevos expedientes urgentes que me ha pasado Blake, he tenido que dejar por ahora lo del señor Wayne. De todas formas, he visto en primera persona que se están haciendo las cosas, puedo completar todo lo que falta más adelante. A duras penas puedo dejar a un lado todo lo que ha sucedido con Johann y no dejo de arrepentirme por momentos de haber empezado algo con él y luego comportarme como una inmadura.
Cuando la alarma del reloj me suena a las cinco y veinte minutos empiezo a ponerme nerviosa. Guardo los expedientes que tengo entre manos y apago el ordenador.
En la entrada veo a George hablando con Johann tranquilamente y cuando levanta la mirada y me ve bajando el último tramo de escaleras se muerde el labio inferior mientras yo me acelero. No debería ser legal ser tan guapo o ir al trabajo con esos trajes que le quedan como un guante para que la que trabaja en el desván babea. Sonríe sin separar los labios cuando me acerco.
—¿Lista? —pregunta, resuelto.
—Supongo —respondo.
Nos despedimos de George y vemos que su coche llega y se detiene frente a la entrada. Johann se adelanta y me abre la puerta. Subo al coche y me pongo el cinturón mientras echo una última mirada a la puerta principal donde dos asistentes miran en nuestra dirección mientras yo me pongo aún más nerviosa.
—Lo que faltaba... se nos han quedado mirando —susurro.
—Julia, la gente tiene cosas mucho más importantes en su vida que estar pendientes de lo que tú y yo hagamos.
—Eso que te lo crees tú—digo con una risotada.
Durante el trayecto decidimos que cenaremos en su casa. Johann me cede su teléfono móvil y me pide que use su aplicación para pedir la cena mientras él se pone ropa un poco más cómoda. Cuando estoy sentada en una de las sillas de la isla de la cocina terminando el pedido, no puedo evitar leer el remitente del mensaje que acaba de entrar en su teléfono. Sin dudarlo, es de

Moussa. Siento una especie de mal presentimiento y a pesar de morir de curiosidad de lo que le ha escrito, cierro la aplicación y dejo el teléfono móvil sobre la isla. Doy gracias de que se bloquee casi al instante y así se me vaya la tentación de intentar leer el mensaje.

—¿Has pedido? —pregunta Johann bajando por las escaleras.

—Sí —digo apartando su teléfono móvil de mi lado.

—Y ¿qué vamos a cenar? —pregunta abriendo la puerta de la nevera.

—*Pizza* —respondo.

Johann se gira y me mira sorprendido levantando las cejas.

—¿*Pizza*?

Le dedico una amplia sonrisa. Es divertido verlo tan descolocado.

—Sí, me ha costado encontrarla, pero la he encontrado —afirmo—. Has dicho que te amoldabas a lo que me apeteciera...

Mientras esperamos la *pizza* sirve un par de copas de vino y nos sentamos en el salón junto a la chimenea. Hablamos y en mitad de la conversación le expreso mis miedos de que pueda haber algún problema con mi trabajo si nuestra relación no funciona, se levanta dejando su copa en la mesita y desaparece. En menos de tres minutos vuelve a aparecer y trae consigo un folio con membrete del despacho y apoyándose en la mesa, saca la pluma que suele utilizar y empieza a escribir.

“Yo, Johann Edwards III, sin ningún tipo de coacción...”

No puedo parar de reír cuando lo veo tan serio escribiendo y cuando termina de redactar, lo firma y me lo da.

—Toma, guárdalo —dice serio.

—No era necesario —digo.

—Lo sé, pero si así te quedas más tranquila, prefiero hacerlo.

El timbre nos interrumpe y Johann se dirige a la puerta con la cartera. El repartidor mira con sorpresa la propina cuando le entrega la pizza. Le ha dado más de lo que vale el pedido y el repartidor se va con una amplia sonrisa. La servimos en el salón mientras terminamos de hablar según él de las condiciones de lo que está sucediendo entre nosotros. Esa noche tras ver las noticias volvemos a hacer el amor, porque por mucho que no pongamos etiquetas lo que hay entre nosotros claramente no es sexo puramente, aunque lo disfrutemos como nunca yo lo había hecho en mi vida.

Cogemos por costumbre pasar los fines de semana juntos en su casa. Incluso me ha comprado un cepillo de dientes y me ha dejado uno de sus cajones por si necesito dejar ropa.

Nuestros fines de semana empiezan generalmente el viernes por la tarde y no terminan hasta el domingo a última hora. En ese tiempo hablamos, nos reímos juntos, hacemos el amor e incluso uno de esos días jugamos al Strip Poker¹⁴ Las tres primeras partidas me vengo arriba ganándolas seguidas, pero pronto me doy cuenta de que es una táctica para que me confíe y al final acabo siempre con menos ropa que él.

—No te vayas el fin de semana... —susurra un día entre semana cuando me quedo a dormir en su casa.

—Es el cumpleaños de mi mejor amiga —gruño cuando acerca su cuerpo al mío en la cama y roza con su nariz el hueco de mi cuello—. No hagas eso... —grito cuando empieza a subir su mano por mi estómago hasta mi pecho.

—¿No te gusta? —pregunta, socarrón.

—Demasiado —contesto riendo cuando vuelve a bajar la mano de nuevo y me hace cosquillas en la cintura haciendo que me retuerza en sus brazos.

—Si quieres, puedo hablar con ella y te vienes conmigo —propongo.

—A la próxima vez—decide finalmente—. Será bueno no tenerte paseando semi desnuda con mi ropa por la casa y poder concentrarme en el trabajo.

—*Oooh*, mira, habló el que no me distrae a mí.

Johann tira de mi cintura y yo me coloco sobre él a horcajadas besando sus labios mientras mi pelo le cae encima.

Ese fin de semana preparo una pequeña maleta y por primera vez veo a Johann conduciendo su propio coche. Es un deportivo gris holograma con el que me lleva al aeropuerto a primera hora del sábado.

—Te echaré de menos —susurra pasando sus manos por mi cintura y besándome cuando para y bajamos para despedirnos.

—Lo dudo —digo riendo—. ¿Quieres que te traiga algo de La Haya?

—Quiero que te diviertas, pero... nada de ligar con nadie..., eso solo conmigo —dice serio volviendo a besarme.

—Ni tú tampoco —sentencio riendo.

Me da un último beso en la frente y vuelve a subirse al coche mientras yo corro hacia el interior del aeropuerto.

Capítulo 20

Tengo muchas ganas de ver de nuevo a todos mis amigos de La Haya. Hace ya más de seis meses que me marché de allí. Pensé que sola nunca me iba a adaptar a una ciudad como Londres, pero finalmente, tras pasar por algunos contratiempos, me encuentro feliz de haber hecho el cambio. Aunque no recuerdo si llegué a expresarlo, me fui de aquí sintiéndome una verdadera fracasada. Había trabajado en el mayor organismo internacional de justicia. Mi sueño era conseguir justicia en el mundo, pero ahora, aunque no trabajara para un organismo, sí que lo hacía para un bufete que trabajaba con grandes empresas que ayudaban mucho a los más desfavorecidos. Además, la vida me había puesto delante a nuevos amigos con los que disfrutaba y sin minusvalorar mi remuneración. Puede que no cobre tanto como un socio como Johann y poder comprarme mi propio “castillo” en el centro de Londres, pero el sueldo es bastante más elevado del que tenía y ahora puedo permitirme ciertos caprichos que antes no me permitía. El trayecto de avión es de más o menos una hora, pero entre el despegue y el aterrizaje se me hace muy corto. Solo llevo equipaje de mano, así que cuando el avión toca tierra en Ámsterdam, camino sin perder el tiempo hacia la puerta de salida.

No me lo puedo creer. Es el cumpleaños de Pilar, pero allí están todos con un par de pancartas y globos dándome la bienvenida. Cuando salgo, lejos de avergonzarme por todo el espectáculo que están montando, me uno a ellos. «¡Cómo lo he echado de menos!». Me abrazo a todos y cada uno saludándonos y empezando a ponernos al día de manera atropellada, aunque hayamos hablado casi cada semana. Bajar las escaleras mecánicas para coger el tren me trae fantásticos recuerdos y es como si nunca me hubiera ido. Tras cuarenta minutos en tren llegamos a la estación central de La Haya y allí muchos de ellos se marchan, pero nosotras permanecemos en la estación y desde las vías del tren subimos a la parte de arriba y esperamos el autobús número dieciocho que nos lleva hasta una parada muy cercana a la casa de Pilar. No es su casa, es de su hermano, pero él ahora está trabajando en Nueva York, así que para ella es un lujo trabajar y no tener que preocuparse de pagar alojamiento. Me quedaré con ella este fin de semana así que cuando llegamos y entramos en la casa es una sensación de lo más extraña, como si el tiempo se hubiera detenido. Todo está igual.

—Vamos, tienes que contarme todo sobre el borde inflexible —dice riendo subiendo las escaleras y llegando a la planta principal.

—¿Qué más quieres que te cuente? Ya te lo he contado todo —gruño cuando tira de mi mano para que me siente con ella en el sofá.

—Pues yo tengo un montón de cosas que contarte. Siéntate —dice dando unas palmadas junto a ella en un almohadón—. ¿Recuerdas al jefe de sección de la sexta planta?

—Sí —digo mientras ella da un grito.

—Pues están juntos. ¿Recuerdas que había rumores? Pues se confirmó en el cumpleaños de Helen y los pillaron en el cuarto de baño del restaurante dándose el lote —grita—. *Perraaaaaa*, no sabes lo mucho que te echo de menos.

—Pero si tú tienes tu vida aquí montada.

—Otra cosa... ¿recuerdas lo que hablamos? —dice emocionada.

—Hablamos de muchas cosas...

A Pilar le da un ataque de risa y de pronto se pone muy seria.

—Sobre lo del Chad... He hablado con mi amiga Alba, la que está casada con el cantante... —dice emocionada.

—¿Con Nathan Conrad? —pregunto con un grito.

—¡El mismo! Le he pasado tu contacto y ha dicho que contemos con ellos para recaudar dinero, además, la conocerás mañana —proclama poniéndose de pie en el sofá—. ¡Vas a crear algo grande, pequeña!

Y esto último lo dice echándose hacia delante y abrazándome con todas sus fuerzas.

Pilar propone coger la bicicleta y salir a dar una vuelta por la ciudad e ir a cenar a algún sitio del centro. No queremos acostarnos muy tarde ya que mañana es la celebración de su cumpleaños y queremos estar descansadas. Bajamos a toda prisa las escaleras de nuevo y ella coge la bicicleta de su hermano, mientras me presta a mí la suya. Es alucinante cómo echo de menos esta sensación tan maravillosa de ir con la bicicleta a todas partes. No necesitas estar esperando al metro o al autobús, simplemente te subes y empiezas a rodar libremente.

No dejamos de reír y Pilar hace varios *selfies* con una mano mientras circulamos, hay un momento que temo que nos multen, pero para enseguida. Y nada más sentarnos en una terraza a tomar un café sube la foto a las redes sociales y me etiqueta. “Amigas para siempre” pone junto un emoticono de corazón.

Una parte de mí olvida que me he ido en algún momento y disfruto del clima, de la amistad con Pilar y sobre todo de la ciudad. Muchas veces se dice que hay bastante diferencia entre los países del norte y del sur en Europa, pero que todos los países del norte se comportan igual, pero he aprendido que hay bastante diferencia entre vivir aquí y en Londres.

—Entonces... ahora si ya tienes pareja nunca podrán tentarte con algún puesto que salga para el tribunal —dice Pilar escudriñándome con la mirada bebiendo su *cappuccino*.

—Mujer, que estamos conociéndonos —respondo riendo.

—Muy intensamente por lo que parece —dice con una amplia sonrisa levantándose las gafas de sol—. Amiga, me alegro mucho por ti. Te lo mereces. Fue una putada que no te renovaran el contrato aquí, pero parece que el universo tenía un plan mejor para ti.

Tras descansar un poco, caminamos por el centro y entramos a varias de las tiendas que eran mis favoritas para comprar detalles que echo de menos y que no he encontrado en Inglaterra. Es viernes por la tarde y en las calles se nota. En una de las tiendas nos tropezamos con antiguas compañeras y nos piden que nos unamos a ellas a tomar una copa en una de las plazas en las que solíamos salir todas juntas.

Son las tres de la mañana cuando volvemos las dos riendo agotadas a casa de Pilar.

—Menos mal que iba a ser algo ligero y nos íbamos a acostar pronto—digo intentando ser seria.

—Al menos lo hemos intentado —replica Pilar con un par de copas de más abriendo la puerta.

Me ha preparado la habitación de invitados, pero al final nos quedamos dormidas mientras hablamos en susurros en su dormitorio tumbadas en su cama.

Al día siguiente nos despertamos tarde y no dormimos más porque a Pilar le empiezan a entrar llamadas de familiares y amigos. Mientras ella habla, yo le mando un par de mensajes a Johann y cuando me contesta no puedo evitar una sonrisita boba. Dice que está adelantando

trabajo para que la semana que viene hagamos una escapada juntos a un hotelito cerca de la costa. Yo no puedo estar más feliz.

Dos amigas más llegan del extranjero para celebrar el cumpleaños de Pilar. Una de ellas es la mujer de Nathan Conrad que llega junto a Mica desde España. A Mica la he visto en alguna ocasión durante el tiempo que estuve viviendo aquí y venía a visitar a Pilar. Con Alba no he coincidido nunca.

Tras ir a recogerlas al aeropuerto comemos algo en el centro y vamos a enseñarles lo más típico de la ciudad. Alba y yo hablamos durante un largo rato sobre ideas que nos surgen para ayudar en Chad. Congeniamos bastante ya que además vive algunas épocas del año en Londres. Las tres ríen de las locuras del tiempo que pasaron juntas en la universidad y antes de darnos cuenta tenemos que ir a casa a arreglarnos. Pilar ha reservado una parte de un local del centro de la ciudad al que solíamos ir juntas.

Dispuestas a pasarlo bien salimos casi con el tiempo pisándonos los talones. Menos mal que vamos en taxi o creo que las cuatro nos mataríamos con los tacones y el empedrado de la ciudad. Durante la velada bailamos y comemos mientras Pilar hace de anfitriona saludando a todo el mundo. Está siendo una celebración de lo más animada cuando cansadas, nos acercamos a una de las mesas y nos sentamos para descansar después de tanto baile.

—Vaya, vaya, vaya...

Tardo en darme cuenta de que la persona se dirige a mí, pero pronto me doy cuenta de que es alguien con quien trabajé durante un tiempo y casualmente nunca nos llevamos bien, Marcus el perfecto.

—Hola —digo por educación.

—La desertora de la justicia —espeta con desprecio.

—Creo que todos hemos bebido demasiado esta noche, además estamos aquí para celebrar el cumpleaños de Pilar —digo con cara de asco.

—Claro, trabajando para un bufete que oculta las artimañas de algunas empresas para tener impunidad a la hora de conseguir las tierras de la pobre gente de uno de los países más pobres del mundo. Así las pueden seguir explotando y seguir atesorando riquezas gracias al petróleo. Tus manos están ahora tan manchadas de mierda como todos ellos, estáis destrozando a la gente del Chad.

No puedo más que abrir mucho los ojos sorprendida.

—Pero ¿tú qué narices sabrás? No tienes ni puta idea de lo que se hace en el bufete o hacen esas empresas —espeto levantándome de mi silla para irme.

—¿Qué pasa? ¿Que no sabes defender ese trabajo por el que seguro te pagan mucho más que antes? Eres una vendida.

—Y tú un gilipollas —replico cabreada—. ¿Qué cojones sabrás tú de mi vida?

Justo en ese momento aparece Pilar con Mica y se pone en medio. Doy gracias de que lo haga porque ha llegado un momento en el que me apetece saltar sobre él y darle un puñetazo en plena cara, pero me contengo. La violencia no nos va a llevar a ningún sitio. No tiene ni puta idea de todo lo que está haciendo el señor Wayne para que esos niños sobrevivan y tengan sanidad y una educación garantizada.

—Y ahora va de mosquita muerta buscando para que la gente colabore —sisea mientras pasa por mi lado—mientras ella se llena los bolsillos...

No puedo evitar levantar el brazo y estirarlo dándole en la cabeza mientras nos separan como si fuéramos unos chungos sin educación.

—Pero ¿a ti qué coño te pasa conmigo? —grito mientras Pilar me coge del brazo para que no vuelva a empujarlo.

En ese momento un brazo aparece de la nada y me golpea en plena cara.

—Julia, tranquilízate —susurra Pilar en mi oído—. Joder, tranquilízate.

—Perdona. Perdóname, Pilar, pero qué cojones sabe ese tío mierda de mi vida y del trabajo que hacemos.

—¿Estás bien? —pregunta observando que cierro el ojo.

—Será cabrón, me ha dado un puñetazo en el ojo —digo llevándome una mano a la cara mientras unas cuantas lágrimas se deslizan por mis mejillas.

Poco a poco la gente se dispersa y continúa bebiendo y bailando. Yo me siento en una de las mesas más apartadas y no puedo quitarme de la cabeza al tipo y el desprecio con el que hablaba. Y pensar que una vez fuimos compañeros... Alba aparece enseguida con una servilleta y varios cubitos de hielo y me los acerca a la cara.

—¡Mierda! Nunca había estado en una pelea de bar —susurra con una mueca.

—Ni yoooo —digo triste.

—Pues no se te dan mal —dice Pilar que se une a nosotras riendo—. La cara que ha puesto cuando le has estirado del pelo... es un amargado. Si hubiera pruebas de todo eso estaría denunciado, pero no las hay y se ha cabreado con quien menos lo merecía.

A pesar de que la tensión del momento me ha dejado mal cuerpo y que siento que me arde un poco la cara, por Pilar continúo en el local y al final volvemos a bailar y divertirnos. Pero confieso que los ojos acusadores de Marcus no se me van de la cabeza.

Cuando volvemos a casa de Pilar y estamos quitándonos el maquillaje vuelvo a pedirle disculpas a Pilar y ella no le da mayor importancia después de reír imitándome cuando le he tirado del pelo y lo he llamado gilipollas.

—Reconozco que siempre se lo he querido decir yo, pero si lo hago, sé que me metería en un lío en el trabajo. Pero el golpetazo que te has llevado tú... —dice señalando mi cara—. Espero que mañana no te salga un moratón o ese novio que tienes no va a querer que vuelvas a visitarme.

Esa noche me cuesta dormirme. No dejo de darle vueltas a la pelea con Marcus. «¿No tenía otro momento?», pienso. Me despierto de sopetón varias veces durante la noche con ansiedad. Tengo sueños de lo más extraños, en uno de ellos veo al señor Wayne que tira varios niños del orfanato a un enorme agujero negro y en otro de ellos veo a varios socios del bufete fumándose un puro mientras cuentan una ingente cantidad de dinero que hay sobre una mesa, y lo peor de todo es que entre ellos está Johann. No cuento nada de mis pesadillas cuando a la mañana siguiente las chicas se despiertan.

—Julia... tengo un mensaje para ti —grita Pilar bajando de la habitación hacia el salón donde estoy recostada leyendo un folleto de un supermercado que tiene sobre la mesita del café.

—Pues espero que sea bueno —contesto.

—Yo creo que sí que lo es —dice entrando en el salón. Se detiene frente al sofá con su teléfono móvil. Me mira extrañada y me pregunta—. ¿Por qué llevas gafas de sol dentro de casa?

—Porque todavía no me he maquillado —contesto bajándome las gafas de sol que llevo puestas mostrándole que me ha salido un moratón.

—¡Ostras! —exclama sentándose a mi lado y mirándome la cara de cerca—. ¿Te duele mucho?

—No, apenas noto nada.

—Pues Marcus te ha estado buscando, pero dice que no contestas en tu antiguo número de teléfono. Me ha mandado un mensaje para que te lo pase —dice toqueteando la pantalla de su teléfono.

Al momento mi teléfono móvil vibra y lo desbloqueo para ver el mensaje que me ha reenviado Pilar. Empiezo a leerlo y la sangre me hierve, pero pronto me doy cuenta de que se disculpa en varias ocasiones por lo sucedido la noche anterior. Expresa que la terrible situación a la que se ven sometidos ciertos habitantes en provecho de grandes empresas extranjeras con capital le enerva y cometió el error de beber demasiado y tomarla conmigo sin yo pertenecer a esas empresas. También dice que le gustaría hablar conmigo con tranquilidad sin sobrepasar ningún límite como hizo la noche anterior.

—¿Vas a contestarle? —pregunta Pilar.

—Cuando llegue a casa, no quiero que esto estropee el poco tiempo que me queda para pasar con vosotras.

Y eso es lo que hacemos, durante la mañana del domingo nos reímos hablando las cuatro y cuando llega la hora de la comida vamos a un pequeño restaurante que hay muy cerca en el barrio de Pilar para no perder mucho tiempo y que podamos coger el tren para que nos lleve a Schiphol.

Nuestros aviones salen con una media hora de diferencia y nos despedimos las cuatro con un enorme cariño mientras Alba me recuerda que cuente con ella para lo que necesite y que la próxima vez que esté en Londres, me llamará para que nos veamos.

—Gracias por venir a verme —susurra en mi cuello Pilar mientras me abraza antes de que pase el control de pasaportes.

—Gracias a ti por invitarme —respondo con una sonrisa.

Cuando nos separamos cojo la maleta de mano y me marcho en dirección a mi vuelo. Me vuelvo varias veces y allí la veo todavía de pie despidiéndose con la mano.

Capítulo 21

Intento no pensar en nada durante el vuelo de regreso, a pesar de la disculpa de Marcus, fue un momento muy violento y casi me ha fastidiado el fin de semana.

Salgo por la puerta de llegadas y veo a todo el mundo recibiendo a gente. La multitud me agobia y agacho la cabeza y ando deprisa para coger un taxi y llegar a casa lo antes posible. No tengo ganas de nada. Llevo las gafas de sol puestas ya que a pesar del maquillaje, se nota un ligero color violáceo en el ojo que ayer se llevó el golpe. Ando unos metros más esquivando a la gente cuando levanto la mirada y lo veo allí. De pie. Esperándome. Tengo la sensación de que soy idiota cuando al verlo tan guapo allí plantado por mí me produce una especie de congoja que me sacude el pecho. Fuerzo una sonrisa sin quitarme las gafas de sol y voy hasta él.

—Bienvenida, cielo —dice abriendo los brazos.

—Gracias —susurro abrazándolo con fuerza y sintiendo el aroma que hace que me olvide de todos mis problemas.

—Pareces triste —dice soltando su abrazo y levantándose la barbilla con su dedo índice con cariño.

—Ha sido un viaje extraño... —contesto con un bufido y le pregunto con una mueca—. ¿Cómo has sabido en qué vuelo regresaba?

—Sabía más o menos a qué hora llegabas y éste era el único vuelo que llegaba de Países Bajos... estaba cansado ya de trabajar tanto y he decidido venir a recogerte —dice pasando uno de sus brazos por mis hombros.

—Gracias —digo pasando el mío por su cintura.

Caminamos en dirección al estacionamiento donde ha dejado el coche. Caminamos juntos cogidos de la mano. Es un gesto que hacemos ya por inercia y me gusta sentirlo tan cerca. En la otra mano carga con mi maleta que se ha empeñado en llevar. Tras pagar el tiempo de estacionamiento guarda la maleta en el coche mientras yo subo al asiento del acompañante y me pongo el cinturón de seguridad. Sube al coche y se inclina hacia mi asiento dándome un rápido beso.

—¿No vas a quitarte las gafas? —pregunta.

Me las quito sin darle mayor importancia y veo, por la cara de sorpresa que pone, que el moratón sigue en su lugar.

—No me duele —aseguro con tranquilidad.

—¿Qué ha sucedido?

—Me pegué un golpe —resuelvo sin dar más explicaciones.

—¿Te duele? —pregunta, arrancando el coche.

—Anoche me dolía más —digo cuando lo veo soltar un fuerte suspiro.

—¿Quieres contarme qué pasó?

—No —sentencio. Miro por la ventanilla cuando salimos del aparcamiento y susurro—. Gracias por venir a recogerme. Estoy bastante cansada.

—¿Te llevo a tu casa o te quedas en la mía?

—¿Puedo dormir en la tuya? No me apetece nada estar sola —pregunto con ojos suplicantes.

—Claro —dice.

No hablamos mucho más durante el trayecto hasta llegar a su casa, aunque sí que siento como me acaricia la rodilla suavemente en un par de ocasiones. Estoy agotada mentalmente.

Llegamos a su casa y me pide que me siente en el sofá mientras prepara un té. Cuando lo trae y lo sirve, se sienta a mi lado y me da un tubo de crema bastante gastado.

—Es para el moratón. Cuando entreno me llevo bastantes golpes y va muy bien —dice guiñándome un ojo.

—Johann... —susurro, indecisa.

—Dime —dice pasando un brazo por mis hombros y acercándose a él mientras yo me tapo con una manta de *cashmere*.

—Yo siempre pensé que trabajaría para hacer un mundo mejor. Ayudar a la gente.

—Y ¿no lo haces? —pregunta, torciendo el gesto.

—No creo —murmuro arrebujándome contra su pecho.

—¿Seguro que no quieres contarme qué ha sucedido?

Dudo un instante, pero entonces empiezan a brotarme palabras sin poder detenerlas.

—Ayer, un compañero con el que trabajé me dijo que era una vendida y me trató como si no me importara nadie, solo el dinero —digo.

—Y ¿es así?

—Nooooo. El dinero es importante, no lo vamos a negar, pero que yo no esté trabajando en un tribunal *supermegaimportante* no significa que no quiera hacer las cosas bien y me preocupe por la justicia en el mundo. ¿Sabes? Me hizo sentir pequeña como si no hiciera nada... y —dudo si continuar con mi relato cuando me empuja suavemente con el hombro— le dije que era un gilipollas e intenté tirarle del pelo en mitad del cumpleaños de Pilar... y él se giró y me dio un codazo se supone que sin querer..., no creas, se ha disculpado y yo tengo que hacerlo también... —Levanto la cabeza y miro a los ojos a Johann quien me devuelve la mirada sorprendido—. No me mires así, fue un capullo conmigo, tú también hubieras intentado atizarle.

Johann suelta una carcajada al verme tan convencida.

—Eres una guerrera impulsiva —dice dándome un beso en la cabeza—. No dejes que nadie te haga dejar de luchar por tus inquietudes y tus sueños. Si dejas que todo te de igual, estarás dejando escapar la vida. Pero deberías usar hechos y palabras, no los tirones de pelo y peleas de bar.

—Por algún sitio tenía que empezar... —digo más tranquila.

Después de cenar recibo un mensaje de Aliká avisándome que mañana sale de viaje y que, por favor, vaya a cuidar de Sky en algún momento.

Por la mañana a primera hora obligo a Johann a dar un rodeo enorme a la ciudad y a acercarme a casa temprano. Necesito cambiarme de ropa y coger el porta documentos. Cuando llego y dejo las llaves en la entrada, Aliká todavía no se ha marchado y hablamos un rato mientras nos tomamos un té juntas antes de irme al trabajo.

Blake parece que sigue enfadado con el mundo y se pasa media reunión gritando y cargándonos de trabajo, sobre todo a mí. Así que paso casi todo el día encerrada en mi despacho intentando sacar adelante expedientes para tenerlo más contento e intentar que no la tome conmigo.

—Necesito el expediente de Wayne —Escucho al otro lado de la línea cuando descuelgo el teléfono casi cuando estoy a punto de irme a casa.

—Necesito terminarlo —contesto, nerviosa.

—¿Todavía no lo has cerrado?

—Es que quiero adjuntar una información con datos que tengo de antes de que la oficina de Chad sufriera el incendio.

—¿Que tienes qué? —grita, y yo tengo que apartarme el auricular de la oreja.

—Esta semana lo tiene cerrado. No se preocupe.

—Me preocupo. Estás perdiendo mucho tiempo y yo no te contraté para esto. Necesito que cierres, cierres, cierres...

Al momento escucho como cuelga la llamada sin despedirse.

Antes de la hora de salir del bufete mando un par de mensajes a Johann que permanece en una reunión fuera del despacho y le digo que hoy dormiré en mi casa.

Cuando termino me cuelgo el bolso al hombro y salgo en dirección a casa. Pasaré por el súper, compraré algo para cenar, me acurrucaré junto a Sky y veremos algo en la televisión juntos. Voy caminando tranquilamente cuando un chico joven tropieza conmigo y por poco se me cae el bolso. Tras disculparse por su torpeza continúa con su camino. Hace una tarde agradable y voy deteniéndome en alguno de los escaparates que encuentro en mi recorrido hasta casa. Voy totalmente distraída hasta que a través del reflejo de uno de los escaparates veo al chico que se ha tropezado conmigo observándome. Me giro de inmediato, pero allí no hay nadie. Niego con la cabeza y continúo mi camino. Entro y salgo del supermercado y cuando ya estoy por la última calle que lleva a mi casa, escucho pasos detrás de mí. Está oscureciendo y me giro en un par de ocasiones. Acelero el paso y creo que el corazón se me va a salir por la garganta cuando llego a casa y entro corriendo al portal. No enciendo la luz y me escondo en uno de los laterales. Los pasos cada vez se escuchan más cercanos y yo contengo la respiración. De pronto un hombre pasa por delante del portal mientras yo no respiro. Pasa de largo y yo suelto todo el aire llevándome una mano al pecho. Finalmente subo a casa y cierro con todas las cerraduras de la puerta. Dejo las cosas en la entrada y acaricio a Sky que mueve el rabo revolcándose en mi cama para que le rasque la barriguita. Lo cojo en brazos y cuando voy a correr las cortinas de mi habitación veo una sombra en la calle de alguien detenido bajo uno de los árboles. Miro con más atención y la sombra desaparece. Me estoy volviendo paranoica hoy viendo y sintiendo cosas que no existen, así que, tras una larga ducha, me pongo el pijama y ceno con Sky viendo la tele. Esa noche no consigo conciliar bien el sueño, escucho ruidos que nunca había escuchado y estoy inquieta toda la noche.

A la mañana siguiente cuando me despierto contesto un mensaje de buenos días que me ha mandado Johann mientras acaricio la cabecita peluda de Sky. Tengo mucho sueño, pero me doy una ducha rápida y salgo hacia el trabajo. Cuando apenas he salido de la entrada de casa siento como un coche detrás de mí baja la velocidad y yo acelero el paso agarrando con fuerza el bolso. No quiero mirar atrás, pero finalmente veo que empieza a detenerse a mi lado.

—¡¡Julia!!

Escucho a mi espalda y me giro.

—Johann, joder, qué susto —digo llevándome una mano a la garganta mientras siento que me tiemblan las rodillas.

—¿Subes?

Baja del coche y me sujeta la puerta mientras entro en el asiento trasero.

—Pensaba que alguien me estaba siguiendo —digo intentando respirar con normalidad.

—A estas horas hay mucha gente por la calle —precisa Johann mientras indica al chófer que

continúe la marcha—. Siento que esta semana esté reunido cada tarde...

—Estoy bien —respondo mirando en la dirección donde la noche anterior vi una sombra.

Nos despedimos en el coche y me voy directa a mi despacho. Tengo muchísimo trabajo que terminar.

Cuando salgo con George a la hora del almuerzo me giro en varias ocasiones.

—¿Se puede saber qué te sucede? —pregunta, inquieto.

—Nada, es solo una sensación. Como si alguien nos vigilara —susurro acelerando el paso.

George me mira y hace una mueca.

—Y ¿qué se supone que quieren?

—No sé... matarnos —digo levantando los hombros.

—Ves demasiada tele —dice metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón del traje.

Durante un par de días tengo esa sensación, pero de pronto desaparece y todo vuelve a la normalidad. Cada día tengo más trabajo acumulado y me es imposible ir quitándome expedientes de la mesa. Quiero sacar un momento para revisar las fotos del viaje y cerrar el expediente que no deja de pedirme Blake. Por ahora las voy a imprimir para estudiarlas mejor. Hay números y fechas que no cuadran.

El jueves por la tarde cuando llego a casa veo la puerta de la entrada abierta.

—¿Alika? —pregunto abriendo del todo la puerta—. Alika, ¿estás aquí?

No obtengo ninguna respuesta e intento recordar si esta mañana olvidé cerrar la puerta. Cuando entro al salón todo está desordenado. Los cojines del sofá levantados y alguno de ellos por el suelo. En la estantería no queda ni un solo libro en su sitio. Hasta han movido los cuadros del pequeño pasillo.

—¡Sky! —grito temblando—. Sky, ven aquí. ¿Dónde estás?

Todo mi cuerpo tiembla de miedo. «Y si todavía están dentro. Y si Sky se ha escapado. Y si le han hecho algo..., y si...».

Escucho a Sky salir de detrás del sofá con miedo. Lo cojo entre mis brazos y salgo de nuevo del piso. Me tiemblan las manos y no sé qué hacer. Nunca me habían robado antes. Estoy tentada a llamar a la policía, pero antes llamo a Johann. Suena el teléfono, una, dos..., tres veces y salta el buzón de voz.

“Johann, toda mi casa está revuelta. Han entrado a mi casa. Por favor, puedes coger el teléfono” grabo con voz temblorosa. Espero lo que me parece una eternidad, pero como no obtengo ninguna contestación llamo a George que me pide que salga enseguida del edificio y llame a la policía.

Espero en la entrada del edificio y cuando la policía aparece me piden que me quede fuera en un coche patrulla. Sky parece bastante alterado y no quiero que se me escape. No han pasado ni cinco minutos cuando veo el coche de George aparecer y bajar buscándome desesperado. Le hago una señal con la mano y corre hacia mí. La policía intenta detenerlo, pero les dice que viene conmigo y yo lo afirmo enseguida.

La policía que ha subido hace un rato baja de nuevo y nos informa que no hay nadie y que subamos con ellos para revisar toda la casa. Cuando entro por la puerta de nuevo con Sky en mis brazos, lo hago todavía con miedo. A pesar de ir acompañada por la policía y por George. El salón continúa como lo había encontrado antes, aunque ahora, visto más detenidamente, me da un vuelco el estómago. Hay un policía en la puerta de mi dormitorio. Sky me pide que lo suelte y corre a esconderse mientras entramos a mi habitación. Todo está por el suelo, incluso la mesa donde algún día he trabajado está girada. La cama está toda deshecha y el colchón está rajado por

varias partes. Cuando me giro, veo el armario con todo fuera desordenado.

—¿Qué buscaban? —pregunto nerviosa.

—Eso nos gustaría saber, señorita.

—¿Todo el apartamento está así? —pregunta George.

—No, solo esta habitación —dice uno de los policías observándonos detenidamente—. ¿Tiene usted donde dormir esta noche? Tendremos que coger huellas y revisarlo todo a fondo.

No sé qué contestar. Todavía estoy paralizada por todo el destrozo que hay en mi habitación. Escuchamos ruido en la entrada que está custodiada por uno de los policías. Escucho la voz de Johann discutiendo con él.

—Johann —digo elevando la voz y saliendo al pasillo.

—Julia, ¿qué ha pasado? —pregunta con una especie de pánico en los ojos.

—No lo sé —digo abrazándome a él.

Metó en una bolsa de viaje lo poco que finalmente la policía me deja tocar. También busco la bolsa de transporte de Sky y sus cosas para llevárnoslo. Johann no ha dudado en ofrecernos su casa.

Llegamos a casa de Johann a altas horas de la noche y cuando dejo a Sky en el suelo me mira sin saber qué hacer. Primero me ocupo de todo lo que pueda necesitar Sky que ahora va de un sitio a otro olisqueándolo todo y subiéndose por todas partes. Luego subo al dormitorio y Johann me ofrece uno de sus pijamas.

—¿Necesitas algo más?

—Una ducha... me siento rara, sucia... no sé qué me sucede —reconozco en un susurro.

—Te espero abajo, voy a preparar algo para cenar —dice Johann dándome un beso.

Paso más de veinte minutos bajo el chorro de agua caliente. Me duele la cabeza y no dejo de pensar en qué es lo que puede haber sucedido.

Capítulo 22

Cuando me despierto a la mañana siguiente, lo hago cansada. He tenido varias pesadillas y en una de ellas hasta desperté a Johann cuando yo me desperté sobresaltada. No recuerdo qué he soñado durante toda la noche, lo que sí que sé es que corro. No dejo de correr en todo el sueño. Johann madruga como siempre.

—¿Quieres que cancelemos la escapada del fin de semana? —pregunta sentándose en la cama a mi lado.

Sky suelta un maullido y acude para llamar su atención. Johann lo acaricia mientras espera una respuesta. «La verdad, no sé qué es lo que me apetece hacer, aunque lo que sí que sé es que quiero cerrar los ojos y poder dormir».

—No sé —digo todavía tumbada en la cama—. Tengo que ordenar mi casa...

—Ve más tarde al trabajo, seguro que Blake no pone ninguna pega —dice apartándose un mechón de pelo que cae sobre mi rostro.

—Veo que no conoces a Blake. Últimamente está exasperado por todo —digo con un fuerte suspiro.

—Tiene mucho trabajo.

—Tú también y no vas por ahí gritando a todo el mundo —susurro llevándome el antebrazo a la cara tapándome los ojos—. Todos tenemos mucho trabajo.

—Cógete la mañana libre y luego hablamos —dice—. Te mando al chófer para que te lleve a casa.

Por mucho que me niego, una hora más tarde sé que voy a tener su coche disponible para que me lleve a casa. La policía ya ha terminado y el cerrajero va a cambiar la cerradura esta mañana. Yo no pude conseguir a nadie que fuera tan pronto, pero George lo solucionó y me mandó un mensaje.

Entro a casa con Sky en mis brazos. Todo continúa por el suelo, parece como si un tornado hubiera pasado por dentro. La policía no ha encontrado huellas y han intentado tranquilizarme diciéndome que ha sido un hecho esporádico. Si hubieran querido hacer daño, podrían haber hecho mucho más. Solo buscaban cosas de valor y no encontraron nada. Mientras Sky desaparece en el dormitorio de Aliká del cual, por suerte, no llegaron a tocar nada, yo me pongo manos a la obra y empiezo a ordenar el salón y a limpiar los restos dejados por la policía. Cuando llega el cerrajero ya tengo la mitad de la casa en condiciones y me meto en mi dormitorio a ordenar los cajones y el armario que arrasaron tirándolo todo al suelo. Cuando cambian la cerradura me doy una ducha y me voy directa al bufete.

Todavía no he cerrado la puerta de mi despacho cuando suena el teléfono sobre mi mesa. Veo el número, es Blake.

—Señor Blake.

—Quiero el informe de Wayne. ¡Ya! Lo quiero en mi mesa en cinco minutos —grita a través de la línea.

Por un momento creo que si simplemente, en vez de utilizar el teléfono, hubiera gritado por la

escalera lo hubiera escuchado igual de bien. Dejo mis cosas sobre la silla y busco entre todos los expedientes. Es el más abultado. Lo cojo con cuidado y bajo las escaleras en dirección a su despacho.

—Pase —grita cuando toco en su puerta con los nudillos—. Ya iba siendo hora. No la contraté para perder tanto el tiempo.

—Anoche robaron en mi casa —digo justificándome.

—Ese es su problema, no el mío —espetea cogiendo el expediente de malas maneras. Pasa varias hojas y me mira fijamente—. Fírmelo ya.

Blake me tiende uno de sus bolígrafos y yo dudo qué hacer, pero ante su mirada oscura, me acerco sin pensarlo mucho más y firmo donde me indica.

Tras esto me hace un gesto despectivo con la mano para que me vaya de su despacho y es exactamente lo que hago. Regreso a mi despacho e intento concentrarme en los otros expedientes que tengo en trámite. A media tarde recibo un mensaje de wasap.

Pilar Navarro

Marcus me ha dicho que no ha sabido nada de ti.

Yo

He ido muy liada.

Fallo mío. Ahora le escribo.

Para Marcus

Buenas tardes Marcus, soy Julia, te debo una disculpa.

Siento no haber escrito antes. Me disculpo por lo sucedido.

Fue injusto lo que dijiste de mí y mi trabajo y no supe gestionarlo.

Espero que la próxima vez que vaya a La Haya podamos tomarnos algo juntos.

Espero que todo vaya bien.

Lo leo en un par de ocasiones. No sé qué más escribir y tampoco me apetece añadir mucho más. Dejo el teléfono sobre la mesa mientras me centro en el trabajo. De repente suena, avisándome de que ha llegado un nuevo mensaje.

Marcus (borde prepotente)

Hola, Julia. Gracias por escribir.

Me gustaría mandarte una información, para que le

echaras un vistazo. Hay algo que no sé qué es, pero no me cuadra.

Yo

Será un placer ayudarte en lo que necesites.

Marcus (borde prepotente)

Le diré a mi contacto en Londres que se ponga en contacto contigo.

Yo

Mándamelo por correo electrónico.

Marcus (borde prepotente)

No puedo. Es estrictamente confidencial.

Lleva mucho cuidado con la información.

Yo

De acuerdo, mándamelo y le echo un ojo.

Seré una tumba.

Marcus (borde prepotente)

Se pondrán en contacto contigo.

Gracias Julia.

Espero no equivocarme contigo.

Veo que se desconecta y yo no digo nada más. Esa última frase ha sido como un puñal en el pecho. Había pensado quitarle la anotación que puse en la agenda del teléfono junto a su nombre, pero me niego a hacerlo después de su mensaje.

Esa noche finalmente duermo en mi casa. Quiero explicarle a Alika lo sucedido y darle la nueva llave de la puerta. Se queda un poco consternada y corre a su habitación con Sky en brazos.

—Menos mal que te escondiste —le susurra al gato—. Buen chico.

A la mañana siguiente a primera hora de la mañana, Johann viene a recogerme y salimos en dirección a Stratford-upon-Avon, un pequeño pueblecito al lado del río Avon, dónde nació William Shakespeare. Todo esto me lo va contando Johann mientras conduce ya a las afueras de Londres. Por momentos hace que me olvide de todo y tenga ganas de desconectar y empaparme de esa belleza de pueblo donde vamos a dormir.

Johann ha reservado un hotel en pleno centro de la ciudad y yo no puedo estar más emocionada cuando veo el exterior. Tiene un entramado de madera que me tiene enamorada desde el minuto uno. Con ventanas preciosas de inspiración medieval organizadas en tres o más ventanas juntas, altas y estrechas. Todo esto me lo cuenta mientras detiene el coche.

—El hotel parece sacado de un cuento o de uno de los capítulos de la serie Los Tudor —digo bajando del coche y admirando la fachada.

Cuando entramos dentro del edificio es tan, tan de cuento, que temo quedarme embobada mirándolo. Le pido a Johann que si mantengo la boca abierta más de cinco minutos me avise para poder cerrarla. Ha reservado una suite y cuando entramos me llevo una mano al pecho. En mitad de la estancia hay una cama con dosel y el techo decorado con vigas de madera. Parece que hayamos hecho un viaje en el tiempo. Todo es puro lujo.

—¿Te gusta? —pregunta Johann acercándose por detrás de mí y abrazándome por la espalda.

—Es una pasada —digo con una enorme sonrisa.

—¿Qué te apetece hacer? —pregunta en un susurro cerca de mi oído.

—Pues quiero besarte y también quiero recorrer las calles por las que hemos pasado y ver donde nació William Shakespeare —digo emocionada.

Y así lo hacemos, me giro en sus brazos y lo beso. Tenía muchas ganas de hacerlo después de todo el estrés que he llevado estos días. Y es que confieso que estar entre sus brazos con mi

cuerpo tan pegado al suyo hace que el resto del mundo desaparezca y encuentre una calma que no he encontrado nunca en ningún otro sitio.

Pronto dejo atrás Londres y me centro en todo lo que me cuenta Johann. En el hotel he cogido varios folletos turísticos y mientras caminamos despacio abrazados por las calles mezclándonos con otros turistas, lee para mí las descripciones que indican en los planos. La casa de Shakespeare está a unos cinco minutos del hotel y entramos a través de una especie de museo de su obra. Visitamos todo lo que nos da tiempo hasta que decidimos parar en un *Pub* y descansar un poco nuestros pies de las calles empedradas y recuperar fuerzas. Por la tarde vamos a una granja de mariposas y es fascinante verlas tan de cerca volando. El día lo terminamos al atardecer subidos a una barcaza surcando el tranquilo río Avon. Me alegra que hayamos paseado y hecho tantas cosas ya que a la mañana siguiente nos levantamos tarde y pedimos que nos lleven el desayuno a la habitación. Pasamos parte de la mañana abrazados en la cama y haciendo el amor hasta que es hora de abandonar la habitación.

—No encuentro mi teléfono —digo mirando en el bolso.

Miro por toda la habitación desesperada y finalmente lo encuentro bajo las sábanas de la cama. «No entiendo cómo se ha quedado aquí. Yo he estado en el otro lado de la cama». Lo guardo en el bolso y salimos de allí con la energía renovada.

Durante días vuelvo otra vez a dormir placenteramente durante la noche, hasta que un día recibo un mensaje en mi móvil. Ya había olvidado lo que me propuso Marcus. De esta manera un día a la hora del almuerzo me encuentro en un *Pub* de un barrio de Londres que no conozco acudiendo a la barra y pidiendo una bebida específica. Saco la agenda y mientras busco un bolígrafo, la persona que se ha sentado a mi lado me cede el suyo.

—Gracias —digo sin levantar la mirada.

—Tenga usted cuidado —susurra tras dar un largo trago a su cerveza.

Se levanta de la butaca y se va. Cuando levanto la vista, creo conocer a la persona, pero no recuerdo dónde la he visto. Mientras pienso, me tomo la consumición, me guardo de nuevo en el bolso la agenda con el bolígrafo y me voy de nuevo en dirección al bufete.

Los días pasan y yo voy estudiando documento por documento de la memoria que me dieron en el *Pub* aquel día, voy muy lenta, no quiero que se me escape nada. Hasta que un día recibo una llamada de Marcus. Está convencido de que la empresa de Wayne está matando a gente en la zona de Chad y obligándolos a vender sus tierras a precios irrisorios. Marcus habla y habla en clave. Hay cosas que las entiendo y otras se me pasan totalmente. Apenas puede respirar y le pido que se calme. Yo intento compartir, imitándolo, todo lo que he descubierto.

—Necesito que instales esta aplicación en tu móvil —dice sin apenas voz.

—Por si desaparezco que sepas dónde estaba —sentencia firme.

—Marcus, ¿dónde te has metido? —pregunto nerviosa.

—No puedo entretenerme ahora. Mira a ver si concuerda la cantidad de dinero que tenéis con la de los informes que yo te mando.

—No te preocupes, lo haré —digo inquieta.

—Julia, no te fíes de nadie —dice.

Escucho como cuelga la llamada y busco en las aplicaciones la que me ha pedido que instale en mi teléfono móvil. Tras eso, rebusco en mi bolso y saco de nuevo el bolígrafo que me dieron en el *Pub*. Apenas he vuelto a pensar en ello de nuevo y ya no tengo el expediente en mi poder.

Busco el expediente en el sistema informático del bufete. Apenas recuerdo el número. Busco por empresas y rápidamente en la pantalla de mi ordenador empiezan a aparecer números de

expedientes cerrados. Me doy cuenta de que el que más se ha tardado en cerrar es el que yo tuve en mis manos. El resto apenas pasan un par de horas desde que se abren y se cierran. No entiendo cómo lo han podido hacer tan rápido, es imposible revisar todo en tan poco tiempo. Intento acceder al último expediente y de pronto un cartel rojo parpadea en mi pantalla.

“Sin permisos”, reza el mensaje. Eso indica que ya no puedo acceder a él. Lo intento de nuevo, pero vuelve a salir el mismo mensaje.

—George —digo cuando descuelga el teléfono—. ¿Hay alguna forma de poder acceder a un expediente una vez cerrado?

—¿Es tuyo? —pregunta.

—Sí —contesto sin dejar de darle vueltas al asunto.

—Entonces no hay problema.

—Me sale un aviso en rojo que me dice sin permiso —digo en un suspiro.

—Debe de ser un error. Avisa que te lo abran —responde tranquilo.

—Gracias.

Escribo y envío un correo electrónico al departamento correspondiente para que me den acceso al expediente. Mientras, cojo el bolígrafo que antes he dejado sobre mi mesa y, mirándolo bien, lo desenrosco y veo una tarjeta de memoria. Busco en los cajones de mi mesa un adaptador y lo conecto al ordenador. Frente a mí se abre una carpeta encriptada. Eso no me preocupa, es algo que solíamos hacer en La Haya para mayor seguridad, y tengo el código, así que pronto empiezo a descifrar documentos. Todo va muy lento, pero me quedo fijamente mirando la pantalla. Algunos datos que se van mostrando son los que no me cuadraban a mí y por eso me era imposible cerrar el expediente de Wayne. Faltaba mucho dinero y no se sabía dónde había ido a parar. Suena el teléfono sobresaltándome. El corazón me va a mil por hora.

—¿Para qué cojones quieres el informe de nuevo? —Escucho gritar al otro lado de la línea a Blake—. ¿Es que no voy a poder jubilarme antes de que me destroces el departamento? ¡Ese expediente está cerrado! Vas a estar despedida antes de que una gota de lluvia caiga sobre el asfalto de la ciudad.

«¡Joder! Jamás pensé que me dirían eso por hacer bien mi trabajo», pienso todavía con el auricular en la mano.

Esa noche he quedado con Johann y no hace falta que le cuente nada. Blake ya se ha encargado de ir a contar a quien quiera oír mi actitud desafiante.

—¿No te das cuenta de que él es tu jefe? —pregunta Johann muy serio.

—Lo sé, pero no cuadra nada. Ese expediente es pura contradicción —contesto, nerviosa—. ¿No vas a apoyarme?

—Y ¿qué quieres que haga? ¿qué me meta en un departamento que no es el mío? Hay otras formas de hacer las cosas...

—¿Cómo? ¿Mirando a otro lado? —pregunto levantando la voz.

—No, pero dame tiempo para que lo revise.

—Se está desviando muchísimo dinero que se supone que es para orfanatos y hospitales y no llega... —expongo seria soltando el tenedor en la mesa.

—Por favor, ¿podemos hablar de otra cosa mientras cenamos? —pide Johann perdiendo la paciencia.

—Necesito ir al baño —espeto levantándome de la mesa.

—¡Juliaaaaa!

Me siento tan frustrada hablando con él que creo que voy a ponerme a llorar, así que corro a

resguardarme en el cuarto de baño. No sé el tiempo que paso allí encerrada, pero cuando salgo lo hago sin apenas hacer ruido y cuando me asomo a la cocina lo veo de pie con mi teléfono móvil, que había dejado sobre la mesa, en sus manos.

—¿Qué haces con mi teléfono móvil? —grito acercándome a él.

—No estoy haciendo nada —dice confundido.

—¡Ya! Aquí nadie hace nada. Creo que me voy a mi casa —digo quitándole el teléfono de las manos de malas maneras—. ¡Me voy!

—Julia, vuelve. Siéntate un segundo, por favor, vamos a hablar.

—No hay nada de qué hablar.

—Hay mucho de lo que hablar, pero tal vez sea mejor que lo hagamos cuando los dos estemos más calmados. Al menos déjame que te lleve a casa... —dice llevándose una mano a la frente y frotándola con un fuerte suspiro.

—No es necesario —digo saliendo por la puerta principal.

Una vez estoy fuera me doy cuenta de que es muy tarde y de que yo no llevo hoy el calzado idóneo para caminar. Lo intento, pero cuando llevo cinco minutos andando tengo los pies destrozados y siento como que alguien me observa. Esto me pone nerviosa. A estas horas de la noche no hay nadie andando por estas calles. Voy a llamar a un taxi cuando me entra una llamada de George. Ha discutido con Aliká y yo le digo que lo he hecho con Johann.

—Voy a llamar a un taxi —digo desesperada.

—Espera, yo voy a por ti, dime dónde estás.

Diez minutos más tarde George detiene el coche a mi lado y con un leve ruido del claxon llama mi atención.

—Su taxi, señorita —dice guasón.

—George... este barrio es caro, ¿verdad? —pregunto sentándome en el asiento de acompañante.

—Uno de los más caros —confirma iniciando la marcha.

Su contestación me hace darle mil vueltas a todo lo que últimamente está sucediendo. Johann estaba conmigo en Chad, me estuvo distrayendo, mientras yo he estado con él ha recibido varias llamadas con prefijo +235 que es de allí, también vi un mensaje de Moussa y... ¿de dónde saca tanto dinero? ¿No será que como parece que sucede con Blake también se está llenando los bolsillos? Puede que por eso hiciera que me enamorara de él. Simplemente ha estado entreteniéndome para que no me diera cuenta de las cosas. Por un momento todo empieza a cuadrarme, pero por otro lado dudo de nuevo que él pueda estar metido en algo tan turbio..., se le ve tan íntegro.

George y yo acabamos en el *Pub* que está cerca de mi casa bebiendo cerveza y ahogando nuestras penas. Reímos y yo hasta lloro. He pasado de tener un trabajo que me gusta y una relación con una persona a la que adoro a estar metida en un mar de dudas delante de una realidad que se tambalea de la noche a la mañana. Nos tiran del *Pub* cuando van a cerrar.

—No puedes conducir así —digo mientras se me traba la lengua—. Quédate en casa.

—No puedo, Aliká se ha enfadado conmigo —masculla con un puchero.

—No digo que subas a acostarte con ella. Duerme en mi habitación y mañana habláis, así no vas a coger el coche —digo quitándole la idea de la cabeza.

Subimos al piso en silencio. Bueno, todo lo que se puede cuando te has tomado tres pintas y respecto a él perdí la cuenta ya que aguanta mucho más que yo.

Veo que se empieza a sacar la ropa y se va a meter en mi cama cuando lo detengo.

—Tú en el suelo. Yo en la cama —susurro.

Creo que está tan cansado que apenas se queja, se acomoda como puede en el suelo con varios cojines y mantas y yo apago la luz.

Me cuesta despertarme con el sonido del despertador sumado a los gritos de Alike a la que no dejamos dormir. Cuando intento levantarme me olvido de que George está durmiendo en el suelo y estoy a punto de pisarle. Todo es un caos y tengo un horrible dolor de cabeza.

«¿A quién se le ocurre beber cuando al día siguiente tiene que trabajar?, solo a nosotros», pienso.

Busco mi teléfono móvil y me doy cuenta de que anoche lo dejé en silencio. Lo miro y una sensación extraña me atraviesa el pecho. Marcus ha intentado contactar conmigo y yo estaba durmiendo la mona. Intento ponerme en contacto con él, pero me es imposible. Empiezo a ponerme nerviosa. George se da cuenta y decidimos marcharnos al trabajo temprano y una vez allí a pesar de que tengo casi todo el día lleno de reuniones continuo intentando ponerme en contacto con él.

Durante una de las reuniones, mi mente está muy lejos de aquí, a muchos kilómetros de distancia. Empiezo a dudar de todo. Del escorpión que apareció en el suelo cuando estaba buscando los datos que faltaban, lo nervioso que estaba Moussa y cómo misteriosamente el archivo se incendió esa misma noche cuando empezaba a encontrar cosas.

Antes de la hora del almuerzo recibo una llamada de la misma persona que me contactó para darme la información. Y rauda, cojo mi bolso y salgo en la dirección que ha indicado. Esta vez es mucho más cerca que la otra vez. Está cerca de las oficinas de la ONG del señor Wayne. Acelero el paso todo lo que puedo y cuando miro a la acera de enfrente, la veo a ella. Es la persona del *usb*, pero también es la secretaria del señor Wayne que cuando vine por primera vez me miraba fijamente. De eso la conocía y recordaba su cara. No me detengo y continuo caminando en la dirección que me ha indicado. Escucho un fuerte acelerón de un coche que viene calle abajo. Me giro y veo horrorizada como sube a la acera y sin frenar lo más mínimo alcanza a Myers y se la lleva por delante. El ruido que se produce cuando la eleva del suelo al atropellarla es de lo más siniestro y, cuando vuelve a caer y estamparse contra el suelo, corro hacia ella. El coche que se estaba alejando da un fuerte frenazo y da la vuelta acelerando hacia donde estoy. Por un momento me quedo de pie paralizada, pero cuando casi lo tengo encima reacciono y salto hacia el otro lado. El coche choca contra el bordillo y un árbol. Corro de nuevo hacia Myers y me doy cuenta de que ya no respira. Algunos viandantes empiezan a acudir a ver lo sucedido. En una de sus manos ensangrentadas que se extiende en el suelo veo que sostiene un *usb*. Lo cojo y corro en la dirección opuesta a donde se encuentra el coche atacante atascado. Mientras corro en dirección al bufete llamo a Pilar, necesito la dirección de correo de su cuñada.

—Julia, ¿qué sucede? — pregunta asustada mientras yo no dejo de correr.

—Van a matarme —contesto—. Mándamelo ya.

—Julia...

No escucho nada más. He colgado. Me saco los zapatos de tacón y continuo corriendo hacia el bufete, allí tengo toda la información. Entro por la puerta principal y en la recepción se me quedan mirando extrañadas, no me detengo a saludar y me dirijo hacia la escalera cuando escucho a Johann llamarme.

—Señorita Martín, ¿se encuentra bien? —pregunta con el ceño fruncido muy serio.

Continuo subiendo las escaleras lo más rápido que puedo. Escucho sirenas a lo lejos e imagino que acuden al accidente de Myers. Busco nerviosa la llave de mi cajón del escritorio y

entonces me doy cuenta de que llevo las manos manchadas de sangre. Inserto la memoria en el ordenador y abro mi dirección de correo electrónico personal. Tecleo con rapidez la dirección de correo que me ha mandado Pilar y empiezo a adjuntar información. Las sirenas suenan cada vez más cerca, pero continúo adjuntando información y cuando se bloquea por archivos demasiado grandes voy adjuntando en diferentes correos electrónicos. La puerta del despacho se abre y veo a Johann en la puerta.

—Tenemos que irnos —dice serio.

—No puedo —contesto sin mirarlo.

—Julia, tenemos que salir de aquí, ya no queda nadie en el edificio. ¿No lo hueles? Hay una fuga de gas en el edificio de al lado. Vamos —insiste mientras yo miro como la información va subiendo lentamente y salen los correos electrónicos.

—Todavía no, dame unos minutos —respondo sin separarme del teclado.

—¡He dicho vamos! —exclama muy serio acercándose a mí y tirando de una de mis manos.

—¡Suéltame! —le grito.

Johann me mira sorprendido, pero no me suelta.

—Julia, ¿de dónde es toda esa sangre? —pregunta.

—Han matado a Myers —digo totalmente alterada mientras con las manos temblorosas continúo en el teclado.

—¿Myers? Julia, tenemos que salir de aquí —dice tirando más fuerte y casi arrastrándome con él.

—¡Suéltame! No quieres que lo envíe —grito, exhausta.

—¿Qué cojones dices? Vámonos de aquí.

Johann me sujeta con fuerza de la mano mientras me arrastra escaleras abajo. No queda nadie en el edificio y cuando vemos a los bomberos hacernos gestos para que corramos, veo al hombre que conducía el coche que ha atropellado a Myers en la acera de enfrente. Está apartado del resto de personas y mirándome fijamente enciende un cigarro.

Al instante se produce una deflagración que nos lanza contra el suelo. El polvo y los cascotes de parte del edificio que ahora está en llamas caen sobre nosotros mientras siento cómo Johann se gira y me protege con su cuerpo. No puedo respirar, me cuesta hacerlo y estoy muy cansada.

Epílogo

¡Joder! Apenas puedo respirar y todavía continúan cayendo cosas del edificio sobre nosotros. ¿Qué cojones ha pasado?

Me pitan los oídos y toso un par de veces antes de moverme. Tengo un fuerte dolor en el hombro y entonces es cuando recuerdo lo que acaba de pasar. Apenas acabábamos de salir cuando todo ha saltado por los aires y la explosión nos ha lanzado a varios metros de distancia.

Varios efectivos de emergencias corren hacia donde estamos tirados en el suelo. Veo como otros acuden con una manguera que dirigen hacia el último piso del edificio para que las llamas no se extiendan.

—¿Se encuentra bien? ¿Puede usted andar? —preguntan agachándose sobre nosotros—. No se mueva, parece que tiene el hombro dislocado.

—Eso creo —gruño moviéndome.

—¿Y la señorita? ¿Se encuentra bien?

Y es cuando miro bajo parte de mi cuerpo y la veo allí tendida boca abajo.

Todos los recuerdos acuden a mi mente. Me acuerdo del primer día que la vi. Iba subida a unos impresionantes zapatos, nunca olvidaré ese momento, iba totalmente perdida mirando la pantalla de su teléfono móvil. Iba corriendo con tacones bajo la lluvia cargada con un montón de cosas. George y yo veníamos de tomar un café a escasos metros del bufete. Fui siguiéndola con la mirada y cuando entró al bufete fruncí el ceño. Es algo que suelo hacer cuando no me gusta algo, pero en ese momento no sabía por qué lo estaba haciendo.

—Apuestas... ¿nueva becaria? —expone George con una sonrisita picara.

—No voy a apostar contigo. Luego me engañas y siempre sabes algo más que yo —gruño llevándome el vaso de cartón a los labios y dándole un sorbo a mi café.

George ríe.

—Es la nueva ayudante de Blake —dice levantando una ceja, orgulloso—. La vi cuando vino a hacer la entrevista.

—Espero que sea benévolo con ella, desde que ha decidido que se jubila está insoportable —respondo abriendo la puerta principal y dejando pasar a George.

Dejo el paraguas en la entrada y miro a un lado y a otro buscándola cuando sin darme cuenta estoy a punto de tropezar con ella. Gira su cara y sonrío. Joder, menuda sonrisa tiene. Además, va dejando un leve perfume a rosas, algodón... no sé lo que es, pero es de lo más atrayente. Parece terriblemente nerviosa y no quiero decir nada, pero supongo que no durará mucho si el primer día se sonroja de esa forma.

Intento centrarme en mis cosas, pero al día siguiente acudo al despacho de George para una reunión urgente y allí la veo. Él parece que está sacando toda su artillería para ligar con ella y me cabrea que no la deje apenas respirar. Estoy a punto de suspilar cuando de nuevo llega ese olor suave suyo a jardín de flores. Pero para mi sorpresa no sé cómo reaccionar y al instante adopto mi postura seria y distante.

No sé qué es lo que hago, pero cada vez que me muevo fuera del despacho me tropiezo con ella. Hoy está casi frente a mi despacho y me hago una especie de ilusión pensando que voy a poder hablar un poco con ella, pero no. Se ha perdido. ¿En serio? ¿Cómo puedes reconocer eso ante uno de los socios? No entiendo por qué la ha seleccionado Blake, parece totalmente desubicada y torpe. Le hablo tan serio que en el fondo me da un poco de pena, todos hemos tenido alguna vez un inicio de trabajo pésimo y reconozco que puede que esté exigiendo demasiado. La acompaño a la sala donde sé que Blake organiza sus reuniones y tras dejarla sana y salva me giro sobre mis talones y me marchó, no sin antes volver a mirarla. Por un instante creo que pensaba que iba a entrar con ella y veo una especie de desilusión en sus ojos que por una milésima parte de segundo me lo tomo como algo muy positivo. Voy a mi despacho pensando en cómo será. Sé poco de ella y casi todo lo sé por George que se entera de todo, es española y viene de trabajar en La Haya. Tecleo en la intranet del bufete y voy al departamento de Blake. Voy bajando con el ratón por la página y me doy cuenta de que todavía no la han actualizado. «A ver si se ponen las pilas y lo actualizan».

Me quedo varios minutos pensando y no se me ocurre otra cosa que hacerle una especie de croquis de las plantas para que no se sienta tan perdida. Cuando termino de hacerlo lo miro orgulloso, no se me da tan mal esto... paso por delante de la sala y veo a Blake como con sus voces la hace por momentos pequeña, a ella y a parte del equipo. Un día, hace meses me acerqué a él y le pregunté si necesitaba algo. Estaba insoportable. Pero lo único que me contestó fue que tenía mucho trabajo y mucha tensión cerrándolo todo antes de su jubilación.

Paso por delante y subo las escaleras. Ya he escuchado que la han colocado sola en la última planta y en un despacho que ha servido como una especie de trastero para muchos. Me agacho cuando llego a su puerta y deslizo un sobre con el mapa dentro. Vuelvo a mi despacho para prepararme ya que tengo un almuerzo de trabajo y no quiero llegar tarde y cuando estoy en la entrada... vuelve a aparecer acelerada por la recepción. Me la tropiezo por todas partes y eso hace que no pueda quitármela de la cabeza, porque no lo vamos a negar, una parte de mí se siente totalmente atraído por ella, por su forma de moverse, de sonreír, de cuando ladea la cabeza porque se siente incómoda, de su pelo que se mueve al ritmo de sus pasos e incluso de ese acento tan sonoro que tiene cuando habla en inglés. Pero otra parte de mí, me dice que no me meta en líos con nadie del trabajo, eso se lo dejamos para George. Uno de los días estando George y yo en un pasillo la vemos salir del despacho de Blake cargadísima con una enorme caja que deja en el suelo al no poder cargar con ella. Definitivamente Blake la está puteando como no ha puteado a nadie más en años. Estoy a punto de correr hacia ella para ayudarla y se me adelanta George. Me entran ganas de coger por el cuello a George y decirle que no solo él puede comportarse como un caballero inglés y que debería dejarnos al resto lucirnos un poco, pero no lo hago. Y cuando una tarde que salimos de entrenar con el preparador físico la vemos sentada en el *Pub* que hay enfrente, me doy totalmente por vencido cuando George me sonríe y me dice que va a hablar con ella.

No tengo redes sociales, pero reconozco que desde que George me enseñó su perfil en las redes lo miré una vez. Dicen que puedes saber cómo es alguien a través de sus redes sociales o, tal vez no, ya que está demostrado que la gente miente sin cesar. Estoy trabajando hasta tarde en el despacho de casa cuando me pongo una copa y busco en el ordenador. «¡Joder! Menudas vidas sociales tan divertidas llevan estos dos juntos».

Me centro en el trabajo e intento olvidarme de todo lo que no sea eso, pero es que ya no puedo concentrarme porque la veo por todas partes, ahora me siento mal porque uno de mis

mejores amigos pasa más tiempo con ella que conmigo.

Uno de los días voy despistado hacia mi despacho cuando la veo en las escaleras.

—¿Está bien?

Pregunto nervioso.

—Sí, sí. Solo necesito un momento —responde agarrándose a la barandilla.

Se lleva una mano a la frente tapándose la cara.

—Está pálida —digo temiendo que se caiga.

—Soy pálida —murmura entre dientes y si no fuera por lo mal que parece que lo está pasando me habría reído de su contestación.

Me giro y voy corriendo al comedor común. Cojo un botellín de agua y vuelvo con pasos acelerados.

—Tenga, beba un poco, se encontrará mejor —digo ofreciéndosela.

La acepta y bebe. Me tranquiliza ver que le hace recuperar un poco el color de la cara.

—Gracias. Ya me encuentro mucho mejor —susurra.

—¿Está segura?

—Sí, sí. Puede marcharse —dice con un gesto con la mano.

Vale, está claro que no confía en mí, así que saco mi teléfono móvil y le mando un mensaje a George, después de todo creo que salen juntos. Al momento escucho una puerta abrirse y cerrarse de nuevo. Llega y se pone frente a ella en cuclillas.

—¿Qué sucede? ¿Quieres que te llevemos al médico?

—No, no. En serio, estoy bien. Debe ser una bajada de azúcar —susurra avergonzada—. No me ha dado tiempo a almorzar y la comida parece estropeada.

Levanta la mirada y nos ve a los dos observándola.

—Y con lo movidito que hemos tenido la hora del almuerzo —dice George con una amplia sonrisa.

Tenso la mandíbula. El muy cabrón, no necesito que encima me restriegue lo que hacen cuando salen de aquí.

—Gracias por el agua —susurra sin apenas mirarme.

—De nada —respondo serio.

—Venga, vamos al *Pub* y te tomas una de esas sopas que tanto te gustan —dice dándole la mano para ayudarla a levantarse mientras coge con la otra sus cosas del escalón—. Johann, ¿qué me dices? ¿te apuntas?

—No. Tengo cosas que hacer —digo—. Mejórese.

Además, creo que necesito cortarme el pelo y empezar a centrarme en otras cosas antes de salir a una reunión en el norte del país.

Otro de los días la veo caminando cargada con una caja subida a sus tacones con una de sus mejores sonrisas y me detengo observándola hasta que sin darme cuenta choca contra mí.

—¡Aaaah! —exclama.

—No la había visto, disculpe —miento.

No puedo confesar que de vez en cuando me quedo alhelado mirándola.

Levanto una ceja, ¿por qué narices me mira así? Ni que tuviera monos en la cara.

—Hay gente que le puede llevar todo eso al despacho, no es necesario que cargue con ello —digo serio.

—Pero todo el mundo está ocupado y yo lo necesito —se queja.

Es una testadura. No tiene remedio. Además, siempre está por todas partes menos cuando la

necesitas.

—Estaba buscándola —digo con un suspiro cuando la encuentro finalmente.

—¿Perdón? —responde sorprendida.

—Cuando termine..., necesito que... búsqume cuando termine, no quiero interrumpirle su pausa —apunto serio.

—Ya he terminado.

Lo dice rápidamente dejando el tenedor en el envase y levantándose de la silla. Es preciosa y además recicla. Me quedo observándola desde la puerta.

—No quería interrumpirle —apunto.

—No me ha interrumpido. Tenía que volver al trabajo. Dígame que necesita —apunta diligente.

—Estoy buscando unos expedientes y consta que los está utilizando usted.

—¿Tiene los números?

—La acompaño —digo cediéndole el paso.

—¿Ya? ¿ya? —pregunta inquieta—. Yo se los llevo ahora mismo a su despacho.

—Para qué perder el tiempo, la acompaño —insisto.

Por primera vez voy a poder hablar un par de frases sin que aparezca George por medio.

—Pero yo estoy arriba del todo —musita.

—Tercera planta. Lo sé, ya fui en una ocasión.

Lo sé, además algunas personas la apodan la chica del desván, cosa que no me parece justa.

—Pues nada, vayamos juntos —dice y me pide—. Tiene los números de expedientes...

—El 123/587965487.02 —digo apretando la mandíbula.

—Bonito número —responde.

Maldita sea, me está vibrando el teléfono móvil. Es la llamada que estaba esperando y tengo que contestarla. Mientras hablo entra en su despacho y vuelve a salir de improviso, y cuando me ve allí se asusta. Deja caer los expedientes. Nos agachamos a la vez provocando que nuestras cabezas choquen. Suelta un gruñido llevándose una mano a la frente tras perder el equilibrio y caer sentada sobre la moqueta.

—Perdona.

—Menudo golpetazo.

—¿Estás bien?

Por primera vez la tuteo y me gusta como suena.

—*Buenooooo.*

Está espatañada en el suelo y creo que teme hacer muchos movimientos para que la falda no se le mueva

—¿La ayudo? —pregunto levantándome ágilmente y extendiendo una de mis manos en su dirección.

—No, prefiero que se gire —dice sonrojándose.

—¿Le duele algo?

—Por ahora solo dignidad —responde llevándose una mano a la cara y tapándosela con ella.

—Espere le ayudo —susurro sonriendo. Esta situación tiene que ser de lo más bochornosa para ella y aun así se la ve tan guapa.

Paso mis manos por sus axilas y la aúpo con facilidad.

—Gracias —dice en una especie de jadeo.

—Un placer —respondo.

Nos quedamos unos segundos mirándonos a los ojos. Son puro magnetismo.

—Los expedientes —dice interrumpiendo el momento.

Miro los expedientes que me da y cojo solo el que necesito.

—Se lo devolveré cuando termine —digo dando un paso atrás.

Y ahí está otra vez mirándome como si tuviera monos en la cara. Ya no sé qué pensar.

Pasan los días y por suerte no me he vuelto a tropezar con ella hasta que, de pronto en una reunión, me entero de que aprovechando que voy a Chad, el señor Wayne ha decidido mandarla a ella también. No puedo estar más cabreado.

Toco con los nudillos a su puerta y sin apenas esperar la abro.

—¿Te vienes a Chad? —pregunto mirándola fijamente. Está preciosa.

—¿Tú vas a Chad?

—Por supuesto que voy, pero me acabo de enterar de que vienes.

—Pues yo también —contesta ofendida.

—Es un país peligroso. No puede ir cualquiera.

—Pero resulta que yo no soy cualquiera. —responde—. No voy a molestarte, además yo no fui quien lo decidió. Ni sabía que iba alguien más del bufete. Así que tranquilo que yo haré mi parte del trabajo y ni te enterarás de que voy. ¿No entiendo por qué estás tan ofendido?

—Te lo he dicho, esa zona no está hecha para gente como tú —sentencio.

—Señor Edwards, sabe usted que le respeto muchísimo, pero es muy injusto lo que está haciendo y más un día antes del viaje.

—Me acabo de enterar —espeto cabreado—. No puedo ser la niñera de nadie.

—Y yo no se lo he pedido —susurra con una mirada tan triste que me hace ver que ella solo hace lo que le dicen y yo estoy allí echándole una soberana bronca.

—No llegue tarde.

—No lo haré.

Por la mañana cuando el chófer me lleva a su casa, observo la zona donde vive. Es en pleno centro de la ciudad. Cuando el coche se detiene bajo y allí está ella con cara de pocos amigos vestida con vaqueros y... zapatillas nuevas. Mejor dicho, creo que excepto los pantalones vaqueros y el jersey, todo lo que lleva es nuevo. Incluida la enorme mochila.

—Yo me ocupo —digo al conductor cerrando la puerta trasera y le pregunto—. ¿Preparada?

—Preparada —responde.

Se despide de su amiga con un abrazo, confieso que nada más verla la envidio por estar apretujándola entre sus brazos.

—¡Cuidala por mí! —dice con una sonrisa su amiga presentándose.

—Sé cuidarme sola —responde seca intentando levantar la mochila del suelo.

—Sabe cuidarse sola —repito guiñándole un ojo y su amiga sonríe.

No sé qué demonios llevará en esa mochila, pero no sé cómo pretende cargar con ella. Intento ayudarla, pero parece ofendida por ello.

—Yo puedo —dice casi desriñonándose al impulsar la mochila dentro del maletero.

Y demonios, al final consigue levantarla. Algo en mi interior parecido al orgullo brota satisfecho de lo cabezota que es.

Le mantengo la puerta por la que he bajado abierta, pero decide rodear el coche y entrar por la otra puerta trasera. Vale, me lo merezco por haber sido tan borde con ella ayer.

—Podemos irnos —comunico al chófer cuando subo y los dos llevamos el cinturón de seguridad puesto.

Una vez bajamos del coche en el aeropuerto...

—¿Tienes todo lo que necesitas para el vuelo a mano?

—Sí, señor —contesta mirando a un lado y a otro.

—Puedes llamarme Johann.

—De acuerdo, yo sigo siendo la señorita Martín.

Me quedo pasmado por su contestación, no lo esperaba, pero vuelvo a decir que me lo merezco y ella parece que se está divirtiendo de lo lindo. Se empeña en llevar el carrito con las mochilas y por momentos temo por la seguridad de cualquier viajero que se cruce con ella. Está claro que no sabe dónde va, pero la dejo que sea feliz. Choca con un chico joven y los dos empiezan a hablar de manera animada hasta que carraspeo a su lado.

—¿Necesitas un caramelo de menta? —pregunta divertida.

Estoy a punto de soltar una risotada, pero me contengo.

—No, necesito que lleguemos ya a facturación —digo haciéndome cargo del carrito.

Tras facturar va pululando por el aeropuerto y se detiene a comprarse un libro. Eso me gusta. Se lo lleva a la cara sin saber qué hace y finalmente confiesa que adora el olor de las páginas. Es una montaña rusa emocional, igual está seria, enfadada que alegre. Le suena el móvil y se pone a hablar con total confianza con una tal Pilar. Definitivamente no sabe que entiendo todo lo que dice y sin esperarlo me pongo tenso.

—Gracias, al menos alguien amable antes de subir al avión —dice riendo.

...

—¿Recuerdas el tío buenorro ese de mi oficina que tiene esa mirada tan intensa que derretiría hasta un témpano de hielo?

Está hablando de mí y cree que soy frío, pero le gusta mi mirada y casi me atraganto cuando añade...

—Pues es un borde gilipollas y en todo momento me deja clara su superioridad. Sí ríete, pero no podía ser más pedante nada más empezar el viaje. Nos hemos metido en la zona vip y yo no he pedido nada porque pensaba que con tanto lujo me costaría un riñón y medio corazón cualquier cosa y, luego... no había que pagar. Y no me ha dicho nada el prepotente con su *whisky* y sus chocolates. Menudos días me esperan. Además, según él yo no debería estar aquí y no estoy hecha para este tipo de viajes. El muy mamón.

Intento disimular todo lo que puedo. Parece bastante dolida, pero me acaba de llamar “borde gilipollas”. Me llevo una mano a los ojos y continúo andando. Creo que nadie en mi vida, me había dicho todo lo que ella suelta por la boca y no se está dejando nada en el tintero.

En el vuelo cuando nos disponemos a dormir la escucho dar mil vueltas y de pronto escucho como acciona el mecanismo de la mampara que nos separa y siento como me observa. Me muevo y me lleva una mano al antifaz levantándolo un poco de un ojo.

—¿Estás bien? —pregunto con voz ronca.

—Perdón, perdón... te he despertado... —susurra.

—No pasa nada, ¿dime qué te sucede? —pregunto con un fuerte suspiro incorporándome en mi asiento.

—No consigo dormirme —murmura.

Bajo del todo la mampara y me giro en su dirección.

—Tumbate. Te dormirás enseguida —susurro.

—Discúlpame que te haya despertado.

—No pasa nada, pero tenemos que descansar para cuando lleguemos —propongo y le

pregunto—. ¿Quieres contarme qué te inquieta?

—No —responde ágil.

—¿Dormimos? —pregunto.

—Vale —respondo.

No vuelvo a subir la mampara y ella tampoco lo hace. Se baja de nuevo el antifaz y yo hago lo mismo y finalmente, se duerme.

La emoción que veía en un principio en su cara empieza a deslucir cuando aterrizamos y tenemos que coger la camioneta. Tras cuatro horas llegamos a nuestro destino y ahí sí que creo que le va a dar un patatús con las caras que pone cuando ve donde vamos a alojarnos. No deja de gruñir por todo y me sorprende pensando que esto tiene que haberlo hecho ya anteriormente. También me doy cuenta de que es gruñona por las mañanas y eso no puede más que hacerme gracia. Intento darle algún que otro consejo y el primer día cuando siento el sofocante calor que hace voy a comprar agua embotellada. Creo que va a caer muerta en el momento que ve como tiene Moussa todo allí clasificado. Hasta yo me asusto, va a ser imposible que encuentre algo. Tengo una reunión con otra empresa así que la dejo allí y para mi sorpresa cuando regreso, tiene bastante adelantado. Escucho un grito donde se encuentra ella y corro a ver qué sucede. Ha visto algo que la ha asustado, pero no puede ser, no es normal que lo que ella describe como bicho, parece ser un escorpión y esté entre las cajas. Me giro y veo una sonrisa de satisfacción en Moussa que me enfada. Volvemos a nuestro alojamiento y veo a Julia cada vez más apagada. Se me parte el alma cuando veo que está llorando e intenta ocultármelo. Joder, lleva los pies destrozados, así que la llevo a la habitación en brazos e intento que no se sienta peor por haber estrenado calzado para venirse aquí.

Al día siguiente me pongo furioso con Moussa cuando regresamos y está todo arrasado por las llamas e intenta echarle las culpas a ella. Mi trabajo ya ha terminado y cuando intento cambiar los billetes de avión no vale la pena. Le propongo ir a conocer el hospital en la zona sur del país y parece que le gusta la idea, aunque antes se carga de galletas para no pasar hambre. Una vez allí, la veo que su mirada cambia, es más reflexiva, más triste y preocupada. Vive una experiencia de lo más traumática y se derrumba. Es ahí donde reconoce abiertamente que apenas tiene experiencia y de alguna manera u otra se abre a mí.

—No te preocupes. Cuidaré de ti —digo a su lado cuando la encuentro en la habitación escondida llorando.

—Y, ¿por qué ibas a hacer eso? Siempre parece que a tus ojos lo hago todo mal y resoplas un montón de veces cuando meto la pata.

—Yo no resoplo —digo mintiendo

Levanta la mirada y cuando me mira no puede evitar reír entre las lágrimas.

—Sí lo haces.

—Vale, lo reconozco. Soy bastante inflexible y pienso que todo el mundo haría las cosas como yo. Pero cambiaré, tú eres la amiga de George y yo soy amigo de él. No te preocupes, te cuidaré como él lo haría —afirmo convencido.

—Y, ¿qué demonios pinta George en todo esto? —pregunta confundida.

—¿No estáis juntos? —pregunto.

—Nooo —responde tajantemente.

—Pero siempre estáis juntos...

—Porque él esta locamente enamorado de mi compañera de piso.

Y esa, esa afirmación hace que todo mi mundo cambie. Nuestra relación cambia. Mi mano se

acerca a la suya de vez en cuando y confieso que la tensión sexual en ocasiones me está volviendo loco.

Poco a poco parece que ha cambiado. Ya no está pendiente del móvil para fotografiar paisajes. Ahora ríe y aprende a bailar con los niños que se ríen cuando se equivoca y sigue intentándolo. Escucharla reír es magia y mientras me tomo un té al atardecer descansando un poco de la jornada no puedo quitar mi mirada de ella. Sin que se dé cuenta le hago un montón de fotos que estoy seguro que querrá cuando lleguemos de nuevo a Londres. Insiste en que baile con ellos, pero me niego, ella lo hace mucho mejor que yo y a los niños se les ve felices con ella. Me encargo antes de irnos de que a la niña que vio nacer y que tanto ha cuidado estos días no le falte de nada. Yo correré con todos los gastos que necesite. Al fin y al cabo, vengo de una familia rica y puedo hacerlo.

La primera noche en Londres, por primera vez en muchos años me siento solo. Me he acostumbrado a sus gruñidos, sus risas y sus bromas, y, eso ya no lo tengo. Doy mil vueltas en la cama, sonrío cuando la recuerdo a ella hacer lo mismo que yo estoy haciendo. Pero es que estoy deseando que se haga de día para dejarle claro a Blake lo mal que lo están haciendo en Chad. Quiero que lo solucione absolutamente todo antes de que se vaya.

Para mi sorpresa por la tarde la veo en la oficina. Tengo ganas de acercarme a ella, hablar con ella, reír de nuevo con ella, pero estamos en el trabajo. Intento quedar para más tarde, no quiero que pase más tiempo echándola de menos tal como la quiero. Lo he dicho, creo que me he enamorado de ella.

Después de abrir la puerta y mirarnos a los ojos, creo que ambos sabemos que necesitamos apagar la tensión que arde entre los dos. Hablar lo que se dice hablar esa noche hablamos, pero después de hacer el amor con ella.

La relación con ella hace que todo mi mundo se tambalee. Ya no solo pienso en el trabajo. Con ella lo quiero todo. Con ella no solo son besos, son noches de sexo juntos. Con ella soy feliz simplemente cuando me da la mano, cuando me roza la piel con sus dedos fríos y eso, eso creo que es el amor y yo lo estaba consiguiendo.

Julia cada vez está más segura de su trabajo, a pesar de tener que aguantar a Blake que salta a todas horas. Nuestra relación es la mejor que he tenido hasta la fecha, pero todo cambia el fin de semana que se marcha a La Haya a celebrar el cumpleaños de una amiga. Cuando regresa y no se quita las gafas de sol de pasta roja que tiene y que adoro cuando las lleva, sé que algo sucede y así es. Un antiguo compañero duda de su integridad y su trabajo y eso le hace daño. Durante días está nerviosa. Y más cuando entran a robar en su casa. Está a la que salta y discutimos en un par de ocasiones. En una de ellas deja caer el tenedor tan fuerte sobre el plato de la cena que toda la pantalla de su teléfono móvil se mancha de salsa y cuando ella cabreada se marcha lo cojo para limpiárselo y cuando sale del cuarto de baño se enfurece pensando que le estoy espiando o mirando sus cosas. No me deja explicarme y sale totalmente cabreada de casa muy a mi pesar y por mucho que intente que se tranquilice. No voy tras ella porque en ese momento me llama George y promete llamarla e ir a por ella.

Está obsesionada con las empresas del señor Wayne, no hace caso a Blake y permanece todo el día en alerta. Uno de los días, avisan de que hay una fuga de gas en el edificio contiguo. La he visto subir hace un momento y cuando no la veo por la planta baja subo los escalones hacia su despacho de dos en dos. Está totalmente enajenada delante de su ordenador y no deja de teclear y mover el ratón.

—Tenemos que irnos —digo serio colocándome a su lado.

—No puedo —contesta sin mirarme.

—Julia, tenemos que salir de aquí, ya no queda nadie en el edificio. ¿No lo hueles? Hay una fuga de gas en el edificio de al lado. Vamos —insisto.

—Todavía no, dame unos minutos —responde sin separarse del teclado.

—¡He dicho vamos! —exclamo muy serio acercándome a ella y tirando de una de sus manos.

—¡Suéltame! —grita fuera de sí.

La miro sorprendido, pero no la suelto.

—Julia, ¿de dónde es toda esa sangre? —pregunto cuando noto que sus manos resbalan.

—Han matado a Myers —dice con manos temblorosas.

—¿Myers? Julia, tenemos que salir de aquí —digo tirando más fuerte de ella y casi arrastrándola conmigo.

—¡Suéltame! No quieres que lo envíe —grita exhausta.

—¿Qué cojones dices? Vámonos de aquí.

La sujeto con fuerza de la mano mientras la arrastro escaleras abajo. Se engancha a la barandilla y la alzo por la cintura para que no se detenga. No queda nadie en el edificio y cuando vemos a los bomberos hacernos gestos para que corramos oímos una fuerte explosión a la vez que la deflagración nos golpea por detrás y caemos al suelo. Julia no se mueve ni un milímetro y yo lo único que intento es cubrir su cuerpo con el mío mientras con una mano intento proteger nuestras cabezas.

¡Joder! Apenas puedo respirar y todavía continúan cayendo cosas del edificio sobre nosotros. ¿Qué cojones ha pasado?

Me pitan los oídos y toso un par de veces antes de moverme. Tengo un fuerte dolor en el hombro y entonces es cuando recuerdo lo que acaba de pasar. Apenas acabábamos de salir cuando todo ha saltado por los aires y la explosión nos ha lanzado a varios metros de distancia. Me aparto de encima de Julia que permanece acurrucada en el suelo temblando. Tiene sangre por varias partes del cuerpo, pero ya no sé si es de ahora o de antes de la explosión. Tose en repetidas ocasiones y pronto nos ponen oxígeno y nos sacan de allí.

La siguiente vez que la veo está adorablemente dormida en la cama del hospital. No tiene heridas graves y yo solo llevo algún que otro golpe y un cabestrillo en el brazo derecho. En los siguientes días las noticias corren como la pólvora. Tras una denuncia, se detienen a varias personalidades incluidas entre ellas a un abogado del bufete, Blake, un socio de La Haya y varios empresarios que a través de las ONG que poseían, chantajeaban y compraban los favores de mercenarios y altos cargos políticos de países en desarrollo a cambio de cesiones de zonas de extracción petrolera. Durante semanas no se habla de otra cosa en las noticias. Tengo acceso a varios informes y contrataron a Julia pensando que era inexperta y no haría bien su trabajo dejando pasar detalles al presionarla o intentando convencerla llevándola allí y distrayéndola con lo poco bueno que se hacía con el dinero que se enviaba a la zona. También detuvieron a Moussa acusado de varias cosas, incluido el asesinato de Marcus, que cayó sobre Julia como un jarro de agua helada y durante varios días no salió de la cama. Creían que solo era la chica del desván, pero destruyó todo lo que ilegalmente habían estado haciendo durante años y sus vidas ya que se enfrentaban a bastantes años de prisión.

Creo que había cerrado los ojos hacía mucho tiempo y no los volví a abrir hasta ahora, viendo la verdadera situación que había puesto frente a mi Julia.

Escucho el despertador y acerco más mi cuerpo al de Julia soltando un gruñido. Ha pasado más de un año de lo sucedido y Julia se trasladó a vivir a casa tras unos meses. Era una tontería

estar pagando un piso mientras pasaba el noventa por ciento de las noches en casa y su compañera de piso lo hacía en casa de George.

Ella hace que mi mundo se llene de magia con su risa y es que me enamoré de ella equivocándome primero, sabiendo que nuestro amor no sería fácil, que tendríamos miles de obstáculos y aun así hoy día no sabría vivir sin ella.

—Buenos días, amor —susurro acercando mis labios a su oído.

—No quiero levantarme —gruñe tapándose con las sábanas.

—Lo sé, pero hoy es el día por el que tanto has luchado...

De pronto se destapa y se gira rápidamente poniéndose a horcajadas sobre mi cuerpo.

—¿El día que te dominaré? —pregunta riendo mientras juntamos nuestras manos y entrelazamos nuestros dedos.

—Eso ya lo haces cada día —digo soltando una carcajada—. Hoy es el día de la gala benéfica para recaudar fondos.

—Y no pueden esperar un poco más —dice con una sonrisita pícara acercando su cuerpo al mío y besando mis labios.

En ese momento me incorporo con ella sentada rodeando con sus piernas mi cintura y la beso sabiendo que llegados a este punto no podremos parar de acariciarnos y amarnos.

—Te quiero... —susurro.

—Te quiero —dice entre mis labios.

Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin vosotros los lectores. Sois los primeros a los que quiero dar las gracias.

Tengo la suerte inmensa de teneros y compartir con vosotros momentos maravillosos a diario gracias a las redes sociales.

Gracias a mi familia, a todo ellos. De manera especial a mis dos hermanas que según pasa el tiempo las conozco y quiero cada día más. Gracias por ayudarme e implicaros en todo lo que os pido. ¡Qué suerte he tenido al teneros conmigo!

A mis amigos que siempre están y todos ya sabéis a estas alturas quienes sois. Os quiero mucho a todos y gracias por siempre estar ahí y ser tan buenos amigos. Tengo la mejor de las suertes de teneros en mi vida.

Agradecer enormemente a todos los que ni puedo ni debo mencionar, ellos que trabajan incansablemente y arriesgan sus propias vidas para que podamos vivir en un mundo mucho más justo para todos.

Gracias a todos los que hayan llegado hasta aquí, por el ENORME cariño que siempre me dais, por enamoraros y vivir las historias conmigo. Por acompañarme en este sueño, de nuevo ¡GRACIAS!, sin vosotros esto no sería posible. No sabéis lo afortunada que me siento.

Y llegados a este punto, solo desear que Julia, George, Alike y Johann os hayan hecho pasar unos bonitos momentos de lectura.

¡¡Un fuerte abrazo y nos leemos pronto!!

Para saber más en:

Página de Facebook: C.G. De La Cruz

Grupo de Facebook: Las Lectoras de C.G. De La Cruz

Twitter: @C_G_DeLaCruz

Instagram: c_g_delacruz

Encuentra las listas de canciones en:

Spotify: C.G. De La Cruz

Otras Obras de la Autora

Disponibles en todas las plataformas de Amazon en papel y formato digital.

Bilogía Tessa y Alexandr

Bilogía Amelia, Aiden y Xavier

Precuela Xavier

Bilogía Alba

Nikolái - Spin-Off Bilogía Tessa y Alexandr

1. Combinación de distintos tipos de té. La mezcla es de té negro des distintos orígenes como son té de Assam, té de Ceilán y té de Kenia.
2. Aeropuerto de Ámsterdam, Países Bajos
3. Galleta tipo waffle de los Países Bajos. Etimológicamente, significa “waffle en jarabe” en holandés.
4. Es una multinacional británica especializada en la venta de ropa, productos para el hogar y productos alimenticios de lujo. Con sede en Westminster, Londres.
5. Son los premios anuales de la Industria Fonográfica Británica de la música pop. Quizá los más importantes que se conceden en Europa.
6. Empresa proveedora de servicios de transporte a través de una aplicación móvil.
7. Marca de supermercados británicos, fundada en 1904 Como Waite, Rose & Taylor, más tarde abreviada como Waitrose.
8. El Aeropuerto Internacional de Londres con mayor actividad y conexiones del Reino Unido y Europa.
9. El término "lounge" significa vestíbulo o salón de descanso. Actualmente el término se refiere a las salas especiales en los aeropuertos con la comodidad y la elegancia de las zonas vips.
10. Cloud Nine es la denominación que utiliza la línea aérea Ethiopian Airlines para referirse a su clase Ejecutiva (o *Business*).
11. Grunge es sinónimo de sucio - concretamente es la jerga utilizada en inglés- o también desaliñado.
12. Serie de televisión estadounidense de comedia dramática y romántica de la adaptación del libro del mismo nombre escrito por Candace Bushnell. Ambientada en la ciudad de Nueva York, sigue la vida de cuatro mujeres.
13. Bebida picante y agria a base de hibisco. También lleva clavos, jengibre y canela.
14. Consiste jugar al póker y, quien pierde, debe quitarse una prenda cada vez cada partida que pierda.